



**ALIZÉE
DUCHAMPS**

**DOS AMORES
INESPERADOS**

DOS AMORES INESPERADOS

(Mejores amigas 2)

Alizée Duchamps

DOS AMORES INESPERADOS

ALIZÉE DUCHAMPS

Copyright © Alizée Duchamps, 2019

Primera edición digital: noviembre de 2019

alizeeduchamps.escritora@gmail.com

Instagram: @alizeeduchamps

Quedan reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[REFERENCIAS A LAS CANCIONES](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

SINOPSIS

Me llamo Lisy y soy maestra de Educación Primaria. He tenido la suerte de dedicarme a la profesión que siempre fue mi vocación. Bueno, no solo la suerte ha tenido que ver, sino mi esfuerzo y los años que he dedicado a estudiar y a prepararme. Atrás quedó la etapa de hacer locuras con mis mejores amigas, Lara y Martina. Ahora, casi todo mi tiempo lo invierto en mi trabajo y en mis alumnos, sin renunciar a salir y a divertirme, pero pasando bastante de hombres y de líos.

En estos momentos, por ejemplo, mi mayor preocupación es una nueva alumna, una niña de diez años que necesita mi ayuda. Me he visto obligada a hablar con su padre, pero la cosa no pinta bien, pues se trata de Sergio Sandoval, un hombre demasiado rico, demasiado guapo... y el peor padre del mundo.

Pero, por difícil que me lo ponga, mi alumna es lo más importante y va a tener que escucharme. Aunque para ello deba ignorar lo que este hombre me provoca cada vez que lo tengo delante.

*A ti, lector, lectora, que, después de la historia de Lara, has decidido darle una oportunidad a
Lisy.*

PRÓLOGO

Intento abrir los ojos con esfuerzo, pero solo logro abrir uno de ellos, el derecho. Con la ayuda de la claridad que atraviesa las cortinas, puedo disfrutar de la visión de la acompañante que duerme a mi lado en la cama. Sonrío, a pesar de lo que me cuesta también mover mis labios resecaos por la resaca, al contemplar el cuerpo majestuosamente desnudo de... ¿Clara? ¿O era Sara? No, creo que era Nora. Sí, eso, se llamaba Nora. Creo.

El caso es que Nora, o como se llame, duerme plácidamente a mi lado, boca abajo, con el rostro hacia el otro lado, por lo que su larga melena negra se dispersa por la almohada. Levanto la mano, con el mismo esfuerzo que he abierto el ojo, y enredo un oscuro mechón en el dedo índice para acercarlo a mi rostro y poder olerlo. Frunzo el ceño cuando me asalta el olor a humo y a algo pringoso. Vuelvo a reír. Me viene a la mente la fiestecita de anoche, en la que ambos nos dedicamos a fumar y a emborracharnos entre polvo y polvo. Nos trajimos las bebidas al dormitorio y bebimos de las botellas, aunque acabamos tan pedos que, al final, había tanto alcohol en nuestros estómagos como sobre nuestros cuerpos, la cama o el suelo.

Levanto ligeramente la cabeza, con el consiguiente mareo, para poder echar un vistazo a mi entorno. Tuerzo la boca en una mueca cuando contemplo el desastre que me rodea: botellas vacías o medio llenas, vasos rotos o enteros, prendas de ropa enredadas con nuestros zapatos...

No importa. Pilar, la mujer de la limpieza, volverá a echarme la bronca mientras limpia y yo le sonreiré mientras hago que la escucho.

Tampoco me importa que la chica huela a alcohol, a sudor y a diversos fluidos sexuales. Quiero contemplar su rostro, para ver si esta vez no me llevo un chasco, como muchas otras ocasiones en las que, después de despertarme junto a una chica, he descubierto que lo último que le miré fue la cara. Con la mano sobre su hombro, le doy la vuelta. Joder, la cara no sé cómo será, pero su cuerpo es puro morbo. Está llena de curvas, tiene un culo redondo precioso y unas tetas perfectas. Le aparto el pelo de la cara y observo cómo parpadea. La verdad, no está nada mal. Suspiro por el alivio de no haberme traído cualquier adefesio a la cama en medio de una cogorza.

—Hola, guapo —murmura—. ¿Ya es de día?

—Sí —respondo—, ya es de día. Debí amanecer hace como unas seis horas.

—¿Tanto? —sonríe mientras se acerca a mí—. ¿Y nos tenemos que levantar?

—No creo —le digo al tiempo que cojo su mano y la coloco sobre mi polla—. El único que se ha levantado es mi amigo... y te está esperando.

—Mmm, dile que voy ahora mismo.

Sin apenas abrir los ojos, se desliza por mi cuerpo y baja hasta mi entrepierna para agarrar mi miembro entre sus dedos y metérselo en la boca.

—Oh, cariño —siseo. Cierro los ojos, enredo mis dedos en su pelo y dejo que su lengua comience el camino hacia el éxtasis—. Me encanta esta manera de recibir el día.

Hablando de recibir, acaba de sonar el timbre. Mierda, quién coño será un puto domingo por la mañana. Bueno, al mediodía. Pero paso de moverme de aquí. No pienso averiguarlo a cambio de renunciar al placer de Clara... Cora... de la tía buena de curvas perfectas.

Sin embargo, al otro lado de la puerta no tienen en consideración mis pensamientos. El timbre suena y suena y suena...

—¡Joder! —grito, muy cabreado. La chica sale disparada de mis muslos y deja resbalar mi miembro de sus labios. ¡Menudo puto desperdicio!

—¿Qué sucede, guapo? ¿Por qué te levantas?

—Están tocando a la puerta desde hace diez minutos —gruño mientras me pongo unos calzoncillos, a través de cuya tela se aprecia el bulto de lo que hay debajo. Pero que le follen al que sea, porque no pienso ponerme nada más. Que no hubiese venido a incordiar.

Me acerco a la puerta sin dejar de despotricar, la abro, y me encuentro con una mujer de unos treinta y tantos años que lleva una niña pequeña de la mano. De la edad de la niña no tengo ni idea. No entiendo de niños.

—¿Quién coño es usted? —le digo, todavía muy cabreado—. ¿Y por qué no deja de tocar a mi puerta?

—Eres Sergio, ¿verdad? Sergio Sandoval.

—¿Quién lo pregunta?

—Déjame entrar y te lo cuento en tu casa —me pide.

—No —contesto tajante—. Si no me explicas qué coño quieres, no vas a entrar en mi casa. Es más, no me interesa nada de lo que tengas que explicarme.

Hago el amago de cerrar la puerta, pero la mujer compone una expresión de pánico y lo impide con su mano.

—¡No, por favor! Déjame un minuto para explicártelo antes de que tú mismo me invites a entrar.

—Lo dudo —gruño—. Tienes un minuto.

—¿Recuerdas a Tania?

—No.

—A ver —suspira—. La conociste hace cinco años, en un hotel de Ibiza donde celebrabais el final de carrera, aunque ella era de Oviedo. Alta, rubia, muy guapa...

—He conocido a muchas mujeres rubias —le digo con desdén—. ¿Algo más?

—Sí —insiste la mujer—. Te la trajiste a Barcelona y estuviste viviendo con ella varias semanas, hasta que te dejó. Se marchó un día sin darte una explicación, sin dejar una nota o un mensaje. ¿La recuerdas ahora?

Me quedo clavado en el suelo. Sí, la recuerdo. Milagrosamente, recuerdo a aquella chica que un día desapareció sin más. Su rostro o su voz ya se difuminaron entre mis recuerdos, pero tengo bastante claro a quién se refiere.

—Sí, vale, la recuerdo. ¿Qué quieres?

—Era mi hermana pequeña —me dice con expresión triste—. Murió hace un año.

—Vaya. —Presiono el puente de mi nariz—. Lo siento, de veras. Pasa, aunque no sé qué puedo hacer por ti.

La mujer entra y accede al salón. La niña, cuya presencia había olvidado, sigue dándole la mano.

—¿Qué ocurre, guapo? —La chica de las curvas sale de la habitación y se presenta en el salón con una camiseta que no le tapa ni el culo.

—Vístete, guapa —le digo—. Y márchate.

—Pero... ¿no iba a quedarme todo el día contigo?

—No —la corto—. He dicho que te largues. Ahora.

Mientras mi amante de una noche se viste y me insulta, soy consciente por primera vez de la escasez de mi atuendo. Cojo una camiseta que yace en mitad del suelo, mezclada entre otras

prendas de ropa, latas y vasos, y me la pongo. Tuerzo la boca cuando penetra en mi nariz un desagradable olor agrio.

—Y ahora —le digo a la visita después de que se marche la chica—, dime qué quieres en realidad.

La mirada de la niña me hace sentir incómodo. No deja de clavar en mí sus grandes ojos dorados y me da la sensación de que me está censurando de alguna forma dentro de su mente infantil.

—Te haré un resumen rápido —comienza la mujer—. Hasta ahora, yo me he hecho cargo de la niña, pero ha llegado el momento de pensar en mí misma. Me ha surgido un buen trabajo en Estados Unidos y no puedo llevármela.

—Y ¿se puede saber para qué me cuentas eso?

—Para avisarte de que tú te harás cargo de ella a partir de ahora.

—¿De la niña? —Suelto una estridente carcajada que retumba en las paredes—. Ahora mismo se han acabado mi paciencia y mis buenos modales. —Me acerco a la puerta—. Vete a tomarle el pelo a otro.

—Mi hermana te dejó porque se quedó embarazada —me explica sin moverse—. No quería que su hija viviera en el ambiente en el que tú solías moverte, por eso prefirió criarla sola. Hasta que murió de un cáncer de mama.

—Una historia muy triste —le digo—, pero que nada tiene que ver conmigo.

—Claro que tiene que ver contigo —insiste—. Eres su padre, y te has librado de la responsabilidad durante cuatro años. Mi hermana se bastó ella solita hasta que cayó enferma y yo tuve que cuidar de las dos, de ella y de la niña cuando se quedó sola.

—Mira —trato de decirle con paciencia—, no sé qué buscas aquí. Si es dinero, no pienso darte un puto céntimo, porque no me gusta que me engañen. Tal vez sea rico, pero no soy idiota.

—No quiero dinero —dice con rabia—. Solo quiero cumplir la voluntad de mi hermana, que me pidió antes de morir que su hija conociera a su padre.

—Pues ya la he conocido. Encantado, niña. Y ahora, largo de aquí.

—No me extraña que mi hermana se largara al saberse embarazada —gruñe la mujer—. No hay más que ver cómo tienes tu casa o cómo has tratado a la chica que te ha servido para una noche. Pero a mí todo eso me importa un bledo. Aquí tienes a tu hija, una mochila con sus cosas y una carpeta con todo el papeleo. Si quieres quedarte tranquilo, te haces una prueba de ADN, y si te hemos mentado, me denuncias. Aquí tienes mi tarjeta.

Antes de que me dé tiempo a replicar, se agacha ante la niña y le da un abrazo.

—Adiós, mi niña. Sé que estoy haciendo lo correcto. Sabes que tita Nuria siempre va a estar ahí, para lo que necesites. Te quiero mucho, cariño.

Se pone en pie, se va hacia la puerta y me mira con desdén.

—Tal vez, incluso, te esté haciendo un favor —espetta—. Por cierto, tu hija se llama Lucía.

No puedo creerlo. La tía se ha largado, con dos ovarios.

Contemplo a la niña, que continúa mirándome. Después de escrutarme a conciencia, sonrío.

—¿Eres mi papá? ¿Voy a vivir aquí contigo?

—Joder... —murmuro. Me dejo caer en el sofá y hundo el rostro entre mis manos en medio de un suspiro.

¿De verdad voy a tener que hacerme cargo de una niña?

¡Yo no entiendo de niñas!

CAPÍTULO 1

Seis años después

No puede haber mejor forma de empezar el día que quedar con tus amigas para desayunar antes de entrar al trabajo. En una cafetería que se ubica de camino a la escuela de primaria donde doy clase, nos hemos sentado alrededor de una mesa, Lara, Martina y yo. Como es lógico, las primeras palabras de nuestra conversación se centran en Lara, su marido, su reciente matrimonio y la faena que nos hizo con irse a vivir a Madrid.

—Nos vemos muy a menudo, chicas —se defiende—. Y eso sin contar WhatsApp o las videollamadas. Además, ya sabéis que se trataba de mi futuro, y este se encontraba en Madrid. Soy directora creativa en la mejor agencia de publicidad del país y...

—Déjalo —le digo con una sonrisa—. Solo quería chincharte un rato. Sabemos que eres feliz y eso nos hace feliz a nosotras.

—Si se puede llamar feliz a estar casada a los veinticinco años... —gruñe Martina.

Lara y yo bufamos, pero no decimos nada. Últimamente, nuestra amiga Martina está pasando por una fase de desencanto que la mantiene pesimista y amargada. No ha tenido suerte a nivel laboral ni amoroso y parece desahogarse quejándose de todo continuamente.

—Martina... —la reprendo—, no empieces. Es más que seguro que casarse tan joven no entraba en los planes de Lara, pero esa es la salsa de la vida, que no te esperas los acontecimientos. Además, sabes que sí es feliz junto a Adrián, y eso es lo importante.

—Vale —contesta Martina a mi sermón—, lo siento, Lara. No me hagas ni puto caso.

—Sé que no lo dices para molestarme —le dice Lara de forma paciente—. Lo que me preocupa es tu desencanto con todo, Martina. No puedes tirar la toalla tan fácilmente. Seguro que más pronto que tarde aparece esa oportunidad que tanto esperas y...

—Pues claro que sí —intervengo yo—. Tú vales mucho, tía, tenlo muy claro. Lo único que sucede es que a veces se necesita cierto nivel de suerte y la tuya está por llegar...

—Claro, claro —nos corta—. ¿Quién me lo está contando? ¿Lara, directora en D&P, o tú, Lisy, que ya has conseguido plaza fija como maestra de primaria en una escuela de tu misma ciudad? Dos ganadoras contra una perdedora.

Lara y yo nos miramos y suspiramos.

Sabemos que nuestra amiga no lo dice en serio, porque nos aprecia de verdad y se alegra de todo lo bueno que nos pase. Lo que creemos es que últimamente no deja de tener desencantos amorosos y eso la está deprimiendo un poco.

—Martina... —le digo, sin saber muy bien qué decir.

—Joder —se lamenta nuestra amiga—, por favor, perdonadme otra vez. Soy una puta amargada y lo pago con vosotras, que sois mis amigas de toda la vida, lo que más quiero. Además, si habéis conseguido vuestros logros ha sido a base de currároslo mucho.

—No hay nada que perdonar —le dice Lara—. Creo que sigues un poco fastidiada por el tema de Lucas, pero deberías pasar página.

—No es por Lucas, aquello ya está superado —suspira—. Ahora, lo único que me preocupa es encontrar un trabajo que no consista en doblar ropa o mostrar el escote para servir copas y poder pagarme algún apartamento mejor que el tugurio donde vivo.

Martina es diplomada en Química, y lo paradójico del caso es que le han surgido varios empleos relacionados con sus estudios, pero, lo que para otras sería una suerte, para ella se ha convertido en una desgracia, pues es tan exuberantemente guapa que nadie parece tomarla en serio. En cuanto le han echado un buen vistazo en alguno de sus trabajos y han contemplado sus gruesos labios, sus ojazos negros y sus curvas, han decidido conseguir de ella algo más que sus conocimientos. Así, se ha visto obligada a denunciar por acoso más de una vez a sus jefes o compañeros, lo que le ha otorgado una fama innmerecida que se ha extendido en el mundillo y ha impedido que la contraten.

Por todo ello, no aceptó compartir vivienda conmigo, para que yo no tuviera que vivir con ella en un apartamento demasiado mediocre. De esa forma, todas rompimos hace tiempo la promesa de vivir juntas, desde que nos hicimos amigas siendo vecinas, desde muy pequeñas, cuando nuestras madres se hacían cargo de todas nosotras cada vez que alguna lo necesitaba. Ahora, Lara vive en Madrid y, por más que he insistido en que Martina viva conmigo en mi pequeño pero bonito y céntrico apartamento, no ha cedido.

Aunque Lara también lleva un poco de razón. Martina se prendó hace un tiempo de Lucas, compañero de trabajo de Lara, con el que tuvo una relación seria después de varios años teniendo aventuras esporádicas. La cosa no cuajó y, desde entonces, nuestra amiga se dedica a salir por las noches en busca de un tipo que la quiera, pero, como es lógico, a esas horas y en esos lugares solo consigue encontrar polvos de una noche que olvida a la mañana siguiente.

Así que, en el tema amoroso, no podemos estar en situaciones más diversas: Lara se nos ha casado con un empresario rico con el que es inmensamente feliz, después de haber superado unos cuantos obstáculos. Martina se dedica a ir de bar en bar en busca de algo que ni ella sabe qué es. Y yo, estoy pasando por un buen momento en mi vida. Estuve un tiempo acompañando a Martina, divirtiéndome y coleccionando tíos para pasar un buen rato, pero tuve que alejarme de esa vida nocturna para sacarme mis estudios y mis oposiciones, algo que me valió mucho la pena. Ahora, hago lo que siempre quise hacer: ser maestra en una escuela de primaria. La docencia siempre fue mi pasión y mi vocación, y, dando clases a niños entre seis y once años, he cumplido el sueño de mi vida. ¿Novios? Ni hablar. Ni novios, ni rollos ni nada de nada. Quiero estar tranquila, centrarme en mis clases y en el trabajo que siempre me llevo a casa. Solo una vez tuve un lío con un compañero de trabajo y la cosa acabó tan mal que acabó pidiendo el traslado. No quiero que algo así vuelva a pasarme. Me conformo con salir de vez en cuando con mis amigas y divertirnos un rato. ¿El sexo? Pues mira, de momento, más vale sola que mal acompañada.

—En fin —suspiro mientras miro mi reloj—, tengo que irme chicas. Las clases empiezan en quince minutos y no puedo llegar tarde. Hoy nos llega una niña nueva y tengo que supervisar su adaptación.

—Qué plan tan divertido —refunfuña Martina, que también se levanta—. Yo también he de irme, aunque en mi caso sea para dormir, después de toda una noche de trabajo.

—Perfecto chicas —interviene Lara—. Yo he quedado con mi madre para irnos de compras. Espero volver a veros antes de volver a Madrid.

—Debes de echar mucho de menos a tu madre —le comento al tiempo que cojo mi bolso—. Qué pena vivir en ciudades distintas, con el buen rollo que teníais.

—Lo sé —suspira—. Es lo que llevo peor, la separación con mi madre. Pero, por más que le insisto en que se venga a vivir conmigo, no hay manera. Le da por decir que no quiere meterse en casa de nadie, que ella tiene la suya, su trabajo y su vida.

—Es normal —le comento—. Tu madre aún es muy joven, sin pareja, sin más obligaciones que

su trabajo en la fábrica... Déjala que haga su vida. —Salimos por la puerta hacia la calle—. ¡Hasta pronto, chicas! —exclamo, recordando que hemos quedado en volver a vernos antes de la partida de Lara.

Río un instante al observar el variado grupo que componemos. Martina es morena, tanto de piel como de pelo, y posee unos exuberantes rasgos. A pesar de todo, diría que la más guapa de las tres es Lara, con sus ojos verdosos y su cabellera cobriza. Y luego estoy yo, simple y sencilla, aunque no me quejo demasiado. Mi rostro no es muy llamativo pero sí armonioso. Llevo mi cabello rubio natural más corto que las largas melenas de mis amigas, únicamente por los hombros, pues me gusta lo práctico y detesto pasarme horas en el baño con el secador o la plancha. Así, todo el conjunto parece otorgarme un deje de ternura que creo que los niños captan enseguida. Por eso les caigo bien, confían en mí y yo estoy encantada de la vida.

—¡Hasta pronto, Lisy!

CAPÍTULO 2

Me encanta mi trabajo. Mientras atravieso el vestíbulo y accedo a la sala de profesores, dejo atrás el bullicio de los niños, de sus risas, los besos de sus familiares que los acompañan y se despiden para irse a sus quehaceres diarios.

Me acerco a mi mesa, dejo el bolso y algunas carpetas, y me voy en busca de la máquina del café. Lo sé, ya he bebido uno con mis amigas, pero, a veces, las personas parecemos programadas, y me gusta llevar mis rutinas. Cada día saco un café de la máquina, que se ubica en un rincón de la sala de profesores, donde nos reunimos varios compañeros y aprovechamos para saludarnos, quejarnos del trabajo, de lo que queda para vacaciones y de la faena que tenemos que llevarnos a casa.

—Yo me voy yendo ya —les comento a mis compañeros después de dar el último sorbo y tirar el vaso a la papelería—. Hoy tengo alumna nueva. ¡Hasta luego!

Como cada día, paro junto a la puerta del aula, compruebo que los alumnos permanezcan en fila y, cuando suena el timbre de entrada, abro con una de las llaves del abultado llavero que llevo encima. Los niños y niñas se van acomodando en sus pupitres y yo cuelgo la chaqueta y el bolso en el perchero de la entrada. De momento, contemplo una de las sillas todavía vacía, y supongo que, en cualquier momento, se ocupará de ello Ana, la directora.

—Vamos, vamos —les digo por encima de los murmullos y las risas—, sentaos, que pasaremos lista. A ver, a quién le toca hoy.

Echo un vistazo al panel de las tareas que tenemos en una de las paredes y compruebo que hoy es Rubén quien ha de pasar lista.

—Vamos, Rubén —le digo al niño, que recibe la noticia de su encargo con evidente regocijo—. Puedes empezar.

Pero, antes de que el chico empiece a nombrar a sus compañeros por orden alfabético, se abre la puerta del aula.

—Hola, Lisy —me saluda la directora, que viene acompañada por una niña. Es muy bonita, rubia con grandes ojos color miel, aunque el corte de pelo por encima de las orejas y su atuendo ligeramente masculino le confieren un aire algo rebelde—. Aquí te dejo a Lucía Sandoval. —Ana se retira y, la niña, sin decir una palabra, se dirige al final de la clase, donde se ubica el pupitre vacío, y se sienta.

—Chicos —me dirijo al resto de alumnos—, esta es Lucía y es su primer día con nosotros. Por favor, Lucía, en esta escuela tenemos por costumbre que los alumnos nuevos se presenten ante el resto. Por favor, ponte en pie.

La niña me mira con desidia, después hace lo mismo con sus compañeros y, sin levantarse, nos concede un parco saludo.

—Qué tal —murmura. A continuación, cruza los brazos y se deja caer en la silla.

—Podrías presentarte —le digo—. Decir de qué escuela vienes, a qué se ha debido el cambio...

—No me apetece —contesta, encogiendo sus hombros.

Genial. Hacía tiempo que no me tocaba algún alumno rebelde. Ya hablaré luego con ella.

Una vez Rubén ha pasado lista, me siento en mi silla para abrir el libro de matemáticas. En el

instante en que mi trasero se posa sobre el asiento, escucho un crack y, a continuación, siento la humedad en los pantalones acompañada de un olor nauseabundo.

—¿Pero qué...?!

Me levanto de un salto y observo la pequeña ampolla rota sobre la silla al tiempo que me sobreviene una arcada.

—¡Joder! —grito sin pensar—. ¡Una bomba fétida! ¡¿Desde cuándo se usan todavía estas mierdas?! ¡Abrid las ventanas, por favor!

Todos los alumnos estallan en risas mientras se tapan la nariz, ríen y se alborotan.

—¡Quietecitos todos mientras salgo del aula! —les grito—. Ainoa, por favor, encárgate de supervisar. Enseguida vuelvo.

Todavía con la mano tapando mi nariz y mi boca, salgo como una exhalación y me voy directa en busca de la sala de profesores, donde encuentro a Pablo, de educación física, como profesor de guardia.

—Por favor, Pablo, encárgate de mi clase. Tengo que ir a cambiarme.

—¿A cambiarte? Joder —exclama sin esperar mi respuesta—. ¿Qué es ese pestazo?

—Una puta bomba fétida —le digo antes de irme corriendo.

Entro en el vestuario y abro mi taquilla, donde lo único que encuentro es un pantalón de chándal y unas zapatillas de deporte. Genial, voy a estar preciosa, pero es lo único que tengo. Me desprendo de los pantalones, todavía asqueada, y los meto en una bolsa de plástico que ato con un fuerte nudo. Por último, me coloco el chándal, me lavo las manos y casi gasto un frasco de colonia que también guardaba en la taquilla.

Cuando vuelvo a clase, encuentro a Pablo limpiando mi silla mientras trata de averiguar quién lo ha hecho.

—Gracias, Pablo —le digo—, pero déjame a mí.

Me planto delante de los alumnos con los brazos en jarras y los miro muy seriamente.

—¿Quién ha sido?

Silencio.

—Puede que no hayáis entendido mi pregunta. ¿Quién ha sido?

Miraditas y silencio.

—Está bien, chicos. Esto es lo que va a pasar: estáis todos castigados sin recreo.

—¡Jo, señorita! —exclaman unos cuantos—. ¡No es justo!

—Exacto —les digo—. No es justo. Por eso, el culpable tendrá que dar la cara. Y ahora, vamos con las matemáticas. Se ha acabado el circo.

Me pongo a dar clase entre caras de insatisfacción. Mientras corregimos algunos problemas que había puesto como deberes, trato de no perder de vista sus expresiones, pero no soy capaz de interpretar nada. La niña nueva, por cierto, parece ajena a todo el lío.

Llega la hora del patio, pero el culpable no ha salido todavía, por lo que toda la clase debemos permanecer en el interior del aula hasta la hora de las siguientes asignaturas. Cuando llega el final de la jornada, todos andamos algo agobiados, pero, a pesar de ello, los hago sentarse cuando suena el timbre.

—Alto ahí —les digo—. No os penséis que esto va a quedar así. Esta tarde volveré a preguntar, y si el culpable sigue sin dar la cara, os mandaré como deberes para casa diez páginas de ejercicios de cada asignatura.

—¡Nooo! —exclaman todos.

—Tenéis la hora de la comida para convencer a quien haya sido. Hasta luego, chicos.

Entre protestas y quejas, los alumnos se van en busca de la salida y yo emito un bufido. Menudo día. Lucía, la niña nueva, sale la última y me dirijo a ella.

—Perdona por este primer día tan extraño —me disculpo—. Nunca había pasado nada parecido.

—No importa. —Se encoge de hombros y sale por la puerta.

Algunos compañeros se quedan a comer en el propio colegio, ya que viven demasiado lejos de sus hogares. Otros, como yo, podemos permitirnos ir a comer a casa, pues no tardamos más de diez minutos.

En esta ocasión, necesito ir a casa más que nunca, después del incidente. Me ducho, me cambio de ropa y meto la que llevaba puesta en la lavadora. Al final, no me da tiempo a comer más que una ensalada de pasta que no me terminé ayer.

De vuelta en el colegio, doy parte de lo que ha pasado a Ana, la directora, y, después, accedemos de nuevo al aula. Observo cierto desánimo entre todos, pero, tal y como he hablado con Ana, es el modo de que, entre todos, convezan al culpable.

Antes de sentarme en mi silla, esta vez, me fijo bien en que no vaya a encontrarme ninguna sorpresa desagradable, por lo que tomo asiento tranquila. Ha sido algo inesperado, pero estoy segura de que no va a volver a pasar. Conozco a mis alumnos.

—Bien, chicos, si no tenéis nada que contarme, haremos un rato de lectura.

Abro el cajón de mi mesa, donde guardo el libro que comenzamos a leer en clase hace varios días, meto la mano y... ¿por qué me encuentro con algo que cosquillea entre mis dedos?

—¡Mierda! —grito cuando veo el interior del cajón lleno de insectos, desde saltamontes y langostas a grillos y toda la familia al completo de los ortópteros—. ¡Joder! —vuelvo a gritar cuando docenas de ellos salen del cajón dando varios saltos y se acaban colocando en mi mesa, en mi cabeza, en mi regazo, en mi ropa... ¡Por todas partes!—. ¡Arrggg! —grito—. ¡¡Quitadme esto de encima!!

Lo siguiente que sucede es el caos. Yo dando saltos, intentando quitarme de encima y de desprender de mi ropa cada uno de los insectos; una parte de los alumnos ríe, la otra grita, otros intentan perseguir a los que saltan por toda el aula. Hay niños encima de las mesas, debajo...

—¡Qué demonios sucede aquí!

La directora ha abierto de golpe la puerta del aula al sentir el jaleo que tenía lugar en su interior. Su sorpresa es mayúscula cuando descubre lo que está sucediendo.

—¡No sé qué hacer! —le grito—. ¡Por favor, Ana! ¡Necesito ayuda!

Algo más de dos horas después, todo parece controlado. Ana ha avisado a los bomberos, que, a su vez, han llamado a los de control de plagas del ayuntamiento y, entre los dos cuerpos, han conseguido recoger todos los insectos y llevárselos en unos depósitos especiales. Nos han asegurado que los dejarán en libertad en algún lugar apropiado.

Lo difícil viene ahora. La directora y yo tratamos de explicarles la gravedad del asunto a los niños, pero estos no sueltan prenda.

—Está bien —suspira Ana—. No me dejáis otra opción. Llamaré ahora mismo a vuestros padres y les informaremos de todo. Ellos serán los primeros en saber que estaréis castigados todo el trimestre. De momento.

Ambas nos miramos y asentimos, pues hemos visto a un par de alumnos que se movían inquietos bajo sus mesas. Más que inquietos, están visiblemente nerviosos.

—¡Ya está bien! —grita Paula, una de las alumnas—. ¡Tiene que salir el culpable!

—¡Es verdad! —la secunda Pol, un compañero—. ¡Hasta ahora ha sido divertido pero no quiero seguir castigado! ¡Mis padres se enfadarán conmigo por algo que no he hecho!

La estrategia empieza a dar resultado muy pronto. La niña que parecía nerviosa, coge del brazo a su compañero y lo hace ponerse en pie.

—¡Vamos a decirlo, Marc!

—¡No! —grita este—. ¡No podemos!

Y, en mitad de este tira y afloja, Lucía, la niña nueva, se pone en pie.

—Dejadlo ya. He sido yo.

—¡Sí, fue ella! —Marc ha decidido que, si la culpable se entrega, ya no hay motivo para seguir callado.

—Acércate, Lucía —le pide Ana. La niña se acerca a nosotras y, al contrario de lo que se esperaría en una niña de su edad, nos mira directamente a los ojos—. ¿Es cierto? ¿Has llevado a cabo tú las dos trastadas?

—Con un poco de ayuda, pero sí.

—Está bien. —Me dirijo al resto—. Podéis marcharos todos a casa. Excepto Alba y Marc.

Los alumnos obedecen y salen por la puerta, mirando de reojo con cierta lástima a los compañeros nombrados. Los tres culpables se quedan a solas conmigo y la directora.

—¿Por qué la habéis ayudado? —les pregunto—. Nunca he tenido problemas con vosotros.

—Ella... —titubea la niña—, nos dio esto. —Introduce una mano en el bolsillo de su bata y muestra un billete de cincuenta euros.

—¿De dónde has sacado eso? —exclamo.

—Yo tengo otro —dice el niño antes de sacar su propio billete.

Es cuando las miradas de los presentes van hacia la niña rubia.

—El dinero consigue casi todo. —Se encoge esta de hombros.

—¿Y de dónde has sacado tanto dinero? —le pregunto.

—Es mío —contesta con serenidad.

—¿Cómo va a llevar una niña de diez años cien euros encima? —exclama Ana—. ¡No me digas que también vamos a tener que acusarte de robo!

—¡No! —grita la niña—. ¡No he robado nada! ¡Este dinero es mío! ¡Mi padre es rico!

—Eso lo vamos a comprobar muy pronto, jovencita —señala la directora—. En cuanto hablemos con tu padre.

—No lo vais a encontrar. Está de viaje y no podemos molestarle. Si llamáis a casa, os contestará Carmen, la señora que se encarga de mí.

Lucía parece informarnos de todo como si no le importara nada. Pero, al menos yo, he visto claramente cierta tristeza en el fondo de sus ojos dorados.

Ya hemos avisado a Carmen, la mujer que se hace cargo de Lucía desde que ésta tenía cuatro años. Tal y como nos ha informado la niña, el padre se encuentra ausente y es imposible ponernos en contacto con él. Hacemos pasar a la mujer al despacho mientras Lucía espera en una salita

acompañada de Mónica, la conserje del colegio.

—Yo me entrevisté con usted —le dice la directora, sentada tras su mesa— para matricular a Lucía y no me comentó nada sobre las expulsiones de sus anteriores colegios.

—Lo siento —se lamenta la mujer, visiblemente afectada—. Debería haberles informado, pero creí que Lucía recapacitaría...

—Cuéntenos la verdad, por favor —le pido—. Necesitamos saber las circunstancias de Lucía.

—Su madre la crió sola —nos explica—, hasta que enfermó y murió y dejó a Lucía al cargo de su hermana. Pero ésta se tuvo que marchar por trabajo y buscó al desaparecido padre, ya que su hermana le pidió que lo hiciera así. Fue entonces cuando el señor Sergio Sandoval me contrató.

—¿Sergio Sandoval? —pregunto, sorprendida—. ¿El rico empresario?

—Sí —suspira la mujer—. El señor Sandoval es un hombre muy ocupado y apenas tiene tiempo para su hija.

—Tenemos explicación, al menos, para la cantidad de dinero que llevaba Lucía encima —expongo.

—Sí, bueno —justifica el hecho la mujer—, la niña tiene fácil acceso a una especie de hucha que su padre va llenando bastante a menudo.

—¿Y cómo es que un hombre tan rico ha matriculado a su hija en un colegio público? —le planteo.

—Fue idea mía —nos explica—. Lucía lleva una racha interminable de expulsiones de todos los colegios más exclusivos de Barcelona. Pensé que podríamos probar con algo diferente... Me volví a equivocar.

—Comparto su preocupación —interviene la directora—, pero las normas son las normas, y Lucía ha hecho más que méritos para ganarse la expulsión.

—Entiendo... —murmura Carmen.

—Un momento, Ana —la interrumpo—. Déjame que intente una cosa. Podría hablar con su padre.

—Lisy... —me reprende.

—¿Cuándo regresa el señor Sandoval? —le pregunto a Carmen.

—El fin de semana —responde.

—Pues entonces, iré el lunes a hablar con él. ¿Me podría usted facilitar la dirección de su despacho?

—Sí, claro —titubea la mujer—, pero es casi imposible hablar con él sin cita concertada. Y tengo totalmente prohibido facilitar su número de móvil a nadie. Ni siquiera yo lo llamo nunca si no es para alguna emergencia.

—Lo entiendo, Carmen, tranquila. Y lo de conseguir cita déjelo de mi cuenta, eso es cosa mía. ¿Me dejas que lo intente, Ana?

—No sé, Lisy... Cuando los padres se enteren de lo que ha pasado, exigirán explicaciones...

—Dame una semana de margen —insisto—. Si no consigo que su padre dé la cara y venga a hablar contigo, podrás actuar según el protocolo y expulsarla.

—Me van a crucificar —se lamenta.

—Por favor, Ana, está claro lo que sucede con Lucía. Es una niña que ha crecido sin madre y a la que su padre ignora. Solo trata de llamar la atención. Si un montón de expulsiones no lo han conseguido, nada lo hará. La única forma de que recapacite es que nosotros, como escuela, hagamos algo. No podemos ser un número más en una estadística, se trata de una niña. Convenceré a su padre para que hable con ella.

—Ese hombre te mandará al cuerno —gruñe—. No va a aceptar que la maestra de su hija vaya a decirle que es un mal padre.

—Le hablaré con diplomacia —le digo—. Mi relación con los padres siempre ha sido muy buena.

—Y sus hijos te quieren mucho, lo sé, Lisy. En fin, inténtalo. Pero yo hablaré con Lucía y le explicaré la situación. Tiene que saber que, si su padre no habla con nosotros y con ella, será expulsada dentro de una semana. Y que, mientras tanto, nos tendrá que pedir disculpas, a nosotras y a sus compañeros.

—Por supuesto —le digo.

—Muchas gracias —nos dice Carmen, que ha asistido interesada a nuestro debate—. Les agradezco mucho esta concesión con Lucía. No soy su madre pero la quiero muchísimo, a pesar de que cada día se me hace más difícil educarla.

—No se preocupe, señora —le digo mientras nos ponemos en pie y nos dirigimos a la salida—. Usted hace todo lo que puede.

—Aquí tiene la dirección del despacho del señor Sandoval. —Me tiende una tarjeta—. Espero que tenga suerte y consiga hablar con él.

—Cuenta con ello.

CAPÍTULO 3

Inspiro con fuerza cuando me encuentro frente al edificio donde se ubican las oficinas de la empresa de Sergio Sandoval, dueño de Mercadesa, una cadena de supermercados repartidos por todo el país.

Tal y como me dijo Carmen, es imposible acceder a él sin justificación previa con menos antelación de un mes. Yo misma lo he comprobado, intentando concertar una cita telefónica, pero lo máximo que he conseguido ha sido acceder a su secretaria, que es la que me ha pedido el motivo de mi requerimiento. A pesar de comunicarle quién soy, o que debía tratar temas de la hija de su jefe, lo único que ha podido concederme ha sido un penúltimo puesto en la larga lista de espera del señor Sandoval.

Menudo esfuerzo...

Así que, aquí estoy, colándome en el ascensor entre un montón de gente con acreditación que se dirige a cualquiera de las plantas del edificio. No soy muy alta, por lo que no he tenido más que parapetarme detrás de un tipo con una ancha espalda y mayor barriga. Una vez en el piso deseado, he ido en busca de la secretaria con la que he hablado por teléfono. De nuevo, le planteo mi necesidad de hablar con su jefe.

—Ya se lo he dicho —insiste—. El señor Sandoval está muy ocupado.

—Solo serán diez minutos —le pido.

—No se los puede permitir. —Apenas deja de teclear en el ordenador y no me dedica ni una mirada—. Ahora mismo está en una reunión importantísima.

—En algún momento acabará. —Insisto yo también.

—Las reuniones del señor Sandoval no se sabe nunca cuándo terminan.

Y dale con seguir tecleando como si yo fuera un maldito bulto.

—En algún momento tendrá que salir de su despacho —le digo, harta de escuchar sus excusas—. ¡Digo yo!

Mi leve elevación de voz parece ponerla alerta. Levanta la vista del monitor, se recoloca sus gafas de fina montura y me mira por primera vez a la cara.

—El señor Sandoval ha llegado a quedarse a pasar la noche en su despacho.

—Por favor —le suplico, por si puedo conseguir algo mediante la lástima—. Solo necesito un momento. Es muy importante. Se trata de su hija...

—¿El jueves le va bien? —me pregunta, inalterable.

—¿El jueves? —pregunto, sorprendida—. Sí, claro...

—Pues la apunto en la agenda del señor Sandoval para el jueves día veintiséis.

—Pero ¡si estamos a día dos! —exclamo.

—Es lo máximo que puedo concederle.

—¡Joder! —grito de la impotencia—. ¡Ni que fuera un maldito rey!

—Si no se le ofrece nada más —sentencia, impertérrita—, que tenga usted buena tarde.

—No pienso moverme de aquí —espeto, harta de ir por la vía legal—. Me quedaré sentada en una de esas sillas y no me moveré hasta que pueda ver al señor Sandoval.

—Como desee. —Vuelve a su ordenador y a ignorarme.

Echo un vistazo a las tres sillas que hay junto a la pared del pasillo. Tienen peor pinta que las

de la consulta del médico, que ya es decir. A simple vista puede parecer que las han diseñado tan modernas para crear un ambiente sofisticado, pero no, nada de eso. Son unas horribles e incomodísimas sillas creadas especialmente para que te canses de esperar y te vayas.

¡Pero conmigo han topado! ¡Esto empieza a ser cuestión de orgullo!

Me siento en una de las sillas y me dedico a esperar...

¡Tres! ¡Tres malditas horas llevo esperando en esta mierda de silla!

Ya he perdido la cuenta de las veces que he cambiado de postura, me he levantado, he ido al baño o me he acercado a la máquina del fondo del pasillo en busca de café o galletas. Estoy muerta de hambre y, para colmo, cada vez que me alejo, procuro volver corriendo para no tener la mala suerte de que este hombre salga justo en ese momento.

Observo a la secretaria rancia recoger su mesa, coger su bolso y su chaqueta y acercarse a la puerta del despacho de su jefe.

—Hasta mañana, señor Sandoval.

Vuelve a cerrar y se aleja hacia el ascensor, de nuevo como si yo no existiera.

¡Será bruja!

Me pongo en pie de nuevo y me acerco a una de las ventanas. Ya se ha hecho de noche y las luces de coches, farolas o comercios cubren la ciudad con sus puntos brillantes. Miro el reloj. Las nueve de la noche.

Vuelvo a la fila de tres sillas, pero, en lugar de sentarme, me quito los zapatos y estiro las piernas mientras acurruco la cabeza en mi chaqueta y mi bolso. Los ojos se me cierran y no puedo calcular el tiempo que transcurre hasta que escucho unos pasos y una voz masculina. El que creo que es Sergio Sandoval está saliendo de su despacho al tiempo que habla por su teléfono móvil. Está claro que me he quedado dormida, así que, intento reubicarme mientras el hombre pasa de largo. Ni siquiera se ha percatado de que hay una mujer durmiendo en el pasillo.

Con celeridad, busco mis zapatos, cojo mis cosas y salgo corriendo detrás de él, que ya está accediendo al ascensor.

—¡Señor Sandoval, señor Sandoval! —grito—. ¡Espere!

Las puertas automáticas empiezan a cerrarse y entro en pánico al pensar que pueda escapárseme después de llevar aquí un montón de horas. Corro como nunca, alcanzo las puertas, y logro colocar mi mano en el medio para impedir que se cierren.

—¡Conseguido! —exclamo con una mueca una vez me encuentro en el interior del habitáculo con la única compañía del empresario. Este alza una ceja al verme corretear, pero se gira para darme la espalda y sigue hablando por teléfono.

¿Es que hoy nadie repara en mí?

—Perdone. —Clavo ligeramente un dedo en su espalda a través de la chaqueta de su impecable traje gris oscuro—. ¿Es usted el señor Sandoval?

Nada.

—Disculpe. —Trato de ponerme delante de él—. ¿Podría dedicarme un minuto?

Suspira y tapa el teléfono con la mano.

—¿No ve que estoy hablando?

Y sigue con su tarea.

Casi me quedo sin respiración al observar de cerca su rostro. En mi vida había visto un hombre tan atractivo como el que comparte ascensor conmigo, pero, en estos momentos, no puedo centrarme en esa idea. La sangre me hierve y no es precisamente de deseo. Es de rabia. ¡De mucha rabia!

Me giro hacia los botones que señalan las plantas y pulso el que contiene la palabra «Stop». El ascensor se detiene de inmediato.

—Pero, ¿qué cojones...? —exclama el hombre tras el repentino parón—. ¿Se puede saber qué hace?

—¡Robarle un mísero minuto de su preciado tiempo! —le grito.

—Perdona, luego te llamo —le dice a su interlocutor—. Creo que me he topado con una loca.

Gilipollas...

Cuelga el teléfono y observo cómo vuelve a teclear.

—¿Qué hace?! —le pregunto, ofuscada.

—Llamar a seguridad.

Hasta aquí hemos llegado.

De un manotazo, le arranco el teléfono de las manos, lo tiro al suelo y le coloco el pie encima.

—¿Qué coño hace?! —le pregunto, ofuscada.

—Si continúa ignorándome, juro que aprieto y se queda usted sin su preciado aparato.

—Joder. —Se pasa una mano por la cara y el pelo—. Mire, señorita, he tenido un día de mierda, así que deje de joderme. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted un momento, por favor —le digo, algo más calmada.

El tipo me mira y corroboro que es un auténtico bombón. Me sobrepasa la cabeza en altura, y no digamos en anchura de hombros. Su cabello, abundante y espeso, es de un tono rubio oscuro, y sus ojos... Dios, nunca había visto unos ojos de ese color, dorados, ambarinos, casi amarillos.

Él también parece haber aprovechado para mirarme. Me hace un descarado repaso visual de arriba abajo, deteniéndose descaradamente en mis pechos y después en mi boca.

—Un poco bajita, pero no estás mal —me dice de forma engreída.

—¿Cómo dice? —pregunto, alucinada.

—Soy un hombre muy ocupado, cariño —me dice en un tono sensual que me pone los pelos de punta—, pero, para según qué cosas, puedo encontrar el tiempo.

Se acerca a mí hasta acorralarme contra la pared del ascensor. Siento su cuerpo alto y fuerte presionar el mío. Mis pechos se clavan en su tórax y un ramalazo de excitación recorre todo mi sistema nervioso.

¡Y qué bien huele, por favor!

Se me acaba de olvidar qué estoy haciendo aquí.

—No eres el tipo de mujer que suelo buscar —me susurra mientras desliza sus dedos sobre mi rostro—, pero tienes algo que me pone. Y creo que es tu boca.

Antes de que pueda reaccionar, posa sus labios sobre los míos y se apodera de mi boca de una forma dominante, como si en ningún momento se le pudiese pasar por la cabeza una negativa de mi parte. De pronto, mis músculos se vuelven de agua, mis huesos de gelatina, mis piernas hacen un esfuerzo por soportar mi peso... En mi vida me habían besado como me besa este hombre, que toma mi rostro entre sus manos de forma suave, abarcando con sus dedos desde mis pómulos a mi barbilla, pero, al mismo tiempo, mueve sus labios y su lengua posesivamente, absorbiendo por mi boca parte de mi alma y mi conciencia. Incluso he aferrado su chaqueta entre mis dedos, como si no quisiese que parase nunca.

¿Qué me está pasando?!

Antes de finalizar, repasa mis labios con la punta de su lengua, se separa de mí y me sonríe con la sonrisa más arrogante y presuntuosa que he visto en mi vida.

Y es ese gesto el que me devuelve a la realidad.

—¿Qué coño hace?! —le grito con un empujón.

—Un poco tarde para las quejas, ¿no le parece?

El ascensor se mueve de nuevo y las puertas se abren al llegar al vestíbulo de la primera planta. Está claro que me ha entretenido con el beso mientras volvía a darle al botón de marcha.

—Un placer, señorita.

Coge su móvil del suelo, sale del ascensor y se encamina a la puerta acristalada de la salida.

¿Será posible que se me vuelva a escapar?

—¡Espere! —grito mientras corro tras él—. ¡Señor Sandoval!

Antes de que llegue a su altura, un vigilante de seguridad se coloca frente a mí y me obliga a frenar como si de un muro se tratase.

—¡Apártese! —le grito— ¡Tengo que hablar con él!

—¿Me enseña su identificación? —me pregunta el hombre con cara de pocos amigos.

—¿Cómo dice? —murmuro mientras observo cómo el empresario sale a la calle y se monta en un taxi que le esperaba junto a la acera.

—La identificación con la que ha podido acceder al edificio —insiste.

—Yo... debo de haberla perdido.

—Márchese, por favor —me ordena—. Y que no vuelva a verla por aquí molestando a nadie.

¿Será posible que, después de todo, me vaya sin poder hablar con él?!

—¡Arrg, mierda! —farfullo al tiempo que salgo del edificio.

Me paro en mitad de la acera y tardo unos minutos en ubicarme antes de emprender la vuelta a mi casa. La ira se ha apoderado de mí y no hago otra cosa que pensar en cómo volver a abordar a Sergio Sandoval de forma efectiva.

Esto ha pasado a ser un tema de orgullo.

El día de hoy en clase ha pasado a ser el habitual, sin sorpresas, sobresaltos, sustos o bichos. Lucía, la hija del empresario, sigue sentada al final del aula y apenas interactúa en clase. En la hora del patio, suele quedarse sola, junto a la pista de fútbol, mirando sin perder detalle los juegos de pelota de los chicos, algo que intentaré solucionar mañana mismo, porque hoy no he dejado de pensar en la manera de poder abordar a su padre.

Me remuevo en la silla mientras los alumnos repasan el libro de lectura cuando mi traviesa memoria me hace aparecer la escena del beso; lo que sentí, la sensación de ingravidez, la excitación...

El timbre que anuncia el final de las clases me sobresalta. Los niños y niñas salen en tromba hacia el pasillo mientras recojo mis cosas, antes de apagar las luces y cerrar el aula. Paso un momento por el despacho de Ana para despedirme.

—Hoy lo intentaré de nuevo, Ana —le digo con un suspiro. Le he contado lo que pasó ayer, omitiendo la parte del beso, por supuesto.

—Haz lo que puedas, Lisy. La Asociación de Padres ya me ha pedido una reunión urgente para

esta semana. Sus hijos le contaron lo que pasó y no sé cómo voy a calmarlos. —Se reclina en su silla, se desprende de las gafas y bufa ruidosamente.

—Intenta retrasarla todo lo que puedas —le digo—. Pero te aseguro que de hoy no pasa que ese tipo me escuche.

—Eres una buena maestra, Lisy —me dice con una sonrisa—. Te involucras al máximo en los problemas de tus alumnos, por eso te quieren tanto.

—Gracias, Ana —le digo, emocionada—. He tenido buena maestra, valga la redundancia.

Salgo del colegio y me monto en mi coche en busca de mi objetivo. A ver, no es que haya ideado un superplan, pero, a veces, las cosas más sencillas son las más efectivas: voy a plantarme con mi coche frente al edificio de oficinas de Sergio Sandoval y lo esperaré hasta que salga; en la calle, sin secretarías ni vigilantes con aspecto de armario empotrado.

Unos minutos después ya estoy estacionada en un lugar estratégico, desde el que veo perfectamente la gran puerta giratoria y acristalada.

Miro el reloj del salpicadero: las seis de la tarde. Es temprano, pero no me importa esperar, ya que me encuentro bastante más cómoda y calentita que ayer en aquellas horribles sillas de diseño. Me acomodo en mi asiento, pongo música y, cuando empieza a pasar el tiempo lentamente, aprovecho para sacar el arsenal del que me he provisionado. De una pequeña mochila, saco varios paquetes de galletas saladas, chokolatinas y un par de paquetes de frutos secos. A continuación, busco las carpetas que he colocado en el asiento trasero, donde llevo algunos trabajos de mis alumnos y aprovecho para corregir. No hay nada como ser previsora y organizada.

Ya son las ocho. La oscuridad ya me envuelve, he bostezado como cien veces y me he ventilado todo mi arsenal salado, por lo que ya voy por las chokolatinas rellenas. Los trabajos de los chicos están más que revisados. Me canso de la música y conecto una emisora de noticias, pero la voz monocorde del locutor me da todavía más sueño. A punto estoy de cerrar los ojos cuando diviso la figura del empresario salir del edificio. Abro de golpe la puerta del coche, pero, como todavía estoy aturdida del cansancio y la espera, no me doy cuenta del montón de restos de migas de galletas y envoltorios de chokolatinas que aún quedaban en mi regazo, y observo cómo caen todos al asfalto, pero no puedo entretenerme en ser cívica si mi objetivo cada vez se aleja más por la calle.

—Mierda, que se me escapa...

Cruzo la calle, con el consiguiente riesgo de ser atropellada, y corro a través de la acera detrás del hombre.

—¡Señor Sandoval, espere! ¡Señor Sandoval!

Por fin, logro alcanzarlo, y me coloco detrás de él antes de aferrar la manga de su chaqueta, porque él no se ha molestado ni en darse la vuelta.

—Señor Sandoval, perdone que lo aborde de esta manera, pero...

—¿Otra vez usted? —me interrumpe al tiempo que se gira para mirarme pero apenas ha disminuido la velocidad de sus pasos y me obliga a corretear a su lado—. ¿Qué ocurre? ¿Le supo a poco nuestro encuentro de ayer?

Me mira con expresión socarrona y, de nuevo, casi me hace jadear cuando observo sus brillantes ojos ambarinos y su apetecible boca torcida en una mueca engreída. Mis labios cosquillean solo de pensar en que esa misma boca los besó unas horas atrás y necesito unos segundos para pensar en lo que me está diciendo.

—¿Qué? —exclamo—. ¡No! ¡Soy la maestra de su hija!

—¿Maestra? —Frunce el ceño, aunque continúa sin detenerse y yo no dejo de perseguirlo.

—¡Sí! ¡De su hija! ¡De Lucía! ¿Se acuerda de ella?

—Oh —dice, claramente decepcionado. Seguro que pensaba que era una admiradora loca por meterse en la cama con él—. Sí, claro. Si es algún problema con los pagos, póngase en contacto con mi secretaria. Ella le hará todas las transferencias necesarias.

—¡No! —vuelvo a exclamar cuando nos detenemos porque ha parado a un taxi—. ¡No se trata de eso!

—Hable con mi secretaria —insiste—. Ella le pondrá al día de lo que haga falta.

Y, en mis narices, abre la puerta del coche y se introduce en su interior.

¡Por Dios! ¡No se me puede escapar otra vez!

No sé cómo he pensado tan rápido, pero, antes de que termine de cerrar la puerta, coloco un pie en medio para impedirle el movimiento y me lanzo de cabeza al interior del vehículo.

Con lo que no contaba era con que él ocuparía esa parte del asiento y yo acabaría sentada en su regazo.

—Vaya —me dice divertido mientras rodea mi cintura con un brazo—, parece que le gustan los lugares pequeños para sus encuentros esporádicos, como los ascensores o los taxis.

Mi respiración se acelera cuando tengo que apoyar las palmas de mis manos en su pecho para evitar que nuestros rostros lleguen a tocarse. Y qué cerca tengo su cara... Observo unos segundos la espesura de sus cejas y sus largas pestañas, ambas más oscuras que su pelo. O su boca carnosa y, cómo no, el brillo de sus cálidos ojos que destacan en la oscuridad del habitáculo.

—Deje de decir tonterías —le digo al tiempo que me desprendo de su abrazo y me lanzo sobre el asiento, a su lado—. Ya le he dicho que soy la maestra de su hija y necesito hablar con usted de un asunto importante.

—Mire, señorita...

—Luisa. —Odio mi nombre, pero no me da la gana de otorgarle confianza alguna diciéndole mi diminutivo.

—Señorita Luisa, se me ha hecho un poco tarde. —Estira su brazo para observar la hora en su caro reloj—. Pero, si tan importante es, podríamos quedar para mañana.

—De eso nada —le corto—. Me ha costado demasiado trabajo y tiempo que me haga caso y no pienso irme de aquí hasta que me escuche.

—Si yo le digo que quedamos mañana —me dice, bastante más serio—, es que quedamos mañana. Soy un hombre de palabra, señorita, aunque no lo crea.

—Cuándo y dónde —le exijo, cruzándome de brazos.

—A las seis y media de la tarde, en la puerta, donde me esperaba hoy.

—¿Tan temprano? —refunfuño—. No pretenda hacerme el lío. He visto con mis propios ojos a las horas que suele usted salir de su despacho.

—Mañana a las seis y media —insiste.

Durante unos instantes se queda mirando mi boca, lo que consigue que mi corazón vuelva a acelerarse. A continuación, me quedo totalmente paralizada cuando observo que acerca su dedo pulgar a mi rostro y lo desliza por la comisura de mis labios.

—¿Qué... qué hace? —titubeo.

—Tiene usted restos de comida —susurra.

Una vez me limpia, observa con detenimiento su dedo y se lo introduce en la boca para lamerlo sin dejar de mirarme. Un tirón inesperado tiene lugar en mi sexo.

—Mmm, chocolate —me dice con su habitual sonrisa engreída—. Parece que es usted muy golosa.

Se está riendo de mí y empieza a cansarme.

—Lo que soy es una mujer con poco tiempo y pocas ganas de que le tomen el pelo —gruño—. Más vale que cumpla su palabra y nos veamos mañana. —Hago intención de abrir la puerta del coche pero él me detiene.

—No salga por ese lado —me avisa—. No dejan de pasar coches y podrían atropellarla. Salga por aquí. —Me señala la puerta junto a la acera.

—Pues quítese de en medio —le exijo.

—No hace falta. —Vuelve a mirarme de forma traviesa—. Salga tal y como ha entrado.

Observo su cuerpo y sus largas piernas, que me obstruyen totalmente la salida. Ya vuelve a reírse de mí, pero no pienso parecerle una tonta obnubilada por su presencia arrolladora.

Bueno, un poco sí, pero esa no es la cuestión. ¿Se cree que me voy a asustar o algo así? Pues de eso nada.

Siguiendo su consejo, vuelvo a sentarme en su regazo, giro mi cuerpo y me deslizo hasta el exterior.

—Que tenga buena noche, señor Sandoval —me despido, apoyada en la puerta todavía abierta del taxi—. Le espero en el mismo lugar, mañana a las seis y media. Y, como no se presente, juro que subo a su despacho y le monto un pollo que salimos hasta en las noticias.

—¿Qué haría? —me pregunta.

—¿Cómo dice?

—¿Qué haría para llamar la atención de esa manera? —Su tono de voz expresa claramente su intención de burla.

Inclino un poco más mi cuerpo y me acerco más a su rostro.

—Desnudarme en medio de su oficina, delante de sus empleados, por ejemplo.

Si quiere guasa, ahí la tiene.

—Entonces —sonríe—, preferiré no presentarme a nuestra cita para no perderme el espectáculo.

—Sí lo hará —replico con otra sonrisa—, porque es usted un hombre de palabra.

Me alejo de él y empujo la puerta para cerrarla y marcharme hacia mi coche. Estoy satisfecha de haberle plantado cara a ese engreído.

Aunque, solo por pensar en la escena en la que me desnudo frente a él, mi sexo haya vuelto a humedecerse y mis pechos me duelan por lo duros que se me han puesto.

CAPÍTULO 4

Llega la hora del recreo y aprovecho para tomar un café y un desayuno junto a mis compañeros y compañeras justo antes de salir al patio para echar un vistazo a los alumnos. Mientras el resto conversa, yo no puedo despegar la vista de Lucía, que sigue sola junto a la pista de fútbol. Observo al resto de las niñas y niños, la mayoría formando pequeños corrillos de amigos. Pero en ninguno está la niña nueva, en la que puedo ver perfectamente su expresión de anhelo frente a los chicos que juegan a pelota.

Me excuso con mis compañeros y camino hacia la niña. Nada más verme percibo cómo se tensa y forma ese escudo que suele desplegar cada vez que quiere aislarse del resto.

—Hola, Lucía —la saludo—. Siempre te veo por aquí. ¿Te gusta el fútbol?

Se encoge de hombros y apenas me mira pero acaba afirmando con la cabeza.

—¿Te gusta más verlo o practicarlo? —Sigo con la conversación y consigo poco a poco que se vaya relajando.

—Las dos cosas —contesta.

—¿De qué equipo eres?

—Del Barça. —De nuevo, un tema que le interesa hace que su escudo vaya tornándose un poco más transparente.

—Yo también —respondo—. No hay jugador que le haga sombra a nuestro Messi, ¿verdad?

—No, no lo hay. —Sonríe ligeramente.

—¿Entrenas en algún equipo?

—No —murmura, algo alicaída.

—Podrías apuntarte en alguno de tu barrio si te gusta tanto. O como actividad extraescolar.

—Mi padre me apunta en actividades —prosigue, tensa—, como danza, piano o tenis, pero no voy a ninguna de ellas. Las odio.

—Pues dile que lo que te gusta es el fútbol.

—Ya se lo he dicho pero creo que no me escucha o no se entera.

—Ya... Podrías, al menos, practicarlo a la hora del patio con los chicos. ¿Les has pedido que te dejen jugar con ellos?

—No me dejarán.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

—Porque nunca me dejan por ser niña.

—Eso es una tontería. ¿Eres buena jugadora?

—Claro que sí —responde con orgullo—. Se me da bien regatear y lanzar faltas o penaltis.

—Eso está muy bien. Ven conmigo.

La tomo de la mano y ella hace fuerza por soltármela, pero se la aferro con ímpetu y consigo acercarla a la pista.

—¡Eh, chicos! —aviso a los alumnos que juegan—. ¿Podéis acercaros un momento, por favor?

Lucía hace el amago de soltarse de mi mano, pero logro sujetarla mientras varios niños se nos acercan.

—Vuestra compañera me estaba contando que le gusta jugar a fútbol y se le da muy bien. ¿Qué os parece si juega con vosotros?

Los chicos se miran entre sí y apenas balbucean una respuesta.

—Vamos a ver —les digo, con los brazos en jarras—. ¿Qué os he enseñado yo sobre los prejuicios a las personas? Acordaos de lo mucho que habéis ayudado siempre a compañeros con necesidades especiales, o a aquella niña que vino de otro país y apenas sabía nuestro idioma. ¿Vais a tener algún problema ahora por jugar a fútbol con una compañera porque sea niña?

—No, señorita —contesta uno de ellos—. Nos ha tomado por sorpresa, nada más.

—Si os parece —les digo—, Lucía os hará una demostración. Colocad la pelota en el punto de penalti. Os va a demostrar que es mejor que muchos de vosotros.

—No hace falta, señorita, puede jugar con nosotros...

Y yo sé que es así, pero la demostración es, sobre todo, por Lucía. Mis alumnos me hacen caso y colocan la pelota mientras uno de ellos se pone de portero. Empujo ligeramente a la niña, que se acerca a la pelota, toma algo de carrerilla, y lanza el penalti. La pelota se le cuelga al portero por toda la escuadra.

—¡Qué pasada! —exclaman los niños—. ¡Vamos, vamos, Lucía, serás de nuestro equipo!

—¡No! —gritan otros—. ¡Vendrá con nosotros!

—Jugaré un rato con cada uno —interviene ella.

Por fin, la dejo jugando, correteando con la pelota en los pies en medio de los chillidos de los chicos. Me lanza una imperceptible mirada, que yo sé que es de agradecimiento, pero apenas consigue expresarlo. No importa. Me siento satisfecha porque así es este trabajo, una satisfacción tras otra.

Después de las clases, paso un momento por mi casa para organizar las asignaturas que daremos mañana, y para darme una ducha rápida antes de enfrentarme de nuevo a Sergio Sandoval. Esta vez aparco bien el coche y decido esperarle de pie, junto a la puerta acristalada de la entrada. La verdad, soy muy pesimista respecto a su promesa, con lo que empiezo a pensar en la posibilidad de subir a su despacho y tener que desnudarme para que me haga caso.

Miro la hora en el móvil. Falta sólo un minuto para las seis y media y, cuando me dispongo a contestar algunos mensajes de WhatsApp para matar el tiempo, observo de reojo cómo aparece el empresario atravesando la puerta giratoria.

—Señor Sandoval —le saludo con un toque de ironía—. Qué puntualidad. Quién lo diría.

—Se lo dije, señorita Luisa.

—Soy Lisy —le digo sin pensar. Tan acostumbrada estoy a corregir a la gente con mi nombre, que he bajado la guardia y lo he vuelto a hacer, a pesar de querer evitar la confianza con este hombre.

Y es que Sergio Sandoval vuelve a dejarme sin aliento. Viste de nuevo un traje impecable y desprende un aroma único que me envuelve y me hace recordar los sueños eróticos que tuve la pasada noche con él. No quería, me niego rotundamente a dejarme impresionar por este hombre, pero la mente es así, a veces trabaja sola y no podemos ignorar nuestros deseos más ocultos. Supongo que no hago daño a nadie si sueño que este pedazo de espécimen masculino me empotra una y otra vez. Es algo que me limitaré a hacer en sueños.

—¿Lisy? —me pregunta divertido. La mueca que forma con su boca lo hace todavía más atractivo, si eso es posible.

—Sí, bueno. Odio mi nombre.

¿Para qué le explico mi vida?

—Está bien, señorita Lisy. Acompañeme, por favor.

Observo cómo se dirige al taxi que le espera estacionado junto a la acera y me abre la puerta trasera.

—¿Adónde vamos? —pregunto, extrañada.

—De momento, a que me explique qué pasa con Lucía.

—Está bien —suspiro mientras me introduzco en el vehículo.

Una vez los dos en el interior, el taxista se incorpora al tráfico de la ciudad. Nunca el habitáculo de un coche me había parecido tan pequeño y asfixiante, algo únicamente atribuible a la presencia de mi acompañante, que parece llenar todo el espacio.

—Dígame, entonces, qué es eso tan importante. —Se gira ligeramente hacia mí y me presta toda su atención. Trago saliva, nerviosa, al sentirme tan expuesta a él.

—Su hija, Lucía —comienzo a explicarle—, está a punto de ser expulsada del colegio.

—¿Otra vez? —suspira.

—¿Ya está al tanto de sus otras expulsiones?

—Sí, claro. Supongo que está pasando por una fase rebelde.

—¿Fase rebelde? —me indigno—. No, señor Sandoval, nada de eso. Su hija requiere su atención. Es su forma de pedirla.

—¿Y qué sugiere que haga?

—En primer lugar, tiene que hablar con su hija. He conseguido detener la expulsión, pero solo es algo momentáneo.

—Hable usted con ella —me suelta—. Para eso cobra un sueldo de lo que yo pago al colegio.

—Usted a mí no me paga nada —le digo, más indignada todavía—. Puede que no se haya enterado todavía de que su hija estudia en un colegio público, por lo que soy una funcionaria del Estado.

—¿Un colegio público? —me dice, sorprendido—. Debe de haber sido cosa de Carmen.

—Así es —reitero—. La pobre mujer decidió hacer algo diferente para ayudar a su hija. Y, aunque el primer día lió una buena en clase, creo que está arrepentida.

—Ya hablaré con ella. —Desliza la mano por su rostro y después por el pelo.

—También necesito que hable usted con la directora y la presidenta del AMPA. Es la única forma de apaciguarles. Necesitan una explicación y una disculpa. No tiene más que desplegar su encanto y se las meterá en el bolsillo.

De pronto, el taxi se detiene, antes de que me haya dado una respuesta. El empresario abre la puerta del coche, sale al exterior y me invita a hacer lo mismo.

—¿Por qué nos bajamos? —le pregunto.

—He quedado con un importante proveedor en este restaurante. —Me señala el local—. Usted me acompañará.

—¿Yo?! ¿Con un proveedor? —Me enfurezco tanto que no hago otra cosa que quejarme y gritar—. ¿No se supone que me iba a dedicar su preciado tiempo?! ¿Voy a tener que compartirlo con otra persona?!

—Por favor, señorita Lisy —me explica mientras accedemos al restaurante—, no se disguste. Le aseguro que solo será un momento. Comprenda que hay cosas que no puedo apartar de mi vida sin más. He podido concederle esta tarde porque tenía que atender esta cita. Espero que no se

enfada por organizarlo así. Será una reunión breve.

—Joder... —murmuro cuando me percato del ambiente que nos rodea—, ya podría haberme dicho que íbamos a un lugar tan elegante. Me habría vestido con lentejuelas. —Señalo mi atuendo de vaqueros, blusa roja y sandalias planas.

—Está usted perfecta. —Me lanza su perfecta sonrisa acompañada de un repaso visual de arriba abajo. Me enfurece que le sea tan fácil distraerme.

Cuando el maître nos acompaña hasta la mesa reservada, ya hay una persona esperando, que se levanta al vernos llegar.

—Señor Sandoval —saluda al empresario con un apretón de manos.

—Qué tal, señor Estruch —corresponde mi acompañante—. Si no le importa, la señorita Lisy nos hará compañía.

—Cómo me va a importar que nuestra triste reunión tenga un poco de color —comenta el hombre mientras estrecha mi mano.

Todo me parece un poco surrealista, con los dos hombres conversando sobre productos, precios, métodos de fabricación o distribución. Mientras tanto, un camarero nos acerca un carrito con licores y bebidas y nos pregunta cuál nos apetece. Para matar el tiempo, me tomo un par de chupitos que me llaman la atención y voy contestando algunos mensajes del móvil o echando un vistazo a un par de redes sociales.

Aproximadamente una hora después, el hombre se levanta y se despide de nosotros.

—Pues quedamos así, señor Sandoval. Un placer conocerla, señorita.

Observo que mi guapo acompañante vuelve a sentarse y le imito. Un segundo después, le hace una seña al camarero.

—¿Y ahora? —le pregunto—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué sorpresa me tiene preparada?

—De momento —me dice cuando un camarero coloca dos platos con comida delante de nosotros—, vamos a cenar.

—Está usted de coña. —Parpadeo al contemplar semejante despliegue de platos y copas.

—No estoy bromeando. —Como si lo hiciésemos juntos cada día, coge sus cubiertos y empieza a comer—. Vamos, coma usted también. Creo que se alimenta de demasiadas galletas y chocolatinas y eso no es nada sano. Necesita una cena más completa.

Me lo quedo mirando unos segundos. No, no bromea. A la vista está, por cómo da cuenta de la ensalada y el pescado.

—¿Qué ocurre? —me pregunta—. ¿No le gusta el pescado?

Y no puedo evitar ponerme a reír mientras cojo los cubiertos y empiezo a comer.

—¿De verdad es lo único que se le ocurre preguntarme? ¿Si no me gusta el pescado? Es usted una caja de sorpresas, señor Sandoval.

—Usted tampoco se queda atrás —me dice, sonriendo también—. Debo reconocerle su tesón y su imaginación a la hora de abordarme.

—Si su secretaria me hubiese pasado con usted o me hubiese dado una cita para esta semana, no habría hecho falta.

—Lo siento —compone una mueca—. No estoy acostumbrado a que nadie desee verme para temas tan honorables.

—Por cierto —le digo tras dar un sorbo al delicioso vino blanco—, no ha llegado a contestarme. ¿Hablará con su hija y vendrá al colegio?

—Creo que sí.

—¿Solo lo cree? —le pregunto alzando una ceja.

—Sí, porque tengo una condición.

—Pues nada —suspiro al tiempo que suelto los cubiertos y me reclino en la silla—, adelante, dispárese. Dé gracias a que ha dado con alguien con una paciencia infinita.

—Haré las dos cosas que me pide si en ambas está usted presente.

—Pues... —medito la respuesta—, entiendo que lo normal sea que yo esté en su reunión del colegio, pero para hablar con su hija...

—No le pido que intervenga o diga nada —me interrumpe—. Únicamente que esté presente.

—Ya...

Estudio unos instantes su expresión y sus facciones. Parece esperar sinceramente mi aprobación. Está claro que la relación de este hombre con su hija no es nada fluida y, a pesar de la seguridad que emana de él, siente un atisbo de incertidumbre a la hora de pensar en que tiene que ejercer de padre.

—¿Me está usted psicoanalizando? —me pregunta con mordacidad.

—Entiendo bastante bien a las personas. —Me encojo de hombros—. Por eso elegí la carrera que elegí, porque me gusta escuchar, me gusta observar y me gusta actuar en consecuencia. Los niños me gustan y yo les gusto a ellos.

—Parece que Carmen tuvo la mejor idea de su vida al matricular a Lucía en ese colegio.

—No quiero menospreciar esos otros colegios carísimos que haya conocido hasta ahora, pero, en esta profesión, hace falta mucha vocación. Creo que su hija es una niña muy inteligente, pero falta que alguien le marque el camino. Todavía es muy pequeña.

—Supongo que, por la documentación, sabrá usted cómo llegó Lucía a mi vida.

—Sí, lo sé. —Vuelvo a escrutar su rostro, donde solo puedo leer una especie de tensión. Supongo que no está acostumbrado a hablar de ese tema—. Y entiendo que debió de ser muy difícil para usted, pero imagínese para una niña de cuatro años que ha perdido a su madre y se encuentra con un desconocido que ni siquiera sabía de su existencia.

Me mira unos instantes, en silencio. Pasado ese tiempo, se pone en pie y vuelve a vestir su rostro con una sonrisa encantadora.

—¿Nos vamos? Se ha hecho tarde.

Una vez en la calle, se dirige al taxi que le espera y me invita a subir.

—No, gracias —le digo—. Tengo el coche cerca de sus oficinas.

—Lo sé, lo recuerdo. La acercaremos hasta allí.

—Sólo serán unos minutos andando, no importa.

—No va a ir usted sola de noche por las calles de la ciudad. Vamos, suba ahora mismo.

—No hace falta que me trate como un padre —gruño mientras le hago caso y me monto en el coche.

—Ni usted haga como si fuese mayor de lo que es. ¿Cuántos años tiene, veinticinco?

—Veintiséis —respondo—. Por pocos que le parezcan, sigue sin tener edad para ser mi padre. ¿Cuántos tiene usted, treinta y dos?

—Treinta y tres —sonríe—. Pero, en comparación, bien podrían parecer el doble de los que ha vivido usted.

—¿Y usted qué sabe lo que he vivido yo?

—También conozco bastante bien a las personas —responde—. Por sus reacciones.

Sin que lo espere en absoluto, contemplo una de sus manos acercarse a mi pelo y colocar un mechón de mi rubia melena detrás de mi oreja. A continuación, esos mismos dedos se pasean por mi mejilla, mi barbilla y mi cuello, donde coloca su mano para sujetar mi nuca y acercar mi boca

a la suya. Antes de que pueda reaccionar, sus labios se posan sobre los míos y vuelve a besarme, de la misma forma que la primera vez, lenta y pausadamente pero lamiendo mi lengua de la forma más erótica que he experimentado en mi vida. Cuando se separa de mí, aún no he abierto los ojos.

—Despierta, encanto —murmura—. Por cosas como esta, lo sé.

Aturdida, parpadeo y frunzo el ceño.

—No creerá que no me han besado nunca. Por si le interesa saberlo, tuve mi época loca en mi etapa de estudiante. Me acosté con varios tíos y...

Ya vuelvo a explicarle mi vida...

—Oh, me impresiona, señorita experimentada —me dice con sorna—. Y, dígame una cosa. Con semejante experiencia...

Ignorando al taxista, se acerca a mí hasta colocar su rostro a unos pocos centímetros del mío.

—¿Alguna vez la han besado igual?

Trago saliva una y otra vez. Todo mi campo de visión lo ocupan sus ojos dorados y sus pecaminosos labios, humedecidos por el beso que hemos compartido. Por supuesto, jamás me han besado así. Mis aventuras sexuales pasadas, acaecidas algunos siglos atrás, tuvieron lugar con niños, no con un hombre como el que me mira ahora mismo como si fuera una fruta madura a punto de caer del árbol. Por mi mente se suceden imágenes en las que ambos nos desnudamos como locos en el coche y follamos de forma desesperada. Casi siento el contacto de su cuerpo sudoroso y los golpes de su miembro en mi interior mientras lo cabalgo en el asiento donde ambos estamos ahora mismo...

Madre mía, la falta de sexo en mi vida me está empezando a hacer desvariar.

Y por eso me enfurezco de nuevo con este hombre, porque empiezo a estar harta de lo que un simple roce de sus dedos es capaz de hacer en mí. Y si me besa... Dios, es cuando pierdo la conciencia de mi propia persona.

—¿Quiere dejar de besarme a traición de una vez?!—exclamo, apartándome—. ¡Soy la maestra de su hija!

—Cierto. —Compone una mueca y se pasa la mano por el pelo—. Mañana nos vemos en el colegio. Hasta mañana.

De pronto, soy consciente de que hace rato que estamos parados, justo al lado de mi coche. A toda prisa, me apeo del taxi y me monto en mi Citroën para volver a casa cuanto antes.

CAPÍTULO 5

Consulto la hora en mi reloj. Ya son casi las seis de la tarde y todavía esperamos a Sergio Sandoval en el despacho de la directora entre bufidos y suspiros, a pesar de que su secretaria me llamó para decirme que su jefe estaría aquí a las cinco en punto. Ana me mira intentando disimular su exasperación. Lorena, la representante de la Asociación de Padres, no deja de moverse en la silla donde permanece sentada desde hace una hora, como yo, que tampoco sé ya que hacer para que no se me note mi irritación y mi decepción.

El reloj colgado en la pared acaba de marcar las seis en punto.

—Se acabó —se queja Lorena mientras se pone en pie—. No puedo permitirme perder ni un minuto más de mi tiempo. Si al propio padre de esa niña no le importa que la expulsen, está claro que a los padres menos todavía.

—Espera, por favor —le pido—. Cinco minutos más. Seguro que ha tenido un imprevisto a última hora. Es un hombre de palabra...

Miro hacia la directora pero esta niega con la cabeza, diciéndome sin palabras que no puede hacer nada más.

—Lo siento, Lisy —se lamenta Lorena—. He agotado todas las vías y nuestra paciencia. Mañana mismo hablarás con la alumna y...

De pronto, unos golpes en la puerta interrumpen a la mujer. Ana concede su permiso y aparece en toda su altura Sergio Sandoval.

—Lamento la tardanza, señoras, señoritas. No había olvidado mi cita, pero una urgencia de última hora ha provocado un pequeño caos, por lo que he necesitado algo de tiempo para delegar en otras personas. Espero llegar a tiempo.

Mi corazón ha latido más fuerte desde que ha entrado. Como siempre, va impecablemente vestido y, en cuestión de segundos, ha llenado la estancia con su presencia y su olor afrodisíaco e inconfundible.

El caso es que las otras mujeres han sufrido igual las consecuencias de la irresistible personalidad de Sergio. Aunque Ana permanece aún con la boca abierta, a Lorena parece que la hayan hipnotizado y la hayan convertido en un corderito dispuesto a caminar al matadero si ese hombre se lo pidiera.

—Por supuesto que llega a tiempo —dice la mujer al tiempo que abanica sus pestañas, frunce sus labios, se ahueca el pelo y estira su ropa.

—Me alegro —contesta él antes de lanzar de nuevo su sonrisa como haría con un arma letal que no deja supervivientes. Después se gira hacia mí y ladea un poco sus labios—. A usted ya la conozco, señorita Lisy. Encantado de verla de nuevo.

—Igualmente, señor Sandoval.

Ni imagina lo que estoy aguantando la risa en este momento. Tal vez se trate de un asunto muy serio, pero es innegable que este hombre puede conseguir lo que le dé la gana. No me extraña que, en su día, fuese capaz de heredar el negocio de sus padres y llevarlo a lo más alto. Seguro que es capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

—Le presento a Ana —comienzo las presentaciones—, la directora, y a Lorena, la presidenta del AMPA.

—Mucho gusto —contesta el empresario ante el saludo de Ana.

—Pero, por favor, señor Sandoval, siéntese —lo agasaja Lorena—. ¿Desea tomar alguna cosa?
—Le señala la cafetera de la directora.

—No, no, gracias. Solo deseo aclarar el asunto de Lucía cuanto antes. De verdad, quiero pedirles disculpas a todas ustedes para que puedan traspasar ese pesar al colegio y a los padres. Sé que la niña es algo difícil, compréndanlo, sin madre y con un padre que apenas tiene tiempo para nada que no sean sus cientos de trabajadores... Pero les prometo que nada igual volverá a suceder, porque hablaré con ella y porque confío en el impecable trabajo del colegio, sobre todo de la señorita Lisy. Les aseguro que, mañana mismo, Lucía les pedirá perdón a ustedes y a sus compañeros. No sé si les parecerá suficiente para no expulsarla de nuevo, tres veces en lo que va de curso...

Ahora mismo, tras el impresionante discurso, únicamente se escucha el tic tac del reloj que adorna la pared. Y, en el ambiente, casi se pueden ver las motas de polvo suspendidas en el aire. Bueno, y mi bufido también se ha escuchado. No puedo creer que estas mujeres se hayan dejado deslumbrar de esta manera.

—Por favor, señor Sandoval. —La presidenta es la primera en romper el pesado silencio—. Pues claro que nos parece suficiente. En realidad, creo que tampoco ha sido tan necesaria su disculpa. Con que su hija lo hubiese hecho, habría habido más que de sobra. Aunque haya resultado un placer su presencia, por supuesto.

—No me costaba nada, señorita Lorena. —De nuevo, otra sonrisa devastadora.

—Pues bien. —Soy la primera en ponerse en pie antes de que esta mujer decida afilar sus dientes y empezar a comerse al empresario—. Si ya está todo aclarado, podemos irnos. Todavía tengo cosas por hacer hoy. —Miro descaradamente al hombre que ha revolucionado a las más altas mandatarias de la escuela.

—Sí, será lo mejor —apunta la directora al tiempo que le da la mano—. Ha sido un placer tenerle aquí, señor Sandoval. Estaremos encantados de seguir teniendo a Lucía en el colegio. Es una chica muy lista.

—Sí, sí, por supuesto —incide la presidenta—. Su hija es una niña estupenda.

Si continúo escuchando más comentarios falsos e hipócritas, acabaré gritando en medio del despacho.

—Gracias a ustedes —se despide Sergio, antes de salir de la estancia y dirigirse a la salida. Yo lo acompaño hasta el aparcamiento, donde le espera un impresionante BMW, con el que supongo un empleado en su interior.

—Le dije que despegara su encanto —le digo—, no que interpretara una obra de teatro.

—Cuando se trata de un asunto importante que se ha de resolver con rapidez y eficacia —me explica sin un ápice de remordimiento—, hay que utilizar todo el arsenal. Por cierto, la espero en mi casa a las ocho. Jaime la pasará a buscar por su casa. —Señala a la persona que le espera en el coche.

—Pero —titubeo—, ¿no me pide mi dirección?

Pero Sergio se introduce en el coche y se limita a sonreírme con su habitual sonrisa engreída. Seguro que no tiene más que chasquear sus dedos para conseguir lo que desee.

Por supuesto, ya me esperaba que el hogar del empresario fuese una casa de considerables proporciones como la que estoy viendo. Impresiona el cuidado jardín, sembrado de multitud de puntos de luz que acaban de encenderse debido al comienzo del crepúsculo. Lo que no me esperaba es que tuviera una apariencia tan acogedora, pues sus paredes cubiertas de piedra, sus ventanas de madera y el tejado de pizarra ofrecen una cálida sensación. Sensación que se acrecienta cuando Carmen me abre la puerta y me invita a pasar.

—Encantada de tenerla aquí, señorita. Enseguida aviso al señor Sandoval.

Mientras le espero, no puedo evitar mirar a mi alrededor. Casi todo lo que me rodea es madera, libros, plantas y pequeñas lamparitas encendidas en cada rincón y en cada pared. Todo el conjunto otorga una reconfortante sensación de calidez y te hace desear quedarte aquí mucho tiempo.

—Hola, Lisy —escucho decir a mi espalda—. Gracias por venir.

Me doy la vuelta en busca de la voz y... me quedo petrificada. Sergio Sandoval está aquí, a solo dos metros de distancia de mí, algo que no debería resultarme tan llamativo después de haber compartido con él el reducido espacio de un coche. Lo que me impresiona es verlo tan diferente, vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca. Si añadimos que esta es su casa y que se ha dirigido a mí sin formalismos, lo único que puede pasar es que me derrita por dentro.

—Usted me lo ha pedido, señor Sandoval. Y lo hago por Lucía.

—Eres mi invitada. Aquí puedes llamarme Sergio.

Y cómo me gustaría saborear su nombre en mi lengua... Pero no puede ser.

—Sigo siendo la maestra de su hija —le replico—, así que seguiré con el mismo tratamiento formal, si no le importa.

—Como quieras —me dice, con lo que me da a entender que él sí va a tutearme, no sé si por acercarme a su terreno o por desconcertarme. Y ambas cosas me parecen fatal.

—¿Dónde está Lucía? —le pregunto para ir adelantando y para hacer algo más que no sea mirarle.

—Está en su habitación. Acompáñame.

—Tiene usted una casa preciosa —le digo mientras le sigo por las escaleras.

—Gracias —responde—. Me mudé aquí cuando... conocí a Lucía. Yo vivía en un apartamento que aún conservo en el centro, pero me pareció un poco justo para tres personas.

El empresario da un par de golpes en la puerta blanca de su hija y ambos entramos. Lucía está ya en pijama, sentada en su cama junto a Carmen, que le está dando las buenas noches con un beso. La mujer se excusa y nos quedamos los tres.

—Hola, Lucía —la saludo—, ¿Puedo sentarme? —Señalo su cama.

—Sí, claro —responde mientras mira de reojo a su padre, que sigue en pie y algo alejado.

—¿Qué tal el día? —le pregunto—. ¿Te ha ido bien con los chicos?

—¡Sí! —responde entusiasmada—. Jugaré con ellos en el patio y puede que alguna vez podamos quedar. —Vuelve a mirar a su padre.

—¿Le has comentado lo de apuntarte en algún equipo? —le digo, siguiendo la dirección de su mirada.

—No —murmura.

—Pues aprovecha y hazlo ahora. —Me acerco a ella en plan confidente—. Seguro que no querrá quedar mal conmigo delante. Yo te echaré una mano.

—¿Se puede saber qué cuchicheáis? —pregunta el padre.

—A su hija no le gusta ninguna de las actividades a las que la apunta. Le encanta jugar a fútbol.

Parece quedarse algo desconcertado.

—¿A fútbol? ¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Pensé que no te parecería bien —balbucea ella.

—¡Pues claro que me parece bien! ¡Me parecerá bien lo que tú quieras hacer!

—Entonces, ¿puedo? —insiste la niña.

—Claro que puedes. Habla con Carmen y con Lisy. Ellas te ayudarán.

—Por supuesto —corroboro.

Lucía viste su cara con una amplia sonrisa. Creo que, a pesar de la poca química que existe entre ellos, esta niña busca desesperadamente la aprobación de su padre.

—Pues primer asunto resuelto —intervengo yo—. Y, ahora, Lucía, tu padre tiene que hablar contigo.

La niña lo mira, expectante, mientras él trata de acercarse poco a poco, como si no se atreviera a hacerlo. Carraspea y comienza a hablar.

—Verás, Lucía, en primer lugar, siento no tener el tiempo suficiente que te mereces. El trabajo...

—Lo sé, papá —lo interrumpe ella—. Lo entiendo perfectamente, ya tengo diez años. Y no pasa nada.

—Entonces entenderás que lo que hiciste en el colegio no estuvo bien.

—Lo sé —murmura.

—Tendrás que pedir disculpas.

—Está bien —bufa—. ¿Algo más?

—Creo que por hoy ya está bien —digo al tiempo que me levanto de la cama. Me inclino ante Lucía y le doy en la mejilla un beso de buenas noches.

—Sí, buenas noches —dice el padre.

Intento, sin que se note mucho, decirle que le dé también un beso a su hija, pero no entiende para nada los imperceptibles gestos que le hago con la cabeza. Al final, me veo obligada a fruncir mis labios como si le diera un beso a él y acaba entendiéndolo. Se acerca a la niña y le da un beso en la frente, o algo parecido, porque apenas le roza el pelo. Cuando va a separarse, ella rodea el cuello de su padre con sus brazos y le susurra un «gracias» que me pone los pelos de punta.

—Hasta mañana, Lucía —me despido antes de salir de la habitación y bajar hasta la primera planta, donde nos sale al paso Carmen.

—¿Se va a quedar a cenar, señorita Lisy?

—No, gracias. —Miro de reojo a Sergio—. Me voy a casa, que ya es tarde. Hasta mañana, Carmen.

—Puedes quedarte —reitera él—. Deberías probar los guisos de Carmen. Te aseguro que están bastante mejor que esas cenas que debes de pegarte tú sola a base de productos envasados.

—No solo como chocolatinas —me quejo mientras salimos al porche de la entrada—. En mi dieta también hay comidas caseras. —Compongo una mueca—. Cuando mi madre me las trae, claro.

Reímos los dos y después se hace el silencio. La noche ya cubre con su oscuridad la silueta del paisaje, creando luces y sombras gracias a los pequeños focos del jardín.

—Voy a llamarte a un taxi —me dice mientras se saca el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Puedo llamarlo yo —le digo al tiempo que rebusco el teléfono en el interior de mi bolso, donde nunca encuentro nada—. No hace falta que...

—Insisto. —El empresario para mi movimiento colocando su mano sobre mi brazo mientras que se lleva el móvil a la oreja con la otra. El calor de sus dedos traspasa mi piel y lo dispersa al resto de mi cuerpo—. Fui yo quien te pidió que vinieras para hacerte servir de escudo frente a Lucía. —Sonríe.

Dejo que haga la llamada mientras me empapo del entorno de claroscuros que me rodea. Aunque la noche no es fría, la temperatura ha bajado y recuerdo que no he traído chaqueta, por lo que me froto los brazos para paliar el fresco que se ha hecho más evidente cuando él ha dejado de tocarme.

—Ya está, tendrás un taxi en cinco minutos. ¿Tienes frío? —me pregunta cuando observa mi movimiento.

—No, no, tranquilo. Pronto me subiré al coche y...

—Ahora vuelvo.

Entra en su casa y sale al cabo de un minuto con una sudadera de color negro.

—Es lo primero que he encontrado entre la ropa limpia en el cuarto de la colada.

Me lanza su espectacular sonrisa y no puedo hacer otra cosa que aceptar la sudadera y colocármela, como si la imagen de su perfecto rostro tuviera la fuerza de una sesión de hipnosis.

—Deje de hacer eso —le reprocho.

—Hacer ¿qué? —me pregunta, confundido.

—A mí no me tiene que convencer de nada, como a esas mujeres del colegio. Puede ahorrarse sus numeritos de seducción.

—¿Eso acabo de hacer, seducirte? —me susurra.

He tenido que apoyarme en la pared del porche por las veces que he echado un paso atrás para alejarme de él, pero este hombre insiste en acercarse cada vez más.

—Ya sabe a qué me refiero —gruño.

—¿Sabes? —me interrumpe—. Antes, arriba, cuando querías explicarme con gestos que le diera un beso a Lucía, he llegado a pensar que me estabas pidiendo un beso a mí.

Para decirme esto ya se me ha echado encima y siento el calor de su pecho de tal forma que empieza a sobrarme la sudadera. ¿Cuándo viene ese taxi? ¿No han pasado los cinco minutos ya?

—El taxi está a punto de venir —le digo al tiempo que coloco una mano en su tórax para separarlo de mí—. Creo que deberíamos despedirnos aquí mismo. Ha sido un placer, señor Sandoval.

—Supongo que es una manera de decir que no volveremos a vernos.

—Lo dudo mucho —sentencio—. El tema de su hija ha quedado aclarado y, a no ser que haya algún problema grave, Carmen se hará cargo. Aunque le aconsejaría que hablara más con Lucía.

—Te estás refiriendo a asuntos relacionados con la niña y el colegio —me explica—, y, en ese sentido, sí que entiendo que te muestres como lo que eres, como su maestra y tutora. Pero yo me refiero a otra cosa y lo sabes. Podríamos vernos al margen de todo eso.

—¿Me está usted pidiendo una cita, señor Sandoval?

—Por favor, Lisy —me dice, crispado—, deja de llamarme así. Me parece un poco fuera de lugar si pensamos en que ya nos hemos besado y estamos hablando de tener una cita un poco más... íntima.

—No, perdona —le rebato—, de eso solo has hablado tú. En ningún momento creo haberte dado pie a que pienses que quiero acostarme contigo.

—¡Aleluya, me has tuteado!

—¡Es que me has puesto nerviosa! —me quejo.

—Por favor, Lisy, no te hagas la ingenua. Has visto perfectamente la atracción que ha surgido entre nosotros.

—¿Y qué?! —exclamo—. ¡Sigo siendo la profesora de tu hija!

—Maldita sea, Lisy, no te estoy pidiendo una jodida relación. Se trata de echar un puto polvo.

—Joder... —murmuro ante la cruda afirmación.

—¿Acaso no te lo han pedido nunca? ¿Jamás has tenido sexo esporádico?

—¡Sí! —exclamo—. ¡Por supuesto que sí, pero no con el padre de una alumna!

Omito decirle que ni recuerdo la última vez, que debió de ser durante alguna locura perpetrada por mi amiga Martina hará un par de siglos.

—Lo pasaríamos bien, preciosa. —Desliza su mano por mi cuello de forma que su pulgar acaricia mi labio inferior—. Sin ningún tipo de compromiso u obligación.

—No intentes distraerme. —De un manotazo, retiro su mano—. A ti lo que te pasa es que estás acostumbrado a tomar lo que te viene en gana, pero resulta que yo no estoy en el menú. Así que, vuelve a tus mujeres de una noche y déjame tranquila.

—No entiendo tanto alboroto —gruñe—. Somos adultos, el sexo es sexo. Eres una chica excepcional, Lisy, pero también deberías vivir un poco más.

—Oh, claro —le suelto con ironía—, menudo ejemplo, el tipo que pasa de su hija para dedicarse a su labor empresarial y a sus polvos esporádicos. Pues más valdría que tuvieras en cuenta algunas obligaciones que se tienen cuando se es padre.

Vale, tal vez me he pasado un poco...

—Tú no me conoces de nada, señorita maestra. —Su magnífica sonrisa ha dado paso a un tono claramente hostil—. No tienes ni puta idea, así que, deja de censurarme y de juzgarme, porque, con toda probabilidad, deseas echar ese polvo conmigo aún más que yo.

—Vete a la mierda, imbécil.

Con un gesto brusco, me saca la sudadera por la cabeza y se la tiro a la cara antes de darme la vuelta y comenzar a caminar hasta la calle.

—¡Aún no ha venido el taxi! —grita a mi espalda.

—¡Me da igual! —le contesto—. ¡Me iré andando!

Por suerte, el coche ya me está esperando en la puerta. Ni siquiera miro atrás cuando desaparecemos al fondo de la calle.

Los alumnos acaban de ocupar sus lugares en clase. Al fondo del aula, en su lugar de siempre, Lucía espera expectante a que el barullo amaine.

—A ver, chicas y chicos —llamo la atención de todos—. Vuestra compañera tiene algo que decirnos.

La niña se pone en pie y se acerca a mi mesa. Ambas nos colocamos frente al resto de la clase, que nos mira con el más alto grado de expectación.

—Quería pedir perdón por lo que pasó el otro día, cuando gasté las bromas a la señorita. Sobre todo a Alba y a Marc, por convertirlos en mis cómplices a cambio de dinero.

—¡Fue divertido! —exclama Marc, desatando las risas del resto.

—¡Por favor, Marc! —le reprendo—. Lucía está tratando de que, tanto las bromas como los castigos, queden en el olvido; que el colegio la acepte y vosotros también.

—¡Nosotros la hemos aceptado ya! —exclama Pol—. Juega en nuestro equipo de fútbol y es buenísima.

—¡Sí! —lo secunda Rubén—. Le hemos preguntado a nuestro entrenador del equipo que tenemos en el barrio, y nos ha dicho que puedes entrenar con nosotros hasta que haya más niñas para formar un equipo femenino.

—¿De verdad? —se entusiasma Lucía—. ¡Qué guay!

Se gira hacia mí, buscando las palabras que le faltan para darme las gracias, pero yo me limito a apretar ligeramente su mano y a asentir con la cabeza, gesto que me devuelve con un claro brillo en sus ojos dorados, tan parecidos a los de su padre.

Devuelvo la mirada a nuestro público y observo a Paula, una de las alumnas, levantar la mano.

—¿Puedo decir algo, señorita?

—Adelante, Paula.

—Pues... —mira un instante a varias compañeras—, hemos estado hablando Lidia, Claudia y yo, y... nunca lo habíamos dicho, pero también nos gusta jugar a fútbol.

—Vaya —me sorprende—. ¿Desde cuándo? ¿Y por qué no habíais dicho nada?

—Porque somos muy pocas y todavía no jugamos del todo bien, pero ahora, con Lucía, que sabe tanto, podremos aprender más rápido. Si ella nos ayuda, claro.

—¿Tú qué dices, Lucía? —le digo a la niña con una sonrisa—. Tendrás que entrenar, ayudar a tus compañeras y hacer los deberes. ¿Podrás con todo?

—Sí —responde, entusiasmada—. Seguro que sí.

Los niños y niñas, para dar por terminado el momento, aplauden con entusiasmo y, antes de que Lucía vuelva a su sitio, me acerco a ella para susurrar algo en su oreja.

—¿Has hablado algo más con tu padre?

—No —suspira—. No he vuelto a verlo desde ayer.

—Tendrás que decirle lo de los entrenos, por si alguna vez hace falta que te lleve o te recoja.

—Mejor no. —Compone una extraña mueca—. No quiero agobiarle. Carmen se encargará, como siempre.

Mientras se dirige al fondo del aula, emito yo también un suspiro. Corroboro mi idea de ayer. A pesar de la fría relación que mantiene con su padre, percibo la inquietud de la niña por agradarle, como si se pasase la vida esperando un reconocimiento o un simple gesto que le recuerde que está ahí, que forma parte de su vida.

CAPÍTULO 6

Qué falta me hacía una noche de chicas, para divertirme y para desconectar de algunos temas que me estaban saturando.

Hemos quedado las tres para arreglarnos en mi apartamento. Apenas cabemos en el baño, nos hemos de turnar el espejo y como te descuides, alguien te da un empujón y acabas metiéndote el pincel del rímel en el ojo.

—Joder, Lisy —se queja Martina—. Ahora tendré que repasarme de nuevo el *eye liner*, con lo perfecto que me había quedado.

—Siempre te queda perfecto —le digo mientras termino de pintarme los labios.

Como siempre nos ha pasado, la primera en acabar soy yo, y eso que, para una noche de fiesta, me arreglo un poco más que de costumbre. Me he revuelto mi rubia melena y la he rociado con laca para obtener más volumen; me he maquillado y me he puesto un vestido ajustado de color negro, sencillo, sin florituras, pero que me hace un bonito cuerpo, a pesar de que con mi metro sesenta de estatura no puedo hacer mucho más. Es lo que más envidio de Lara, en este caso: su altura.

—Chicas, espabilad, que me voy a dormir —les digo.

La siguiente es Lara, que tampoco suele tardar mucho en ahuecarse sus ondas cobrizas, maquillarse y vestirse con un vestido blanco que le queda espectacular.

—Pues ya nos podemos sentar a esperar a Martina —bufa Lara—, porque todavía no ha terminado ni de pintarse los ojos.

—No me pongáis nerviosa —gruñe Martina—. O haré un estropicio y tendré que volver a empezar.

—Lo que no entiendo —le digo mientras me siento junto a Lara en un taburete de la cocina— es que tengas que maquillarte tanto y tardar horas en hacerlo. Eres preciosa, Martina, llamas la atención por donde pasas. No te hacen falta tantas capas.

—Duermo fatal —nos explica mientras se pasa otra brocha con otro tipo de polvos matizantes—, me paso horas y horas de pie y tengo que morderme demasiadas veces la lengua cada día para no mandar a la mierda a los clientes. Estoy pálida, tengo ojeras y boca de estreñida, por eso necesito todo el arsenal para tapar mis arrugas de amargada.

Lara y yo ponemos los ojos en blanco. Martina es una exagerada, pero nunca hemos podido disuadirla, así que, será mejor que cerremos el pico.

Cojo las llaves de mi coche, puesto que el de Martina es una chatarra y Lara no se ha traído de Madrid esta semana su pedazo de Audi. Bajamos a la calle y nos montamos en el vehículo para dirigirnos a una de las mejores salas de Barcelona.

—Menos mal que pagas tú, Lara —refunfuña Martina cuando llegamos al aparcamiento del local—. Yo aquí no puedo permitirme pagar ni un puto vaso de agua.

—No empieces a quejarte —le digo mientras cierro el coche y guardo las llaves en el bolso.

—Es lo menos que puedo hacer —interviene Lara—, invitaros. Ojalá pudiese venir más. Así pagaríamos las tres. —Ríe.

Cuando nos acercamos a la puerta, me doy cuenta de que, rebuscando en mi bolso, no encuentro el móvil.

—Chicas, id tirando —les digo—. Me he dejado el móvil en el coche. Ahora vuelvo.

—¡Te esperamos en la puerta!

No es que vaya a utilizarlo mucho esta noche, pero siempre nos pasa que, el día que no lo llevamos encima es el día que recibimos una llamada importante o se nos acumulan doscientos mensajes. O, simplemente, es algo psicológico. Nos hemos acostumbrado tanto a llevarlo encima, que si no lo llevamos pensamos todo el tiempo que nos falta algo.

Por fin, lo localizo en la guantera del coche y, cuando cierro este con el mando, levanto la vista hacia la calle. Ha sido algo imperceptible, pero hasta el vello de la nuca se me ha puesto de punta cuando he escuchado una voz conocida. Observo un taxi que para en la puerta de un restaurante y una pareja que sale del local, entre risas y confidencias. Ella es una pelirroja despampanante que parece que se lo vaya a comer en mitad de la calle. Y él... es Sergio.

Por un momento, el corazón se me para. Sé que solo hace unos días que lo conozco, que la mitad del tiempo lo hemos pasado discutiendo y que me parece el peor padre del mundo, pero algo me pasa con ese hombre. Algo que tira de mí hacia él.

Observo de nuevo cómo el empresario abre la portezuela del coche para que su acompañante pueda entrar, y, antes de seguirla, levanta la vista y la cruza con la mía.

Me quedo paralizada, sin saber si levantar la barbilla en señal de que me importa un bledo que me mire, o darme la vuelta y largarme pitando. Pero se ve que he tardado el tiempo suficiente en dudar como para que Sergio cruce la calle y se plante frente a mí.

—¿Lisy?

—Señor Sandoval —le saludo con toda la indiferencia que soy capaz de demostrar.

—Vaya. —Me mira de arriba abajo—. Estás... diferente. Me gusta. Me gusta mucho.

—¿Ha acabado ya con su valoración? —le digo con desidia.

—En realidad —me lanza una de sus sonrisas para que note cómo se me aflojan las piernas—, me gustaría más ver lo que hay debajo de ese vestido.

—Eres... —Ya me ha vuelto a obligar a tutearle, con lo que la distancia que quería establecer entre él y yo se acorta de forma alarmante—, eres un capullo y un desgraciado. Tienes a una mujer esperándote en el taxi y vienes a tratar de llevarte a la cama a otra. Si buscas un trío, lo siento mucho, pero no es lo mío.

—Pues deberías probarlo. —Se acerca un paso más, hasta que únicamente la pequeña valla del aparcamiento es la única barrera entre los dos—. Pero no es eso lo que busco contigo. No habría nadie más en nuestra cama. Solos tú y yo.

—Pues me parece que esta noche te vas a tener que conformar con la pelirroja, porque estoy de fiesta con mis amigos y no lo cambiaría por follar contigo.

—Qué mal mientes —exclama con una carcajada—. Y sí, me voy a tener que conformar con la pelirroja, pero solo porque tú has elegido no ocupar su lugar.

—¿Ocupar su lugar?! —grito al tiempo que aprieto los dientes con el peligro de que se me astillen—. Pero ¿tú qué te has creído? ¿Que las mujeres somos tornillos? ¿Que si uno se te cae al suelo vas a la caja a por otro?

—No soy tan cabrón como me quieres pintar, Lisy. —Frunce el ceño ante mi ataque—. Únicamente creo que soy sincero, que tomo las cosas según las tengo a mi alcance. Y creo que, en este caso, la hipócrita eres tú, que enmascara lo que desea porque piensa más en las reglas establecidas que en seguir sus propios deseos.

Antes de que pueda rebatirle, Lara aparece al fondo del aparcamiento.

—¡Lisy! ¡Te estamos esperando!

—Sí, será mejor que me vaya —le digo al rico empresario—. Mis amigas me esperan y beber con ellas y ligarme a algún tío bueno es lo que más deseo esta noche. —Empiezo a alejarme de esos ojos ambarinos que me traspasan la ropa y hasta el alma—. Que se divierta, señor Sandoval. Y cuidado con esa pelirroja, no vaya a ser de las que luego quieren algo más.

—Te aseguro que no —se despide con una maliciosa sonrisa—. Y tú ten cuidado esta noche si echas ese polvo que dices y que no has echado en años, no vaya a ser que grites mi nombre cuando algún pobre tipo se meta en tu cama.

Arrg, qué ganas me han entrado de lanzarle algo a la cabeza. Pero, en vista de que desaparece, inspiro con fuerza y me doy la vuelta para reencontrarme con mis amigas.

Una vez en el interior del local, intento relajarme, rodeada de mis amigas y envuelta en la música y las luces. Nos pedimos unas bebidas en la barra y, cuando damos el primer trago, observamos que un tipo se acerca a Lara por detrás, la rodea con sus brazos y entierra su rostro en el pelo de mi amiga. Ella ríe feliz, echando hacia atrás su cabellera cobriza, y se gira hacia el supuesto acosador, que no es otro que su marido, Adrián. Este, cuando la tiene de frente, coloca sus manos en las mejillas de Lara y acerca su boca para besarla apasionadamente. Incluso con el ruido que nos envuelve, nos parece escuchar los gemidos de felicidad que emiten ambos.

—Joder —se queja Martina, que está sentada a mi otro lado—, menuda mierda de fiesta si se presenta su marido.

El aludido escucha el comentario y se dirige a nosotras.

—No pensaríais que iba a dejar a esta hermosa mujer sola esta noche en este antro de buitres.

—Un poquito de espacio, por favor —se queja de nuevo Martina.

—Es normal, tía —la apaciguo—. Si tienes pareja y estás feliz, para qué vas a venir en busca de ligue.

—Me sigue gustando salir con vosotras —interviene Lara—. Y me gustaría hacerlo esta noche, si es posible. —Mira con reprobación a su marido.

—Pásatelo bien —gruñe Adrián—. Yo estaré por aquí.

—No es lo mismo —ríe ella. A pesar de sus quejas, sabemos que está feliz. Tuvieron que pasar por muchas dificultades en su relación, pero, al final, han resultado ser una pareja consolidada que se ama con locura.

En este momento, un tipo con pinta de depredador sexual nato, se acerca a Martina. Le dice alguna cosa al oído, la invita a una copa y rodea su cintura con el brazo.

—Bueno —suspira Lara cuando Martina se encoge de hombros y nos mira con cara de circunstancias antes de marcharse con el tipo—, creo que solo quedaremos tú y yo esta noche. A no ser que hayas venido a por lo mismo que nuestra amiga.

—La verdad es que no —gruño.

No puedo evitar acordarme de Sergio, de su prepotencia y sus hirientes palabras. Porque sí, lo reconozco, aunque no lo admitiría ni bajo tortura china, pero me ha dolido y me ha jodido verlo con otra. Pienso en ellos ahora mismo, revolcándose en una cama o donde les pille, y siento un fuerte pinchazo en el pecho.

¿Qué me pasa con él?! ¿Si es un capullo!

¿Será cierto eso que me dice sobre enmascarar mis deseos? Puede que tenga razón, que,

realmente, desearía acostarme con él más que otra cosa ahora mismo, pero no lo rechazo por ningún tipo de convencionalismo que él menciona. Ni siquiera porque sea el padre de una alumna. Lo que ocurre es que, las veces que tuve sexo esporádico, fueron con tíos a los que veía como meros penes con patas. Buscaba la forma de desahogarme y ellos me sirvieron igual que lo habrían hecho otros. Pero esta vez es distinto. Sergio Sandoval es mucho más que un pene, a pesar de su «uso» continuado. Me atrae, más de lo necesario, y creo que, si me liara con él una sola noche, quedaría demasiado tocada.

—Le diré a Adrián que se vaya —me dice Lara—. Así, si algún tío bueno se nos acerca, puede que tengas la misma suerte que Martina.

—No hace falta, Lara —suspiro, claramente desanimada—. Tu marido puede quedarse contigo. Pero no voy a quedarme en medio. Creo que yo me marcharé a casa.

—De eso nada —se enfurece—. Si no te apetece otra cosa esta noche, te quedas con nosotros. Pero antes vas a decirme qué te pasa.

—Nada, Lara...

—Ni se te ocurra —me corta—. Ni se te ocurra hacer como siempre y cerrarte en banda. Yo siempre os lo he contado todo. Martina ya sabes cómo es, que, aunque vaya de fuerte, nos acaba confesando hasta el último detalle. Pero tú no, Lisy. A ti hay que sacarte las cosas con sacacorchos. Pero, lo bueno, es que no se nos escapa una y somos capaces de percibir que algo sucede.

—Es que es una tontería, Lara, de verdad...

Mi amiga se cruza de brazos y me mira con el ceño muy fruncido.

—No me insultes contándome una trola, Lisy.

—Joder... —murmuro—. A ver, tía. Es un tío que...

—Lo sabía —sonríe—. Sabía que era porque te habrías colgado de un tío.

—¿Qué?! —exclamo—. ¡No! ¡No es lo que tú piensas!

—Si no te explicas...

—Se trata del padre de una alumna. Es un capullo imbécil y un picaflor que no para de insinuarse.

—Pero ¿a ti qué te molesta? —me pregunta con diversión—. ¿Que sea un imbécil o que sea un picaflor?

—¿Cómo dices? Joder, Lara, me estás desviando del tema todo el tiempo.

—Es que me he fijado en la mueca de tu cara cuando has dicho esa palabra, picaflor. Y creo que es eso lo que realmente te hace estar así de cabreada, saber que se acuesta con una mujer diferente cada día y que tú no vas a ser la que lo haga cambiar de hábito.

—¿Desde cuándo me psicoanalizas?

—No es eso, cariño. Es porque tengo experiencia en el tema. Acuérdate de Adrián, el mayor coleccionista de mujeres de la historia. Y yo, una pobre novata recién salida de la universidad sin ningún tipo de experiencia en hombres.

—No es lo mismo, Lara...

—Te gusta, ¿verdad? —me vuelve a interrumpir—. Lo mismo que me pasó a mí. Podía parecerme un cabronazo, pero me atraía, lo mismo que ese hombre te atrae a ti. Es una especie de tira elástica invisible que va tirando y tirando, y, cuando nos hemos querido dar cuenta, nos ha llevado a donde, sinceramente, queríamos estar: a su lado.

—Déjalo, Lara, no insistas. Al menos, Adrián te sugirió que fueseis amantes y os vierais de vez en cuando, pero Sergio me ha propuesto una noche de sexo, nada más.

—Y te has negado —afirma.

—Sí, claro que me he negado. No pienso ser una maldita muesca en su cinturón.

—Entonces me das la razón, cariño. Si no te importara un carajo, harías como Martina, aprovechar la ocasión de tirarte a un tío macizo. Pero hay algo más, ¿verdad?

Tiene razón mi amiga cuando dice que no me gusta mucho hablar de mí misma, de mis sentimientos, de lo que siento. Pero, esta vez, tengo que reconocer que he perdido. Lara pasó por algo muy parecido con su marido y me ha calado rápidamente.

—Está claro que sabes demasiado del tema como para negarlo —bufo—. Sí, Lara, es esa maldita cuerda elástica invisible, que tira con fuerza cada vez que lo tengo delante y me atrae como la luz a una polilla. Cuando está cerca de mí, soy esa pobre polilla indefensa, aunque todavía me quede algo de raciocinio y haya elegido no quemarme.

—Como tú dices —suspira—, entiendo del tema, pero, aun así, no puedo aconsejarte. Yo me lancé con Adrián, arriesgando mi corazón en el proceso. Por fortuna, la cosa salió bien, pero podría haber resultado nefasta y haber acabado destrozada.

Coloca mi mano entre las suyas y me traspasa su comprensión a través de la tibieza de su piel. Me contemplo en sus bonitos ojos verdes y me siento reconfortada a su lado. Y, como otras tantas veces, me considero afortunada por tener a mis amigas, siempre juntas, desde que coincidimos en el mismo edificio y nuestras madres se ofrecían para cuidarnos si alguna lo necesitaba. Cuántas tardes de merienda y tele, de deberes y de juegos; cuántas noches en pijama, en la misma cama, hablando hasta quedarnos dormidas.

—Ya me has ayudado mucho. —Le doy un abrazo—. Te quiero, Lara, y te echo de menos. —A punto estoy de ponerme a llorar.

—Yo también te quiero, Lisy. Y siento haberme tenido que marchar, pero, a veces, la vida te pone en una encrucijada y te obliga a elegir.

—Tranquila, yo habría hecho lo mismo. —Parpadeo para evitar las lágrimas y sonrío—. Adrián pudo ser un crápula, pero he visto lo mucho que te quiere. Por cierto —ríe—, no se fue. Está ahí, junto a la puerta, vigilante.

—Joder —gruñe y ríe al mismo tiempo—. No te creas que es un loco celoso —me dice mientras me abraza por la cintura y nos dirigimos hacia su marido—. Lo que ocurre es que, hace poco, salí a tomar algo con mis amigas de Madrid, y un tipo me acosó.

—¿Qué pasó? —pregunto, preocupada.

—Pues que me pidió rollo y le dije que no. A partir de ahí no paró de perseguirme por todo el local, de insultarme, de decirme que las tías como yo nos negamos cuando en realidad lo estamos deseando. Incluso me abordó en el servicio y tuve que gritar. Menos mal a un par de tipos que estaban en el baño, me escucharon, y lo echaron de allí a patadas.

—¡Joder, maldito cabrón! Mierda de tíos que no aceptan un NO bien grande. ¿Se lo dijiste a Adrián?

—No, no quise preocuparlo, pero las chicas tuvieron la mala idea de mencionarlo en su presencia y... bueno, se ha vuelto algo más protector.

—No nos habías contado nada —me quejo—. ¿Quién es ahora la que se cierra?

—¡Me pasó hace poco! —ríe—. ¡Y acabo de contártelo!

—Contarle qué —pregunta su marido cuando llegamos a su altura.

—Nada cariño —le corta Lara con un beso—. Que seas mi vigía no significa que tenga que contarte mis conversaciones con mis amigas.

—Lo siento —suspira Adrián—. Perdona, no debería comportarme así. Será mejor que me vaya y te quedes con Lisy un rato más.

—Gracias por el ofrecimiento —le digo—. Pero creo que voy a irme a casa. Podéis tener noche de parejita.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—Sí, Lara. —Nos damos un beso—. Pero mañana recuerda que comeremos juntas, antes de que os marchéis.

—¡Pues claro! —exclama al tiempo que salimos del local y me acompañan al coche—. ¡Pero ya veremos cómo se nos presenta Martina!

—Con ojeras y sonrisa de estúpida —respondo entre risas—. Como cada vez que echa un polvo.

—Si aceptas la proposición de tu Sergio, tal vez te presentes así pronto tú también —me dice con cierta sonrisilla maquiavélica.

—¿Quién es Sergio? —le escucho decir a Adrián mientras se alejan.

—Un tío como tú —le responde Lara.

—¿Cómo yo?

—Sí, un picaflor.

—¿Picaflor?

—No te hagas el tonto ahora, cariño. Un mujeriego cabrón.

—¿Eso soy yo?

—No, pero lo eras.

—Y aun así te enamoraste de mí.

—Sí, me enamoré. No pude evitar quererte, cariño.

—Pues entonces —sentencia él—, mereció la pena dejar de ser un picaflor. Te quiero, Lara.

CAPÍTULO 7

Hoy ha sido uno de esos días en los que me enorgullezco de dedicarme a la docencia. He repartido las notas del examen de matemáticas y estoy muy contenta con los resultados. Hay algún alumno que le cuesta más, otros que son inteligentes pero que necesitan motivación; algunos prefieren la lengua, otros las ciencias... Pero, en general, me encanta mi clase, tan variada, tan ilusionada. Los alumnos de este año están en esa edad en la que ya han pasado de querer preguntarlo todo y creen que ya saben muchas cosas de la vida. Su imaginación es desbordante y ya puedes hablar con ellos de cualquier tema.

Aun así, siguen siendo niños de diez años a los que no les gustan mucho los deberes.

—Recordad, chicos y chicas —les digo tras escuchar el timbre de salida—. Para mañana tenéis que traer la redacción y los ejercicios de la página cuarenta.

—¡Que sí, señorita, ya nos lo hemos apuntado! —refunfuñan mientras salen pitando con sus mochilas a la espalda.

—¡Luego no me valdrá que me digáis que se os ha olvidado! —grito a los pocos que ya corren hacia el pasillo y la salida.

Recojo mis cosas, apago las luces y cierro la puerta del aula con llave. Me dirijo después a la sala de profesores, donde habíamos quedado en tratar un par de temas, como la próxima excursión o el claustró de final de semana.

—Mañana pasaremos la circular con los detalles de la salida —les digo a mis compañeros de ciclo—. Hasta mañana. —Miro la hora en mi reloj—. He quedado con mi madre para hacer unas compras y ya debe de estar esperándome.

—¡Hasta mañana, Lisy! —se despiden varios de ellos.

Atravieso la puerta del edificio y, antes de bajar las escaleras que llevan hasta la verja de entrada, observo a una niña sentada en uno de los escalones. La reconozco enseguida: es Lucía.

—¿Lucía? —le pregunto—. ¿Qué haces aquí todavía? ¿Y Carmen?

—No ha venido —suspira.

—Ven conmigo —le digo al tiempo que le ofrezco mi mano—. Iremos dentro a buscar los teléfonos que haya apuntados en tus datos y llamaremos a alguien.

—Ya lo he hecho, señorita. —Introduce la mano en su mochila y saca un teléfono móvil bastante mejor que el mío.

—¿Llevas un móvil encima con diez años?

—Sí —se encoge de hombros—. Mi padre me lo compró para que pudiese llamarle si tenía algún problema. Pero nunca me lo coge.

—Ya —murmuro. No sé para qué me sorprende. Ni porque esta niña tenga un móvil de mil euros, ni porque su padre no le conteste nunca—. ¿A quién has llamado?

—A Carmen, pero no me lo coge. Y a mi padre le salta el contestador.

—¿No conoces a nadie más? Algún familiar, vecino...

—Solo a Isabel, la hermana de Carmen, pero tampoco contesta.

Suspiro y vuelvo a mirar el reloj. Decido enviarle un WhatsApp a mi madre para decirle que llegaré tarde.

—Vamos, Lucía. Yo te llevaré.

—Gracias, señorita.

Me conmociona que me lance una sonrisa tan radiante, como si acabase de salvarle la vida.

Subimos al coche y, un par de minutos más tarde, suena el teléfono de la niña.

—¿Sí? —contesta—. Hola, Isabel... ¿Qué ha pasado? Oh, no... ¿está bien? Sí, enseguida iré. Estoy en el coche de mi profesora, que iba a llevarme a casa. Hasta luego.

—¿Qué sucede? —le pregunto con preocupación.

—Carmen ha tenido un accidente con el coche —me explica—, pero me dice Isabel que está bien. ¿Podrías llevarme al hospital, por favor? En mi casa no hay nadie...

—Claro, por supuesto —le digo mientras giro en la rotonda para volver hacia atrás—. Nos aseguraremos de que Carmen está bien. Y no se me ocurriría dejarte sola.

Una vez en el hospital, preguntamos en recepción y nos comunican la habitación donde está la mujer. Cuando entramos, nos la encontramos en una cama con un collarín en el cuello y varios rasguños que han sido cubiertos con desinfectante y gasas.

—¡Carmen! —grita la niña al tiempo que se lanza sobre su cuidadora y la abraza de forma efusiva—. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te ha pasado...?

—Ay, mi niña preciosa —le corresponde la mujer con esfuerzo—. Estoy bien, mi pequeña. Pero no pude avisarte y he estado preocupada porque estarías sola, pero los médicos no me dejaban usar el teléfono...

—Tranquila, Carmen, no pasa nada —la tranquilizo—. La he visto enseguida y he dicho de llevarla a casa cuando nos han avisado.

Miro a la otra mujer que la acompaña, que se parece bastante a Carmen aunque un poco más joven, de unos cincuenta años.

—Hola —me saluda—. Usted debe de ser la profesora de Lucía. Yo soy Isabel, la hermana de Carmen.

—Encantada, Isabel. ¿Qué ha ocurrido?

—Un conductor se ha saltado un stop y la ha embestido —me explica—. No tiene heridas importantes, pero los médicos prefieren tenerla esta noche en observación por un golpe en la cabeza.

—¡No puedo quedarme aquí esta noche! —exclama la accidentada—. ¡Tengo que irme a casa con Lucía!

—Lucía tiene padre —le recrimina su hermana—. No vas a irte a ninguna parte.

—Por supuesto, Carmen —intervengo—. Yo misma me encargaré de la niña. La acompañaré hasta que venga su padre.

—Precisamente —suspira—, me avisó esta mañana de que vendría tarde y no podría atender al teléfono. ¡No he podido ser más oportuna!

—¡Tú no tienes la culpa —exclama la otra mujer.

—Carmen —le dice la niña—, tienes que quedarte en el hospital. Los médicos te cuidarán bien y mañana volverás a casa, ¿vale?

—Lo siento mucho, cariño.

—No pasa nada —insiste la otra mujer—. Yo me voy a quedar esta noche contigo y la señorita se hará cargo de Lucía. Está todo controlado. No le importa, ¿verdad? —me pregunta.

—Quédese tranquila —le digo—. De todos modos, ¿han probado a llamar al señor Sandoval?

—Mil veces —gruñe la hermana—. Cuando ese hombre decide desaparecer, lo hace a conciencia.

—Voy a intentarlo otra vez —nos dice Lucía. —La niña marca en su móvil y espera—. Todavía

sale el contestador.

—Entonces no hay más que hablar —comento—. Usted se queda acompañando a su hermana y yo llevaré a Lucía a casa. En algún momento aparecerá su padre, digo yo.

No me gusta nada la mirada que se echan las tres. Genial.

—Es viernes —murmura Carmen—. El señor suele... salir.

Me ha quedado claro.

—En fin, ya es tarde —suspiro—. Saldré un momento fuera a hacer una llamada.

Salgo al exterior y llamo a mi madre para cancelar nuestra tarde de compras.

—Lo siento, mamá, una emergencia con una alumna.

—No te preocupes, hija, lo entiendo. Quedaremos otra tarde.

No hay nadie más comprensivo que una madre.

Media hora después nos despedimos de las dos mujeres y nos dirigimos a la bonita casa del barrio residencial. Carmen me ha dado las llaves y una lista de instrucciones para que Lucía pueda cenar y acostarse.

A todo esto, ni una noticia de Sergio.

—Me ha dicho Carmen que tienes la cena en la nevera —le digo a Lucía mientras voy a la cocina y abro el frigorífico.

—¡Sí! —grita la niña desde el salón—. ¿Me acompañas a cenar?

Dudo la respuesta, pues, cuando contemplo el interior de la nevera se me abre la boca al máximo, puesto que es una de esas americanas con doble puerta, totalmente repleta. Pero frunzo el ceño cuando vislumbro cada uno de los paquetes o envoltorios, porque no hay nada demasiado apetecible. No quiero decir que yo únicamente coma comida basura, pero no entiendo que en la despensa de una casa con una niña no haya ni rastro de algo rápido, como pizza o hamburguesas. Solo fruta, verduras, leche...

—Pues nada —suspiro—. Comeremos sano esta noche. Creo que tienes brócoli para cenar.

—Sí —contesta tranquila—. Mi padre inculcó a Carmen a que me acostumbrara a la comida sana. Y la verdad es que no está tan mal.

—No, no —murmuro para convencerme a mí misma—, nada mal. Si te has lavado las manos, ya puedes poner la mesa.

—¡Voy!

Mientras caliento los platos en el microondas, Lucía pone una mesa perfecta en la misma cocina. Un momento después, ambas nos sentamos una frente a la otra.

—¿Siempre cenas aquí, en la cocina, con Carmen? —le pregunto.

—Papá siempre llega muy tarde —contesta mientras pincha un trozo de brócoli—. Ya estoy en la cama cuando aparece.

Yo miro el arbolito verde con aprensión. Nunca me ha gustado mucho la verdura, a pesar de los esfuerzos de mi madre. Pero, al menos esta noche, es lo único que hay, aunque encuentro un poco de queso y jamón que coloco en medio de la mesa para hacer más llevadero el trago.

—Y ahora —le digo a Lucía tras comernos la fruta y recoger la mesa—, según la lista de Carmen, toca una ducha y el pijama. ¿Necesitarás ayuda?

—¡Claro que no! —contesta con indignación—. ¡Puedo yo solita!

Desaparece en la planta de arriba mientras apago la luz de la cocina y me dirijo al salón. Desde luego, la decoración es impecable y todo brilla de limpio y perfecto: el suelo de parqué, la alfombra, la chimenea de piedra, los muebles de madera recién encerada... Sí, todo es precioso, pero nada indica que en esta casa haya una niña. Un juguete, un libro, una fotografía... nada. Una

casa demasiado impecable.

—¡Ya estoy, señorita! —grita mientras baja las escaleras.

—¿No te ibas a la cama? —le pregunto.

—Es viernes —se queja—. ¿No podríamos quedarnos un rato en el salón viendo la tele?

—Es muy tarde —trato de decirle, ya que Carmen me ha dejado bien claro que tiene que estar en la cama a las nueve.

—Pero mañana no madrugo —suplica—. Además, usted tiene que quedarse a esperar a mi padre, ¿no? Así nos haremos compañía. Porfaaa, señooo. —Me mira con sus bonitos ojos dorados y no soy capaz de negarle nada.

—Está bien, nos sentaremos un rato en el sofá. —La niña salta entusiasmada y enciende el televisor mientras se lanza sobre los cojines.

—¡Bien! —exclama—. Vamos a poner algo guay.

Como suponía, disponen de una multitud infinita de canales y plataformas de pago para poder elegir programas, películas, series...

—Cuidado —le digo mientras me acomodo junto a ella—, no vayas a poner algo para adultos y encima me gane una bronca de tu padre.

—No, no, tranquila. Me gusta una serie muy chula, *Ana de las Tejas Verdes*, que, por mucho que ponga para mayores de trece años, le aseguro que no sale nada raro.

—A mí también me gusta esa serie —le digo sonriente—. Y estoy de acuerdo. Puedes verla.

Empezamos a ver un capítulo detrás de otro, con lo que el tiempo empieza a pasar volando. En un momento le hago parar para buscar algo para picar mientras tanto, ya que siempre me ha encantado comer chucherías mientras veo la tele. Pero, por más que busco, no encuentro nada.

—Mi padre dice que todos esos productos embolsados están demasiado procesados y son malos para la salud.

—Tu padre a veces parece un anciano cascarrabias —murmuro.

«Excepto para su activa vida sexual», pienso.

De pronto, recuerdo que en el coche quedaron algunas cosas para picar, en prevención del aburrimiento por si tenía que volver a esperar a Sergio Sandoval durante horas. Salgo al patio lateral de la casa, donde dejé aparcado mi Citroën, y casi doy un salto de alegría al encontrarme una bolsa de patatas fritas, otra de palomitas de colores y un paquete empezado de chocolatinas rellenas de caramelo.

—Mira lo que he encontrado —le digo a la niña cuando vuelvo al sofá—. Espero que te guste algo de esto.

—¡Sí, me gusta! —dice con los ojos muy abiertos—. Pero Carmen y mi padre...

—No se van a enterar —la interrumpo—. ¿Verdad?

—No, no. Se lo prometo.

Antes de pronunciar la última palabra, ya ha abierto la bolsa de patatas fritas.

—Nos faltaría una coca-cola —le digo con la boca llena de palomitas—, pero lo podremos soportar.

Ambas reímos y volvemos a seguir el hilo de un nuevo capítulo, pero el reloj avanza y nuestro cansancio también. Llegado el momento, noto el peso de Lucía sobre mi hombro y la acomodo en mi regazo. Se ha quedado dormida.

Aprovecho para buscar algo más en los canales, pero acabo dejando las noticias, donde no dicen nada interesante. Poco a poco, empiezo a notar que mis párpados pesan demasiado y, aunque hago un último intento por mantenerlos abiertos, Morfeo gana la partida.

—Lisy, Lisy, despierta.

Una voz masculina se cuela en mis sueños, pero no abro los ojos hasta que un suave zarandeo sacude mi hombro.

—¿Qué haces dormida en mi sofá con la niña? —pregunta Sergio—. ¿Dónde está Carmen?

—No me puedo ni mover y no dejas de hacer preguntas —me quejo—. ¿Podrías esperar a que vuelva a este mundo?

—Espera, llevaré a Lucía a la cama primero.

Coge en brazos a la niña y se dirige a la planta superior. Mientras tanto, parpadeo varias veces, me levanto del sofá y recojo los restos de nuestra comilona insana para tirarlos a la basura.

—¿Me lo vas a explicar ahora? —me dice desde la puerta de la cocina.

Me despierto de golpe.

—Creo que el que tiene algo que explicar eres tú —le recrimino—. ¿Cómo es posible que no haya forma humana de localizarte? ¿Y si ocurre algo, como así ha sido?

—¿Qué ha pasado?

—Carmen ha tenido un accidente con el coche.

—Oh, joder —se lamenta mientras se despeina con los dedos—. ¿Dónde está? ¿Está bien?

—Sí, no ha sido grave, pero se ha de quedar en observación toda la noche.

—Mierda —se vuelve a lamentar mientras se frota el rostro.

Me encanta que se sienta culpable.

—Así que —le sigo explicando—, al ver a tu hija tirada en las escaleras de la escuela, sola, me he ofrecido a traerla a casa, pero hemos recibido una llamada de la hermana de Carmen, nos lo ha contado y hemos ido a verla. Y como Isabel se ha quedado con su hermana, yo he traído a Lucía, hemos cenado, se ha duchado y hemos perdido la cuenta de los capítulos de una serie que hemos visto en la tele.

—Gracias, Lisy...

—Lo he hecho por tu hija —le corto—, porque ya te vale. ¡No puedes desaparecer así!

—Lo siento —me dice de forma algo brusca—. ¿Vas a echarme alguna bronca más?

—Pues mira —le digo—, ya puestos, sí, te voy a decir algo más. Igual que alteras tu ritmo de trabajo para buscarte compañía femenina los viernes, podrías alterarlo también alguna vez para ir a recoger a tu hija. Le haría bastante ilusión.

—No puedo, Lisy —bufa—. No podría prometerle a Lucía algo así y luego no presentarme. Sería peor.

—Lo solucionarías diciéndole que lo intentarás —trato de convencerlo—. Pero, si no pudieras, hacer una llamada no te costaría nada. ¡Y tener el teléfono disponible para ella y Carmen, al menos!

—¿Has acabado?! —me reprocha—. ¿O vas a seguir tratándome como si fuera la única persona en el mundo que busca un rato de diversión?

—A mí me da igual lo que hagas con tu vida. —Voy al salón en busca de mi bolso y la chaqueta—. Te doy consejos como educadora de tu hija y porque es una pasada de niña que deberías, al menos, intentar conocer.

—Espera, Lisy —me detiene cogiéndome del brazo antes de que me dirija a la salida—.

Debería importarme una mierda lo que pensaras de mí. —Se frota el rostro con la mano libre—. Pero no puedo remediarlo. No me gusta que me criminalices de esa manera. Yo... hay cosas que tú no sabes y no deberías condenarme tan pronto.

—Cuando quieras te escucho. —Poso la mano sobre su áspera mejilla—. Si no quieres verme como a la maestra desconocida, mírame como a una amiga. Podríamos quedar alguna vez, charlar... y te ayudaría con Lucía, cualquier duda que tuvieses...

Lo sé, lo sé. En qué demonios estaría yo pensando para ofrecerme a ser amiga de este hombre.

—No puedo verte como a una amiga, Lisy —susurra al tiempo que tira de mí y me acerca a su cuerpo—. Ni siquiera tengo amigas. Sólo mujeres que me interesan o mujeres que no.

—Eso es un pensamiento un tanto troglodita —susurro también al verme de nuevo tan cerca de esos ojos ambarinos—. Las mujeres y los hombres pueden ser amigos.

—¿De verdad? —susurra de nuevo—. ¿Te ves siendo mi amiga?

No puedo contestarle. Un denso calor está recorriendo todo mi cuerpo y me siento envuelta por el olor afrodisíaco que desprende este hombre. Y ya no puedo pensar. Solo soy consciente de su boca, a un centímetro de la mía. Su aliento choca contra mis labios y me veo obligada a abrirlos para poder acoger su lengua en mi lengua...

—¡Sergio, cariño! ¿Se puede saber por qué tardas tanto?

Nos separamos de golpe al escuchar una voz femenina que se cuele en medio de nuestro beso, ese que no nos hemos llegado a dar.

—Sandra, perdona.

Observo a Sergio visiblemente nervioso y después miro a la mujer. Y ya solo me queda sumar dos y dos, porque esa visita inesperada representa la sensualidad personificada, una mujer de rompe y rasga, de larga melena castaña, altísima, delgada y vestida con ropa de firma. Y que no es la pelirroja de la otra noche. Ya van dos en una semana.

—Me has dicho que me espere en el coche —le dice ella con un calculado mohín—, pero tardabas demasiado. —Me mira a mí, aunque no me dedica ni un segundo—. ¿Y esta quién es? ¿Es del servicio?

A punto estoy de enviarla a la mierda, pero Sergio interrumpe mis palabras.

—Vamos, Sandra, te acompañaré al coche. Tendremos que aplazar nuestra cita de hoy para otro día.

—No puede ser —se queja ella mientras se dirigen al porche—. Hoy íbamos a pasar juntos la noche. Incluso me hablaste de la posibilidad de alargarlo el fin de semana.

—Me ha surgido un problema familiar —le explica Sergio mientras ella se deja caer en el coche—. Ya te llamaré.

—Más te vale —sentencia ella antes de enlazar el cuello de su amante con sus brazos y atrapar su boca con ímpetu. Desde mi posición, puedo ver las lenguas enroscadas y la mano femenina sobre la entrepierna de él.

Ahora sí que me largo.

Ofuscada como nunca en mi vida, busco las llaves de mi coche en el bolso y me dirijo al patio lateral de la casa, donde lo tengo aparcado. A mi espalda escucho el motor de un coche, pero no soy consciente de nada. Solo de que quiero marcharme de aquí cuanto antes.

—¡Lisy! —grita Sergio cuando ya tengo agarrada la manija de la portezuela—. ¡Espera, Lisy!

Vuelve a aferrarme de un brazo para que me gire hacia él.

—Suéltame —siseo mientras me deshago de su agarre de un tirón—. Desde luego, es imposible que veas a esas mujeres como amigas, si para ti no son más que chochetes con tacones.

¡Y más imposible todavía es que te me insinúes si yo no me parezco en nada a ellas!

—¡Pues claro que no te pareces a ellas! —exclama—. Si fueras como ellas, ya habríamos follado y no te habría vuelto a ver. Pero tú...

—¡Yo, qué! —grito—. ¿Me vas a decir que soy diferente, cuando solo quieres lo mismo?

—¡No lo sé! —grita—. No lo sé, Lisy. —Coloca su frente sobre la mía—. Lo único que sé es que, cualquier otra que me hubiese tratado como lo has hecho tú, ya la habría mandado a freír espárragos y me habría olvidado de ella. Pero no puedo hacerlo contigo, y no tengo ni idea del porqué. Además, tú no eres...

—¿Guapa? —le interrumpo—. ¿Llamativa? ¿De gruesos labios y tetas operadas, como esa? ¿Es eso lo que te perturba? ¿Que yo sea tan... normal?

Se hace un instante de silencio. Sergio toma mi rostro entre sus manos y me mira como no me ha mirado nunca. Con deseo, como siempre, pero con un brillo añadido especial.

—¿De qué demonios estás hablando? Eres la mujer más sexy que he conocido en mucho tiempo.

—No cuelea —murmuro ante su cercanía—. Será que estás cansado de mujeres demasiado perfectas y has decidido buscarte algo más normalito, como yo, para comprobar si también se puede follar con chicas del montón.

—No sabes lo que estás diciendo —me dice con una sonrisa exasperada—. ¿Recuerdas la primera vez que te vi?

—En el ascensor —le digo, desinteresada—, en tu edificio. Donde me besaste para reírte un rato a mi costa.

—No —murmura—, no fue en el ascensor. Yo salía de mi despacho, hablaba por teléfono, y te vi, tumbada sobre las sillas del pasillo. Estabas dormida. A punto estuve de arrodillarme a tu lado para poder contemplarte de cerca, pero la llamada era demasiado importante y no podía dejar a mi interlocutor con la palabra en la boca.

—Yo... —titubeo—. Pensé que no te habías dado ni cuenta.

—Porque siempre piensas lo peor de mí.

Está jugueteando con un mechón de mi pelo que enrosca en uno de sus dedos mientras no deja de mirarme. Y yo tampoco dejo de hacerlo mientras aferro con mis manos las solapas de su chaqueta. Sé que va a besarme y, aunque lo estoy deseando, me viene a la mente la imagen de hace tan solo unos minutos, en la que se besaba con la pija y se podían vislumbrar sus lenguas enroscadas.

—Lo siento —le digo al tiempo que trato de apartarle—. Creo que será mejor que me vaya.

—¿Qué ocurre? —me pregunta mientras no deja que me aparte—. Lo estás deseando igual que yo, Lisy.

—Tal vez —suspiro—. Llámame tonta, pero no me acaba de agrandar besar una boca impregnada todavía con los fluidos de otra.

—No voy a llamarte tonta —sonríe—. Pero, si quieres verlo de otra forma, te diré que ese beso que has visto no lo he deseado; que lo que deseo es un beso tuyo; y que, si me besas ahora, podremos hacer desaparecer esos fluidos de los que hablas.

No entiendo que me convenza con tanta facilidad. O es un mentiroso compulsivo que miente de maravilla, o dice la verdad, siempre. Mientras acechan esas dudas, me quedo quieta, sin moverme, sin escapar de nuevo de él. Cuando, por fin, apresa mi boca con la suya, ya no quedan dudas, ni rabia, ni recuerdos de otra boca. Lo único que puedo hacer es corresponderle como no he hecho ninguna de las otras veces. Él enreda sus dedos en mi melena y yo introduzco mis manos

bajo su chaqueta en busca de su espalda y su calor corporal. Nuestras lenguas danzan, se buscan, se encuentran, cada vez con más frenesí mientras nos quedamos sin aire en el proceso.

Mi coche tiene todavía la puerta abierta, por lo que, debido a la fuerza y al ímpetu de Sergio, acabo cayendo sobre el asiento del conductor y él me acompaña, por lo que los dos acabamos tumbados sobre los asientos delanteros. Noto el freno de mano en la espalda y el cambio de marchas en el hombro, pero nada de eso me importa. Únicamente soy consciente de la boca de este hombre, que me devora cada vez con más ansia, lo mismo que del peso de su cuerpo sobre mi pecho y la dureza de su erección entre mis piernas. El deseo se apodera de mí como nunca lo ha hecho y lo convierto en movimientos desesperados. Abro al máximo mis piernas y elevo mi espalda para poder estar aún más cerca. Y mis manos cada vez hacen más incursiones bajo su ropa, pues tiro con fuerza de su camisa para sacarla de los pantalones y poder así palpar la piel caliente de su espalda.

Justo cuando creo que no podré soportarlo más, él se aparta de mí y me mira con una sonrisa muy suya, mitad engreída, mitad tierna. Lo que no puede disimular son las gotas de sudor de su frente y los latidos de su corazón, que se mezclan con los míos.

—No querrás que te haga el amor en tu coche, como un par de adolescentes —sonríe—. El día que lo hagamos tú y yo, pienso disponer de todo el tiempo y el espacio del mundo.

—No intentes quedar bien conmigo —le digo, a pesar de que sé que yo habría seguido si él no hubiese parado—. No hace falta que seas tan fino.

—¿Prefieres que te diga que te habría follado en tu coche si no hubiera creído que no te lo mereces?

—Por mí no lo hagas —gimo antes de tirar de él para apoderarme otra vez de su boca y meterle bien la lengua.

—No, Lisy —se aparta—, no vamos a hacerlo, ni aquí ni ahora.

—Qué fácil es para ti, que tienes tanta experiencia que puedes parar cuando quieras.

—La experiencia, en este caso, no sirve de nada, Lisy.

Para demostrar su afirmación, justo antes de levantarse, hace un último movimiento embistiendo con fuerza su pelvis contra mi sexo. De nuevo, un gemido de protesta escapa de mi boca.

—Vamos, levanta, señorita maestra sexy. —Me coge de la mano y tira de mí hasta que me quedo sentada—. Y, ahora, introduce esa llave, pon el coche en marcha y vete a casa antes de que me arrepienta.

—¿Te apañarás mañana? —le pregunto antes de marcharme.

—Sí, tranquila —me calma—. No me moveré de casita, únicamente para ir a buscar a Carmen al hospital. Y no dejaré sola a Lucía en ningún momento.

—Podrías aprovechar y llevarlas a ambas a tomar un helado o...

—Hasta pronto —me corta—. Porque nos veremos muy pronto, Lisy.

Salgo de la propiedad Sandoval y me incorporo a la calle, vagamente iluminada a estas horas por la fantasmagórica luz naranja de las farolas.

Prefiero no pensar en nada más en este momento, porque no me quiero perder la encarnizada pelea que está teniendo lugar en mi cabeza entre mi «yo ángel» y mi «yo demonio».

«¿Qué coño haces, Lisy?», me dice mi parte angelical. «¡Seguro que venía de follarse a esa zorra y todavía olía a ella! ¿No ves que se limitará a echarte un polvo para cambiarte por otra la noche siguiente? ¡Y sabes que tú no eres así, que te será difícil olvidarte de Sergio Sandoval!»

«Cállate, mojitata», le contesta mi demonio. «¡Déjala que folle y disfrute de una maldita vez!»

¿Qué quieres, que se le reseque la vagina? ¡Y si venía de estar con otra y ha sido capaz de excitarse de esa forma, es que nuestra Lisy le pone, y mucho! Además, ya que ha tardado tanto en decidirse, mejor que sea con un tío bueno y experimentado que seguro que folla de muerte.»

Me limito a ser mera espectadora. Me está empezando a doler la cabeza y solo me apetece meterme en la cama y dormir hasta mañana al mediodía.

CAPÍTULO 8

Sergio

No estoy nada acostumbrado a levantarme tan temprano un sábado por la mañana. Me sorprende ver el sol matutino desde la ventana de la cocina, donde me estoy tomando un café para despejarme de las pocas horas de sueño que he tenido. Las pesadillas han vuelto, y no entiendo por qué. No sé si fue por sentirme culpable por el accidente de Carmen, por encontrarme a Lucía dormida y tener que subirla en brazos a su cuarto, algo que nunca había hecho antes, o por la conversación con Lisy.

Tampoco entiendo qué me pasa con la maestra, pero me está trastornando demasiado y esto se ha de cortar. Mi sistema con las mujeres de una noche tiene que seguir igual, para evitar la culpabilidad, el desasosiego, las pesadillas... A pesar del deseo que siento por ella.

—Hola, papá. —El saludo de la niña me hace regresar a la realidad—. No me acordaba de que estarías aquí.

—Tengo que ir a buscar a Carmen —le explico mientras le doy el último sorbo al café—. Y pensaba decirte que vinieras conmigo, para no dejarte sola.

—¡Sí! —exclama con ilusión. Percibo una emoción difícil de explicar cuando ríe y se emociona—. ¡Voy a vestirme!

—Tendrás que desayunar primero.

—¡En cuanto baje me preparo algo!

Sube las escaleras a toda velocidad y a punto estoy de sonreír por su entusiasmo, aunque, tras solo un segundo, dictamino que no voy a encariñarme con ella. No puedo; no debo. Pensaba prepararle yo el desayuno, pero decido que es mejor que no, no vaya a ser que crea cosas que no son y me mire como hace siempre, con esa expresión de anhelo, esperando mi gesto, mi palabra, cualquier cosa que la reconforte. Pero eso no ocurrirá nunca.

Lo que sí hago es pasar una servilleta de papel por la encimera para quitar los restos que he dejado de café, para que ella se encuentre limpia la superficie. Abro el armario de la basura para tirar la servilleta y frunzo el ceño cuando encuentro envoltorios de patatas fritas y chucherías diversas.

—¡Ya estoy papá! —exclama cuando vuelve a aparecer en la cocina—. En un momento me preparo cualquier cosa y...

—¿Qué es esto? —le pregunto, señalando la basura—. ¿Qué te he dicho sobre comer porquerías?

—Cené verdura, como siempre —se defiende—, pero luego pusimos una serie en la tele y Lisy pensó en picar algo...

—¿De dónde lo sacó? —la interrumpo.

—De su coche —responde—. Pero no había demasiadas cosas, de verdad. Solo comí unas pocas patatas y palomitas y...

—Podrías haberte negado —le recrimino—. Porque sea tu señorita no significa que deba interferir en la educación que recibes en tu casa.

—Ella es buena conmigo, papá. No creo que quisiera interferir en nada.

—Se ha acabado la conversación —sentencio—. No hace falta que sigas argumentando nada

más. A partir de ahora, me obedecerás en lo que te diga, sin discusiones.

—A veces te comportas como un tirano —me dice con ira—. No, a veces no. ¡Eres un tirano! Siento un inesperado golpe en el estómago al recibir esa acusación.

—Tienes diez malditos años —la acuso—. No vuelvas a hablarme así.

—¿Te parece que soy mala hija? —me espeta—. ¡Pues tú como padre eres mucho peor!

«¿Desde cuándo hablan así las niñas de diez años?»

—Te has pasado —le digo intentando mantener la calma—. Estás castigada.

—¡¿Castigada?! —exclama—. ¿Y qué me harás? ¿Castigarme sin salir, sin dejar que vea a nadie? ¡Eso es lo que hago siempre!

Sus grandes ojos me miran con censura al tiempo que se humedecen por las lágrimas. Y no imagina el dolor que esas lágrimas me producen. Me revuelvo el pelo, froto mi rostro y emito un profundo suspiro.

—¡Que yo sepa, hasta ahora no te he prohibido nada!

—¡No hace falta! —exclama entre lágrimas—. ¡Te crees que por darme dinero y comprarme de todo me vas a tener contenta, pero no es así!

—¡¿Y qué más quieres, si puede saberse?!

—¡Quiero tener amigos! —responde—. ¡Y quiero salir de esta cárcel de casa alguna vez!

Respiro con dificultad. Nunca antes habíamos discutido y no tengo muy claro cómo proceder. Una avalancha de imágenes inunda mi mente y casi se me nubla la vista al verme a mí al otro lado.

—Voy a cambiarme —me limito a decirle—. Cuando vuelva quiero que estés lista.

Sin esperar respuesta, subo hasta la planta superior, entro en mi dormitorio y me dejo caer en el filo de la cama. Apoyo los codos en las rodillas y, sin poder evitarlo, retorno a aquellos tiempos otra vez.

—¿Qué es esto, Sergio? —me pregunta mi padre.

Solo por la forma en que lo pregunta, doy un paso atrás, acobardado, temeroso, asustado de lo que me pueda decir. Solo tengo doce años.

—Las... las notas —balbuceo.

—¡¿Esta mierda son tus notas?! —Coge la cartulina y la estruja entre sus dedos. A mi miedo le puedo añadir la preocupación de pensar en qué voy a decirle a mi profesora—. Con esto no puedo ni limpiarme el culo.

—Está... está todo aprobado, papá. Casi todo son notables y...

—¡¿Aprobado?! —grita, sacando espuma por la boca—. ¡¿Notables?!

A continuación, un agudo pitido entra por mis oídos y se instala dentro de mi cabeza. La mejilla me arde y el cuello se me ha girado noventa grados. Mi padre me ha dado una bofetada. Otra más.

—¡Eso es conformarse, Sergio, y nosotros no nos conformamos! ¡Nosotros hemos de ser los mejores! ¡¿Qué quieres?! ¡¿Ser uno más del montón?! ¡Respóndeme! ¡¿Es eso lo que quieres?!

—No, papá.

—¡Pues entonces, esfuérzate más, mucho más!

—Vale, papá.

—Escucha, hijo. —Coloca sus grandes manos sobre mis hombros, aunque ya lo igualo en

altura—. Tu abuelo no se conformó con trabajar para otro y abrió un colmado. Tuvo que trabajar mucho, pero consiguió abrir otro más; y otro, y otro más. Cuando yo crecí, me aconsejó lo mismo que estoy haciendo yo ahora contigo, que no me conformara, que trabajara mucho. Le hice caso y mírate, míranos. Somos dueños de una cadena de supermercados que tú te encargarás de expandir más todavía y hacerlos número uno del país para convertirte en un hombre aún más rico que yo. Pero no puedes ser un mediocre. Así que, ve a tu habitación y enciérrate en ella hasta que te lo sepas todo a la perfección.

—Pero... hoy no tengo deberes, ni es época de exámenes. Había quedado con unos amigos para...

—¡¿No me has oído?! —me grita tras una nueva bofetada. Ahora, la mejilla me palpita y casi no veo nada—. ¡Que pegues tu culo a la silla y no te muevas de ahí, te he dicho! ¡Olvídate de amigos, de novias y de todo lo que no sea ser el mejor! ¡No quiero que mi hijo sea un inútil! ¡Y cuando te entren ganas de una mujer, la tomas para divertirte un rato y se acabó, como siempre he hecho yo!

«Yo nunca tendré hijos», me prometí aquel día. «Porque no quiero convertirme en mi padre».

—¿Papá? —Una voz infantil me devuelve al presente—. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente —le digo al tiempo que me levanto—. Vámonos, que Carmen nos estará esperando.

Durante el trayecto, ninguno de los dos dice una palabra. Si está enfadada, no me importa, ya se le pasará.

En el hospital, Carmen nos está esperando, sentada en uno de los sillones de la entrada. Lucía corre hacia ella y se lanza en sus brazos.

—¡Qué bien que ya puedas venir a casa!

—Hola, mi niña. Yo también estaba deseando volver a casa con vosotros. Los hospitales son muy tristes.

Por un diminuto instante, siento un pinchazo extraño al verlas abrazadas. Algo parecido a la envidia, aunque yo mismo alejo ese pensamiento.

—Oh, señor Sandoval —me dice la mujer—. Siento que mi hermana haya tenido que marcharse, pero no debería haberse molestado. Podría haber llamado a un taxi.

—No importa, Carmen —me limito a decirle—. Soy yo el que siente lo que ha pasado. ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo está bien, gracias.

Una vez en casa, procuro seguir con la rutina. Mientras ellas deambulan por la casa con sus conversaciones y sus risas, yo me meto en mi despacho y procuro concentrarme en el trabajo para no pensar.

Son las ocho de la tarde y apenas he salido del despacho. Me reclino en mi butaca y suspiro. Creo que se ha acabado por hoy el trabajo. Es sábado por la tarde y no pienso quedarme en casa.

—¿Señor Sandoval?

Carmen pide permiso y se asoma por la puerta.

—Perdone, pero voy a preparar la cena. ¿Cenará usted en casa?

—No, Carmen. —Estiro ligeramente los músculos y me levanto de la silla—. Voy a salir. Podéis cenar vosotras y, como todos los sábados, puedes acostar más tarde a la niña.

—Que se divierta, señor.

Cuando me quedo solo, cojo el móvil y le envío un mensaje a Norma, una preciosa morena con la que tuve un rápido encuentro hace un par de semanas, y le propongo hacerlo con más tranquilidad. Sonrío cuando leo su respuesta solo unos segundos después.

Subo a mi habitación, me ducho, me cambio y bajo para dirigirme al garaje en busca del coche.

—Hasta mañana, papá —me dice Lucía al pasar por el salón.

No sé si espera una explicación de mi salida, algo que nunca he dado, o quizá un beso de despedida. Pero no tendrá ninguna de las dos cosas.

—Hasta mañana —murmuro.

Norma me espera en el restaurante donde he quedado con ella por WhatsApp, un lugar elegante, tranquilo y discreto. No le molesta tener que esperarme ella, conducir su propio coche o pagar la cuenta, porque es una mujer moderna y liberada inmersa en un matrimonio abierto donde cada uno es libre de acostarse con quien le venga en gana, con la única norma de no enamorarse de otra persona. Me pareció perfecto para poder tener algún encuentro esporádico con ella, pues ya me demostró la primera vez que es una máquina sexual.

Tras saludarnos, tomo asiento frente a ella y pedimos un buen vino blanco. Mientras bebe de su copa aflautada, me observa por encima del borde, subiendo y bajando sus largas pestañas y frunciendo sus gruesos labios pintados de rojo. Mi vista baja hasta el pronunciado escote que marca su vestido negro, por donde casi asoman sus gruesos pezones.

Frunzo el ceño. La mera visión de ese cuerpazo o el pensamiento de lo que vendrá después con ella me deberían poner mucho más cachondo de lo que estoy. Sí, me apetece follar con ella, pero es como si me faltara algo.

—Me alegra que me hayas llamado —me dice cuando hemos pedido la cena—. Espero que esta vez estemos en un lugar más cómodo y no tengas que marcharte a una reunión.

—Por supuesto que no —le digo—. Hoy iremos directos a mi apartamento. Si te parece bien.

Deja de masticar, acerca su rostro al mío y me envuelve en su susurro y su perfume.

—Me parece muy bien. No te arrepentirás de haber quedado conmigo.

—Eso ya lo sé, querida.

Aunque da a entender que sigue comiendo, observo que el contenido de su plato parece intacto. Únicamente bebe una copa de vino tras otra que le va llenando el camarero o yo mismo. Tal vez sea para estar entonada, idea que no me agrada demasiado. ¿Necesita beber para excitarse?

Sin poder evitarlo, en mi mente aparece otra mujer, de melena rubia y rostro dulce. La imagino sentada frente a mí en lugar de Norma, comiendo con gusto la comida de su plato, comentando cosas que me interesarían mucho más que lo que me pueda hablar esta mujer. Se mancharía la comisura de la boca y tendría que limpiársela con el dedo y después chuparlo, como hice aquel día en el interior del taxi...

Mierda, ya estoy empalmado. Lo que no ha conseguido este monumento de mujer con sus tetas sobre la mesa y sus calculadas poses provocativas, lo ha conseguido el breve recuerdo de otra con la que no paro de discutir, de hablar, incluso de reír, cosas que ni siquiera relaciono con una mujer, pero que me hacen desearla aún con más fuerza. Y no lo entiendo, porque es pesada, parlanchina, se cree mejor que yo para darme consejos... y se ha encariñado con Lucía. Joder,

todo lo que detesto en una mujer lo tiene ella, y, sin embargo, tiene algo que me obsesiona y no me deja seguir con mi ritmo habitual de polvos con mujeres que no conversan, ni molestan, ni les importa un carajo lo que yo haga después de dejarlas saciadas.

—¿Me estás escuchando, Sergio? —Un gesto de Norma frente a mi cara hace posible que baje de mis propios pensamientos y vuelva a donde realmente quiero estar, en un lujoso restaurante junto a la mujer más hermosa de la ciudad.

—Sí, sí, perdona —me excuso—. Tonterías del trabajo que se me meten en la cabeza. ¿Vas a querer postre? —le pregunto cuando entiendo que no va a seguir comiendo.

—Eso espero —me dice con su tono más sensual—. Pero no aquí.

Sus ojos negros y brillantes me muestran un anticipo de lo que me espera en poco tiempo.

—Te vas a relamer —le digo.

—Y tú también —contesta—. Si me disculpas un momento, voy al servicio. Espérame en la puerta para no perder más el tiempo.

Me levanto de la mesa después de pagar la cuenta y me dirijo a la salida del restaurante, donde se encuentra la barra y unas pocas mesas más. Durante un segundo, mi corazón da un brinco tan grande en el pecho, que a punto estoy de trastabillar. En una de esas mesas hay una pareja. Al tipo lo veo de frente y ella se encuentra de espaldas, pero puedo reconocer ese sedoso cabello rubio que acaricia sus hombros. Furioso, me acerco a la mesa y la rodeo, para poder mirar a la cara a la mujer que me roba la paz últimamente.

—¿Señorita Lisy? —le digo en tono mordaz—. Qué placer verla de nuevo...

La chica levanta la cabeza y... la decepción es bastante mayor que la rabia de pensar que estaba saliendo con otro.

—Disculpe —le digo, turbado—. La había confundido con otra persona.

Mierda, no se parece a Lisy más que en corte de pelo, pero debe de ser que mi obsesión sexual por ella me obliga a verla por todas partes.

—¿Nos vamos, cielo? —me pregunta Norma cuando aparece a mi lado.

—Sí, vámonos de aquí —alego con más furia todavía.

En cuanto cerramos la puerta de mi apartamento y nos dirigimos al dormitorio, Norma se lanza sobre mí para meterme la lengua en la boca. No nos molestamos ni en encender la luz, pues la claridad de las luces de la calle y la luna llena que entra por la ventana es más que suficiente para ver nuestros cuerpos y las ropas de las que nos hemos de despojar. Norma es la primera en arrancar mi camisa, bajarme los pantalones y los calzoncillos y arrodillarse en el suelo para introducirse mi miembro en la boca. Seguro que consigue que alcance el orgasmo demasiado rápido...

Pues no. Algo me vuelve a ocurrir. Abro los ojos, miro a la mujer y me encuentro con la excitante visión de su boca experta. Pero no es suficiente para excitarme. Como ya hice en el restaurante, la transformo en otra mujer para tener la ilusión óptica de verla en su lugar, haciendo lo mismo, y es entonces cuando mi pelvis se mueve descontrolada y acabo alcanzando el clímax tan rápido como siempre.

—Me encanta saborearte —me dice Norma mientras se deshace del vestido, debajo del cual no lleva nada, y se deja solo los zapatos—. Ahora te toca a ti.

Me lanzo sobre sus pechos para besarlos a conciencia mientras ella me arrastra a la cama y ambos caemos sobre el colchón, donde guía mi cabeza hacia su sexo para que hunda mi boca en él. A continuación, ella misma se da la vuelta para ponerse de rodillas sobre la cama y ofrecerme su trasero. Me coloco un preservativo, la penetro, y, de nuevo, mi miembro se afloja.

«¡Joder, cómo puede pasarme esto a mí! ¡Maldita Lisy!»

Lo peor que podía haber hecho es pronunciar su nombre, aunque sea en mi mente. Furioso como nunca, embisto con fuerza, cada vez más rápido, cada vez más fuerte, sin dejar de imaginar que es ella la que tengo debajo de mí. El cabezal, retumba, la cama chirría y, tras una larga serie de embestidas, vuelvo a alcanzar un mediocre orgasmo.

Norma y yo intentamos recuperar el aliento mientras ella sigue tumbada en la cama y yo estoy sentado en el filo. Cuando me recupero, me dirijo a ella. Siempre he sido un hombre claro y directo, y no me gusta que las cosas no queden claras.

—Norma...

—No hace falta que digas nada, Sergio —me interrumpe al tiempo que se levanta de la cama—. Hemos perdido la conexión, o te has cansado de mí, no importa. Será mejor que ambos nos busquemos otras personas para tener buen sexo.

—Gracias, Norma —le agradezco por su comprensión.

—No pasa nada, guapo. Seguro que a ninguno de nosotros le costará encontrar otras parejas. Y ahora —me da un beso en la mejilla—, me daré una ducha y luego me iré a casa.

Me quedo en la misma postura unos instantes mientras escucho el rumor del agua. Por un lado, cierta ira sigue instalada en mis venas, por lo que ha pasado esta noche. Pero, por otro, la satisfacción me invade al pensar que estaba deseando hacerlo, que ya no me interesaba más esta mujer porque deseo a otra. Y esta vez la voy a tener. Le haré comprender que esto que tenemos empieza a ser un baile ritual de apareamiento que estoy cansado de bailar.

Con el ánimo algo más renovado, me pongo en pie, aún desnudo, para dirigirme a la cocina a beberme una cerveza. Pero el sonido del timbre de la puerta para mi movimiento en seco.

—¿Quién coño será? —mascullo.

Miro la hora en el reloj de la cocina: las once de la noche. Y ¿quién va a venir a visitarme, si no lo ha hecho nadie desde hace años? Debe de haber sido una equivocación, pero el timbre insiste una segunda vez. Con prisas, me pongo el pantalón y abro la puerta. La persona que está al otro lado casi me deja sin respiración.

—¿Lisy? ¿Qué haces aquí?

—Yo...

Su vista se clava en mi pecho desnudo y ese simple hecho ya hace que me excite.

—¿Estás solo? —me pregunta.

Por primera vez en mi vida, no me atrevo a responder con la verdad. Algo que no es necesario, puesto que Norma, en este instante, sale de la ducha envuelta en una toalla.

—¿Con quién hablas, Sergio?

Y entonces, también por primera vez en mi vida, lamento que una mujer me pille con otra.

—Lo sabía —murmura Lisy—. No sé cómo se me ha ocurrido venir aquí.

Sale corriendo, se mete en el ascensor, y las puertas se cierran en mis narices.

—¡Lisy, espera! —le grito—. ¡Deja que hable contigo!

—Vaya, vaya, vaya —sonríe Norma a mis espaldas—. Acabo de descubrir el motivo de que esta noche haya sido un fiasco.

—No me jodas, Norma —gruño mientras entro en el apartamento.

—No sabía que la gente se enamoraba solo por tener sexo —comenta, divertida. Aunque se queda algo más seria cuando contempla mi expresión taciturna.

—Ni siquiera me he acostado con ella —le digo.

—¡Hostia! —ríe—. ¡Eso sí que es grave! —Sus carcajadas me ponen de tan mal humor que no

soporto más su presencia.

—Lárgate, Norma, por favor.

—Sí, sí, ahora mismo me largo. No vaya a ser que me pidas matrimonio. —Y vuelve a reírse sin parar antes de vestirse y marcharse.

—Genial —murmuro cuando me quedo solo—. A ver cómo lo hago ahora para convencer a Lisy. Si antes lo tenía mal, ahora lo tengo como el culo. O tal vez haya sido lo mejor y haya sido la señal para que ambos nos olvidemos y sigamos con nuestras vidas.

CAPÍTULO 9

Es cierto que, desde que Lara se marchó, las cosas han cambiado bastante, y no solo por ese hecho, sino porque yo tengo un trabajo estable y porque Martina y yo vivimos solas, cada una en una punta de la ciudad. A pesar de los inconvenientes, y porque mi amiga siempre tiene alguna cita, solemos vernos a menudo, aunque sea para tomar algo. Es sábado por la tarde y, aunque siempre tengo trabajo que hacer, necesito salir y distraerme. Con Martina, la distracción está asegurada, como ahora, que nos encontramos meándonos de la risa en un local de copas muy animado.

—¿Y dices que el tipo de la otra noche necesitaba hacerlo con calcetines? —le pregunto a mi amiga. Los ojos me lloran tanto de la risa que el rímel acabará deslizándose hasta la barbilla.

—¡Sí! —exclama ella, revolcándose en su silla—. ¡Imagínatelo, desnudo con unos calcetines de rombos!

—¡No! —ríe—. ¡Prefiero no imaginar nada! ¡Con lo guapo que era!

—Ya ves, tía —continúa, en los vestigios de las risas—. Me contó no sé qué trauma que tiene desde pequeño con los pies. Y yo le dije que, o se quitaba los calcetines, o se la cascaba él solito.

—Qué montón de anécdotas tienes para contar —le digo—. Como tuviera yo que contarte las mías, nos quedábamos dormidas en estas sillas.

—Alguna ventaja tendré que tener, ya que soy la fracasada del grupo.

—Martina, por favor... —Cuánto me apena cuando sale a relucir el tema, algo que ella aprovecha en cada conversación, sea de lo que sea.

—No pasa nada. Por cierto, Lara me contó algo sobre un problemilla que tienes con cierto tío bueno.

—Lara no puede estarse callada. Me lo sonsacó aplicándose un tercer grado, la tía.

—Vamos, Lisy, no seas reservada. Cuéntame, por si puedo ayudarte en algo. Tengo experiencia en tíos buenos. —Me guiña un ojo y me hace reír.

—No hay mucho más que contar de lo que te explicase Lara. Me gusta un tío, pero, no te ofendas, Martina, ya no me encuentro en el momento de los ligues y las tonterías, eso ya pasó. Sé que un poco de sexo nos viene bien a todas, pero Sergio... uf, no sé qué me pasa con él. Me da un poco de miedo liarme con él y que luego se despida: «Encantada de haberte follado, Lisy. Hasta nunca».

—¿Y qué si pasa eso, Lisy? —me pregunta Martina—. ¿Qué te crees, que nunca me he topado con un tipo que me haya gustado más de la cuenta? Pero se te acaba pasando, hija. El tiempo pasa y la vida sigue.

—No sé... La otra noche estuvimos a punto de hacerlo en mi coche, en el jardín de su casa.

—¡No jodas! ¡¿En tu coche?!

—Paramos porque paró él, porque yo ya iba muy lanzada, pero me alegro de que él pusiera el raciocinio. Cuando me enfié un poco pensé que primero deberíamos hablar y dejar las cosas claras. Al menos, que no quede conmigo cuando venga de tirarse a otra.

—Joder, Lisy, ¿de qué clase de tipo te has colgado? Y mira que yo he conocido capullos.

—No me reconozco, Martina. Cuando más centrada estoy, cuando me siento responsable,

adulta y madura, resulta que me cruzo con Sergio, un capullo arrogante, creído, demasiado guapo y, por si fuera poco, un pésimo padre. Pasa de su hija como si de una desconocida se tratase, o peor.

—Ay, Lisy, que te has colgado del chico malote. A veces somos complicadas, tía. En vez de fijarnos en un tipo fácil y sin problemas, tenemos que prendarnos del que nos vuelve loca en todos los sentidos. Si te sirve de consuelo, nos pasa a más de una.

—Con lo tranquilita que yo estaba... Sin sexo, pero tranquila —ríó.

—Pero, a ver, cariño. Si lo que quieres es hablar con él, pues habla.

—No sé cuándo.

—Ahora, por ejemplo.

—¿Un sábado por la tarde? Ese ya tiene plan. Dudo que esté en casita.

—Sal de dudas. ¿Tienes el teléfono de su casa?

—El de la cuidadora de su hija.

—Lámala, con alguna excusa del colegio, y, ya de paso, le preguntas sutilmente.

—¿Sutilmente? —ríó.

—Pues claro. Lánzate, Lisy. Hace demasiado tiempo que solo te veo estudiar y trabajar. No te lo pasas bien desde los tiempos de universidad. Si ese hombre te gusta, pero crees que es peligroso acercarse a él, sal de dudas o nunca acabarás de sacártelo de la cabeza.

—La verdad, algo de razón sí llevas.

—Pues claro que sí. Soy una experta en relaciones difíciles.

—Pero, si me voy ahora, te quedarás sola...

—No pasa nada —suspira—. Tomaré una copa más y... ya veremos qué surge. Pero primero llama, a ver qué descubres.

Le hago caso y salgo fuera del local. Marco el número de Carmen, pero aparece al otro lado la voz infantil de Lucía.

—¿Señorita?

—Hola, Lucía. ¿Está Carmen contigo?

—Está en la cocina, pero ahora viene y te la paso.

Escucho el cambio de manos.

—Dígame, señorita. ¿Ocurre algo?

—No, no, Carmen, no pasa nada. Supongo que el señor Sandoval no está en casa.

—No, señorita. Salió hace un rato.

—Ya... Verás, quería pedirte un favor. —Inspiro con fuerza—. Necesito que me des su teléfono particular o la dirección de su apartamento en la ciudad.

Silencio en la línea.

—Es un asunto urgente que he de tratar con él —intento convencerla.

—Yo... no puedo darle ninguna de las dos cosas, señorita. Si él se enterara...

—Pero no se lo va a decir nadie, Carmen, confía en mí. ¿Puedes confiar en mí?

De nuevo, un instante de silencio.

—Está bien —responde—. Le daré la dirección de su apartamento.

—Gracias, Carmen.

Una vez obtenido mi botín, me acerco a Martina.

—Lo tengo —ríó—. Aunque, ahora que lo pienso, o no está o tiene compañía.

—Pues si no está, lo esperas —sentencia mi amiga—. Y si aparece con otra, le dices que tienes que hablar con él y que se deshaga de ella. Plántate, que vea que estás cansada de sus

juegos y que tú también sabes jugar.

—En fin —suspiro—. Lo intentaré.

Me da la impresión que, tanto las locas ideas de mi amiga como el alcohol ingerido han sido las causantes de que me haya decidido a hacer esta tontería. Me encuentro ya subiendo en el ascensor hasta la cuarta planta, la última de este pequeño y moderno edificio, donde, según Carmen, tiene su apartamento Sergio Sandoval. Toco el timbre y espero, pero nadie responde. Decido tocar una última vez antes de marcharme y, por fin, se abre la puerta.

Por enésima vez, me quedo sin aliento al verlo aparecer. Solo lleva puesto un pantalón sin terminar de abrochar y puedo contemplar su tórax descubierto y la línea de vello que baja desde el pecho hasta sus duros abdominales y que se pierde entre el inicio de un remolino oscuro que asoma por la cinturilla.

—¿Lisy? —pregunta, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—Yo... —Apenas soy capaz de articular palabra. En realidad, no tengo muy claro para qué he aparecido en su otro domicilio. Lo único que se me ocurre es lanzarme en sus brazos, pero, antes, tengo que hacerle una pregunta muy necesaria—. ¿Estás solo?

Antes de que me responda, una mujer aparece en escena. Es morena, más llamativa que las anteriores, y solo lleva una toalla sobre su cuerpo.

¡Y ya van tres distintas!

No puedo ser más estúpida.

—Lo sabía —mascullo—. No sé cómo se me ha ocurrido venir aquí.

Furiosa y avergonzada, salgo corriendo hacia el ascensor, que, por suerte, se cierra antes de que llegue él.

—¡Lisy, espera! —escucho sus gritos—. ¡Deja que hable contigo!

Y una mierda voy a hablar. Como bien me dijo Martina, esto me ha servido para abrir los ojos y sacarme de la cabeza a este tipo de una vez.

Después del fiasco del fin de semana, el trabajo y la rutina me ayudan a volver a mi vida normal. Lejos de sobresaltos, doy las clases correspondientes, salimos de excursión uno de los días a Figueres, a ver el museo Dalí, y, el resto, todo sigue igual.

Aprovecho uno de los días para hablar con Lucía y preguntarle por los entrenos de fútbol.

—¡Al final tenemos equipo femenino! —exclama junto a sus otras compañeras.

—¡Sí! —la secunda Paula—. Pero ahora tenemos que ir a entrenar dos veces por semana. ¿Podrás, Lucía?

—Claro que iré —responde la niña—. Carmen puede acompañarme.

—Si quieres —interviene Claudia, otra de las niñas futboleras—, nuestros padres se pueden turnar. No vivimos demasiado lejos.

—¡Vale! —grita Lucía entusiasmada—. Hablaré con Carmen.

—¡Pero cuando tengamos partido tienen que venir todos nuestros padres! —ríe Paula.

—¡Sí! —contestan entusiasmadas las demás.

Todas, menos Lucía. Ella ya sabe que su padre no irá a verla a ningún partido, por eso me lanza una discreta mirada entre triste y resignada.

—Oídme, chicas —les digo—. ¿Puede ir a veros vuestra profesora? —Les guiño un ojo.

—¡Pues claro! —contestan. Esta vez, Lucía también, y creo ver un punto de luz más brillante en sus bonitos ojos.

—Este sábado por la mañana ya tenemos un partido amistoso contra otro club de chicas. ¿Podría venir, Señorita Lisy? —me pregunta Claudia.

—Por supuesto que iré —respondo antes de que rían y salgan corriendo.

CAPÍTULO 10

Sergio

—Señor Sandoval, perdone, pero tiene una visita.

La voz inoportuna de mi secretaria a través de intercomunicador me pone de mal humor. Estamos a final de semana y las horas se eternizan en estas cuatro paredes que me rodean. Tengo pendiente dos visitas, dos reuniones y otra más con el consejo de administración.

—Leticia, por favor, te he dejado claro que no debías molestarme. Ya sabes lo que puedes hacer con las visitas.

—Lo sé, señor, disculpe, pero tengo aquí a su hija.

—¿A quién? —contesto, totalmente aturdido.

—A su hija, Lucía —repite—. Insiste mucho en verlo.

—Dile que pase.

Emito un sonoro suspiro después de cortar la videoconferencia que mantenía con uno de los proveedores. Expectante, observo cómo se abre la puerta y mi secretaria da paso a Lucía.

—Perdona por molestarte, papá...

—¿Dónde está Carmen? —la interrumpo.

—En casa —balucea.

—¿Cómo que en casa?! —Me levanto de un salto de mi silla—. ¡¿Me vas a decir que has venido hasta aquí tú sola?! —

—¿Me vas a dejar explicarme? —me pregunta en un tono claramente hostil.

—Adelante, empieza, aunque dudo mucho que me convenzas de haber hecho algo así.

—Le pedí a Carmen que me dejara llamarte por teléfono, pero me lo prohibió.

—Porque ella sabe que estoy muy ocupado estos días.

—Lo sé, papá, pero le imploré, le dije que solo iba a ser un minuto, pero se enfadó conmigo, discutimos y... me fui de casa para coger el autobús.

—¡Maldita sea! —exclamo—. ¿Cómo se te ocurre? ¡La tendrás muerta de preocupación!

—Ya la he llamado —me explica—. Pensaba que estaba en mi habitación, así que no le he dado tiempo a preocuparse. Le he prometido que volvería en taxi, aunque me espera un castigo seguro.

Esta niña consigue dejarme sin palabras. No sé si estoy hablando con una chiquilla, con una adolescente o con una adulta, por cómo se comporta.

—Ya que estás aquí, dime qué quieres, pero espero que Carmen te ponga en tu lugar.

—Pedirte que vinieras a verme mañana. Juego el primer partido con el equipo femenino definitivo. Van a ir todos los padres...

Por un instante, siento un tirón en las entrañas. De corazón, desearía decirle que sí, que iré a verla, que nadie merece que un padre la ignore de esta manera, pero... no, no puede ser. Mi parte racional me advierte y me empuja a negarme rotundamente.

—No voy a quitarte nada de tiempo —insiste, antes de que diga nada—. Sé que los sábados por la noche te vas, a veces hasta el domingo, pero por la mañana sueles estar en tu despacho...

—Si estoy en mi despacho es porque tengo trabajo —la corto de forma seca—. Además, justo mañana, tengo más trabajo que nunca.

—Pero solo será un rato —sigue insistiendo—. El partido dura poco más de una hora...

—¿No entiendes lo que te digo? —la vuelvo a interrumpir—. ¡Te he dicho que no puedo!

Durante un largo instante, la niña no dice nada. Se limita a mirarme con una hostilidad cada vez más evidente mientras parece clavarse las uñas en sus propias manos.

—¿Cuáles son los colores de mi equipo? —me pregunta, de sopetón.

—¿Cómo dices?

—Ni siquiera tienes idea de cómo voy vestida para jugar, ¿verdad?

—Lucía, se acabó. Este no es momento ni lugar para discutir tus tonterías. Ahora mismo mi secretaria te llamará a un taxi y te acompañará hasta que lo cojas.

—¿Tonterías? —me reprocha—. ¡¿Tonterías, papá?! —Ahora su mirada se torna cruel y despiadada—. ¡¿Se puede saber por qué te quedaste conmigo?! ¡¿Por qué no me diste en adopción?! ¡¿O por qué no me tiraste a la puta basura, mejor?! —

—¡Basta! —grito—. ¡¿Qué clase de vocabulario es ese?! —

Camino hacia ella con la intención de provocarle miedo, pero me detengo a tiempo. Vuelvo a ver en mí a mi propio padre, aunque en los ojos de esta niña no vea absolutamente nada del temor que yo sentía en su lugar. Al contrario, me desafía, levanta su barbilla, me reta con la mirada.

—No me digas que soy una maleducada —sisea—, porque ni siquiera te has molestado en educarme.

—Sabes que te la estás jugando, ¿verdad? —le digo—. ¿Te crees que puedes desafiarme, hablarme de cualquier forma y marcharte de rositas? Pues riéte ahora de mi castigo: mañana no irás al partido. Hablaré con Carmen y tendrá prohibido dejarte salir de tu habitación en toda la mañana.

—¡¡No!! —grita con fuerza al tiempo que el llanto se apodera de su voz—. ¡No puedes hacerme eso!

—Sí que puedo. —Mostrando tranquilidad, me siento de nuevo tras mi mesa, cruzo las manos y la miro imperturbable—. Si tú puedes gritarme, insultarme y desobedecerme, yo puedo castigarte.

De pronto, deja de llorar. Con un par de manotazos se deshace de las lágrimas residuales y, con el rostro totalmente carmesí, me dedica una expresión demoníaca.

—Te odio —me lanza—. Ojalá mi tía me hubiese dado en adopción. ¡Solo para no conocerte nunca!

La niña sale por la puerta y me hundo en mi sillón. El corazón me late a mil por hora y una fuerte presión me invade el pecho, hasta el extremo de no dejarme respirar. Aviso a Leticia para que la acompañe y se cerciore de que se monta en el taxi.

—Ya está, señor Sandoval. El taxi está pagado y su hija va camino a casa. ¿Le vuelvo a conectar la videoconferencia?

—No —le digo secamente—. Voy a salir un momento. —Me levanto, me coloco la chaqueta y cojo el teléfono antes de dirigirme a la puerta.

—Pero ¡señor! —la escucho detrás de mí—. ¡La próxima reunión es en quince minutos!

Me da igual. Ahora mismo me importa una puta mierda todo. Bajo en el ascensor y, cuando salgo a la calle, inspiro con fuerza para poder llenar de aire mis pulmones, que casi se paran hace un minuto. Camino hasta la esquina de la calle, y aprovecho una entrada de garaje para sacar el teléfono y marcar un número.

—Vamos, Lisy, contesta, maldita sea...

Pero me cuelga, una y otra vez.

—¡Joder!

Casi tiro el móvil al suelo de la rabia. Pero, pasados unos minutos, intento centrarme de nuevo en los problemas que me acechan en el alto edificio que tengo a mis espaldas.

CAPÍTULO 11

Estoy soñando. Sueño que el zumbido de la vibración de mi teléfono no para de sonar. Sí, es eso, un sueño, porque estoy dormida, en mi cama, tranquilamente, calentita...

—Mierda —mascullo.

No es un sueño. Mi teléfono está sonando. Alargo el brazo y, después de ver que son las dos de la madrugada, contemplo el nombre de la persona que está llamando. Descuelgo.

—¿Carmen? —pregunto, preocupada.

—Ay, señorita Lisy...

Su voz está claramente envuelta en llanto, por lo que, en un instante, me incorporo y me siento en el filo de la cama.

—Carmen, por Dios, qué ocurre.

—Se trata de mi niña, de Lucía. No está. Ha desaparecido.

—¿Cómo que no está? —chillo—. ¿Cómo que está desaparecida?

Me pongo en pie de un brinco y todo el cuerpo se me pone en tensión, al tiempo que un pánico atroz recorre cada uno de mis nervios.

—Sí, señorita, así es. Ella salió esta tarde sola de casa a ver a su padre y... ya no volvió.

—¿Fue a ver a su padre sola?

—No me di cuenta —vuelve a llorar.

—Vale, vale, tranquila, Carmen. Seguro que aparece. ¿Dónde está el señor Sandoval?

—Está en el salón, con la policía. Pero no hacen mucho caso porque hace pocas horas que desapareció y estaba enfadada.

—¡Tiene diez años, por el amor de Dios! —Inspiro con fuerza—. Ahora mismo voy para allá, Carmen. Allí me cuenta.

Con la rapidez que me dejan los nervios, me lavo la cara, me pongo unos tejanos y una sudadera, y me doy un rápido cepillado en el pelo. Cojo las llaves del coche y bajo a toda velocidad al parking del edificio. Durante el camino apenas puedo pensar, porque varias ideas se entremezclan en mi cabeza. ¿Ha dicho Carmen que fue sola al despacho de su padre? ¿Que estaba enfadada? ¿Que se marchó sin decirle nada a Carmen?

Será mejor que deje esas preguntas a un lado. Me centro en llegar lo antes posible a la casa, donde se ven ya a lo lejos ondear las luces azules del coche de la policía. Aparco junto a la acera y corro hasta la entrada, donde se encuentra Sergio, Carmen y dos policías que se van en este momento.

—¿Qué ha pasado? —les pregunto—. ¿Dónde está Lucía?

Sergio está serio y taciturno, y Carmen sigue llorando, envuelta en una chaqueta que la protege de la humedad nocturna.

—¿Qué haces aquí, Lisy? —me pregunta el padre de Lucía. No lo hace de forma hostil o molesta, sino, más bien, con preocupación.

—Yo la he llamado, señor Sandoval —contesta Carmen por mí—. Yo... me siento tan impotente...

—Está bien, Carmen —le dice Sergio—. Ve adentro. Ahora vamos nosotros.

Cuando nos quedamos a solas, me acerco un poco más a él. Su pelo aparece más alborotado

que nunca y mantiene las manos en los bolsillos de los mismos tejanos descoloridos con los que le vi la primera vez en su casa.

—Se escapó de Carmen y vino a verme al despacho —me relata—. Estaba muy liado, Lisy, aunque no te lo digo para eximirme de nada, simplemente, para que te hagas una idea del momento. Me habló sobre unos entrenos, un partido y cosas que no entendía, y después me pidió que fuera a verla jugar mañana por la mañana.

—Sí, hablamos de ello —le digo—. Le dije que yo iría a verla, y que estaría Carmen, pero ya sabes cómo son los niños. Empezaron a preguntarle por qué su padre no podía nunca ir a entrenos o partidos...

—No, Lisy —me corta—. Yo no sé cómo son los niños. —Suspira—. El caso es que discutimos después de decirle que no podría ir. Me habló como haría cualquier mujer adulta cabreada y la castigué. Le dije que no habría partido.

—Oh, Sergio —me lamento—. No puedes imaginar lo importante que es para ella...

—No tengo ni idea de nada. —Se frota el rostro con las manos—. Entremos adentro, que cogerás frío.

Nos dirigimos al salón, donde se encuentra Carmen, todavía compungida.

—¿Y qué ha dicho la policía? —les pregunto.

—Que se habrá ido a casa de alguna amiga.

—No lo creo —les aclaro—. ¿Habéis llamado, por si acaso?

—Yo lo he hecho —responde Carmen—. Nos intercambiamos teléfonos entre los padres por el tema de llevarlas y traerlas de los entrenos. Pero ninguno de ellos sabe nada.

Sergio apenas habla nada más. Tenso y alicaído, mira por la ventana hacia la nada, porque solo existe oscuridad.

—La policía nos ha preguntado si sabemos de algún lugar donde ella suela ir, pero tampoco tenemos respuesta —suspira Carmen—. Mi pobre niña, sola, a estas horas... No lleva ni una miserable chaqueta...

—Tranquilízate, Carmen —la consuelo al verla llorar de nuevo—. Lucía es una chica muy lista, seguro que estará bien. ¿Seguro que no se te ocurre algún lugar donde a ella le guste ir?

—No se me ocurre nada —gimotea antes de sonarse la nariz.

Los hombros se me hunden. No quiero aparentar mi preocupación, por lo que ocupo mi mente pensando en algún lugar donde pudiese estar Lucía.

—Si fuera de día —solloza Carmen—, podríamos pensar que estaría en algún campo de fútbol, pero, a estas horas de la noche...

De pronto, una inmensa bombilla se enciende en mi cabeza.

—Un momento —digo, mientras busco en el internet de mi móvil—. Creo que sé dónde podría estar...

—¿Sí? —pregunta la mujer, esperanzada—. Por favor, señorita, si se le ocurre algo, lo que sea...

—Un momento, a ver... —Sigo echando un vistazo a la página del ayuntamiento, donde busco en cultura y deportes, eventos deportivos...—. ¡Sí, aquí! —exclamo—. Lo he encontrado: las 24 horas de fútbol. Están teniendo lugar ahora mismo.

—Vamos —se limita a decir Sergio mientras se dirige a su coche y Carmen y yo lo acompañamos.

Lo voy guiando a través de la ciudad, hasta que llegamos al barrio donde se sitúa una gran ciudad deportiva. Las blancas luces que iluminan el evento son visibles desde varias calles atrás.

—Aquí es —le digo a Sergio—. Aparca cuando puedas.

Cuando lo hace, los tres bajamos del coche con diligencia, aunque yo voy en cabeza, muerta de miedo de que mi instinto me haya fallado. Llegamos al campo donde se está jugando un partido, y los tres comenzamos a mirar hacia todas partes. Hay bastante gente a pesar de la hora, por lo que hemos de dar un nuevo repaso a cada persona. Al final, mi vista se posa sobre una cabeza rubia, la de una persona sentada en el suelo a la que le han colocado una manta por encima.

—¡Allí! —grito mientras echo a correr con Carmen a la zaga.

Cuando llegamos a su altura, le hago un gesto a la mujer para que no se abalance sobre ella y la niña no viva el momento como una tragedia que pueda traumatizarla.

—Hola, Lucía —la saludo.

La niña, sorprendida, alza la vista y me mira a mí antes que a Carmen, que no puede evitar arrodillarse junto a ella y abrazarla.

—Mi niña preciosa —gimotea—. Dios, qué susto le has dado a tu pobre Carmen, que ya es muy mayor para preocuparse tanto.

—Lo siento —musita la niña—, lo siento, Carmen. —Y le da un abrazo.

Yo también me siento a su lado.

—También estás aquí, señorita —me dice, avergonzada—. Lo siento, de verdad, fue un arrebató, pero luego se hizo tarde y pensé que me volverían a castigar...

Su llanto me parte el corazón.

—No te van a castigar, ¿verdad Carmen? —le digo a la mujer.

—Claro que no, mi niña, claro que no.

Pero Lucía levanta la vista sobre nuestras cabezas y la fija en un punto que tenemos a nuestra espalda: su padre.

—Él tampoco te va a castigar, ¿no es cierto, señor Sandoval? —pregunto.

Sergio sigue tenso mientras la niña se pone en pie y deja resbalar la manta que la cubría. Ambos se miran, en una especie de duelo silencioso.

—Lo siento, papá —habla ella primero—. No quería decirte todas esas cosas, de verdad. Pero, aunque el colegio también me gusta, el fútbol es lo que más y...

De pronto, Sergio da un par de zancadas y se acerca a su hija, que se calla al verlo tan cerca. El padre sigue callado y no hace intención alguna de moverse mientras libra una batalla consigo mismo. Hasta que levanta una mano y acaricia con ella la mejilla de la niña.

—Puedes ir al partido —le dice—. Pero vuelve a casa.

La niña se abraza a su padre, aunque él no le corresponda.

—Gracias, papá. Y perdóname. Perdóname...

—Vamos —se limita a decir él—. Vayamos a casa, que es muy tarde y tendrás que descansar.

Mientras ellos se adelantan, Carmen y yo nos miramos, ambas con los ojos brillantes de la emoción. Su padre no ha llegado a abrazarla, pero hemos podido adivinar las ganas que tiene de hacerlo. Es un primer y gran paso.

Mientras Carmen acuesta a Lucía, me despido de Sergio en el porche de la entrada de su casa. Ya son las cinco de la madrugada.

—Gracias, Lisy —me dice—. Sin tu ayuda, aún estaríamos buscándola.

—No importa. —Me encojo de hombros—. Solo he tenido una idea, porque conozco a tu hija. Implícito queda el reproche.

—Tengo mis razones, Lisy...

—¿Tus razones?! —le increpo—. Oh, sí, claro, es lo más normal del mundo, padres que no quieren a sus hijas, ni las besan o las abrazan.

—Lamento mucho que lo veas así.

—Veo lo que hay, Sergio —le digo algo más calmada—. No puedo ver lo que no me cuentas.

—Es complicado.

—Creo que soy lo bastante inteligente para entenderlo. ¿Por qué no me lo cuentas? Por favor...

Levanto la mano y acaricio su mejilla. Él me la coge entre sus dedos calientes y besa mi palma, traspasando con sus labios todo su calor al resto de mi cuerpo.

Estamos muy cerca. Todavía con mi mano bajo la suya, me acerca más todavía colocando su otra mano en mi espalda para pegarme totalmente a él. Cuando creo que va a besarme, observo, alucinada, que me abraza con una ternura inesperada. Acaricia mi pelo y se apoya en mi hombro.

—Quiero conocerte, Sergio —le digo aún dentro del abrazo—. Quiero hablar contigo, reír, pasear, hacer el amor... ¿Crees que pido demasiado? ¿Sergio Sandoval es un hombre sin corazón?

—No —responde después de volver a estar cara a cara—. Pero sí lo tiene bastante jodido.

—Cuando tú quieras, ¿vale? —le digo—. Cuando quieras, me llamas, y hablamos.

Me da un suave beso en los labios y me acompaña al coche antes de darse la vuelta y desaparecer.

Los gritos en las gradas del campo de fútbol invitan a gritar aún más. Me encuentro sentada junto a Carmen y el resto de madres y padres que han venido a ver debutar a sus hijas. Se escucha por megafonía el himno del club y, a continuación, nombran a cada una de las jugadoras. Cuando mencionan a Lucía, con el número nueve a su espalda, Carmen y yo aplaudimos entusiasmadas. Ha sido muy emocionante que un club de fútbol le haya dado oportunidad a un equipo femenino.

—Qué guapa, mi niña —dice Carmen, emocionada—. Y qué feliz se ve.

Miro a mi alrededor. El partido ya ha comenzado pero no veo a Sergio por ninguna parte. Si pudiera, juro que le daría una paliza ahora mismo, después de lo que pasó anoche, por no presentarse a ver jugar a su hija por primera vez.

Como es lógico, el equipo visitante está más preparado y lleva más tiempo entrenando, por lo que, al cabo de unos minutos ya nos han marcado dos goles.

—¡No pasa nada! —grito—. ¡Venga, chicas, ánimo!

Vuelvo a repasar cada una de las personas que no se pierden detalle del partido. En cierto momento, miro hacia atrás, y ahí está Sergio, dejado caer en la pared que tenemos a la espalda de las gradas. Parece algo tenso, pero también sigue las jugadas con interés. Y me deja, como siempre, sin respiración, al contemplarlo tan absolutamente guapo, con unos vaqueros oscuros, una camisa por fuera de cuadros azules y una cazadora. Un rayo de sol matutino impacta en su cabello y le desprende reflejos dorados que me dejan sin aliento.

—Ha venido Sergio —le murmuro a Carmen.

—¿Quién? —me pregunta mientras no pierde detalle de su niña.

—Quiero decir... el señor Sandoval.

—Oh. —La mujer mira hacia atrás y, después de verle se me acerca en tono confidente—. Hay personas que son como rocas, pero a las que una gota de agua acaba desgastando —me sonrío.

—Sí —sonrío también—. Voy a saludarlo un momento.

Me levanto de mi asiento y subo las escaleras de cemento hasta llegar a la parte más alta, donde Sergio sigue mirando el partido. Al verme aparecer, compone una divertida mueca con sus bonitos labios. Qué razón lleva Carmen con lo de la gota que desgasta la roca.

—Has venido —le digo, una vez estoy a su lado.

Varios pares de ojos se clavan en nosotros, sobre todo los de las madres que llevan ya rato cuchicheando y mirando al bombón de padre que ha aparecido por primera vez en un evento de su hija.

—Dije que vendría —contesta—. Aunque he tenido que dejar zanjado un asunto primero.

—Lucía estará contenta —le digo—. ¿Te ha visto ya?

—Creo que no.

En ese instante, sigo con la mirada la pelota, que rueda entre los pies de Lucía mientras esta se aproxima a la portería contraria. Chuta con fuerza y la acaba metiendo entre los pies de la portera.

—¡Sí! —exclamo con un salto—. ¡Golazo! —Aplaudo a rabiar, igual que el resto de padres—. ¡¿Lo has visto?! —le pregunto a Sergio.

—Sí —se limita a decir—. Es buena.

—¡Ven, acerquémonos al campo!

Le cojo de la mano, sin pensar en este momento en miradas maliciosas o cotilleos varios, y tiro de él hasta que llegamos a la valla que nos separa del césped artificial. Lucía se encuentra rodeada de compañeras que la abrazan para celebrar el gol. Después, se dirige al público y es ahora cuando advierte la presencia de su padre. La niña se acerca y nos saluda, con un gesto de dedicatoria. No puedo evitar que se me salten las lágrimas al ver la emoción de una hija que ve a su padre cuando no lo esperaba después de marcar su primer gol en un partido.

—¡Bravo! —le grito—. ¡Eres la mejor!

Las manos de Sergio rodean el tubo de hierro que nos separa del campo y advierto que sus nudillos se ponen blancos de la presión. Entiendo que se alegra pero que no está acostumbrado a demostrarlo.

Pero ¿por qué? ¿Por qué un padre querría esconder los sentimientos hacia su hija?

Cuando el partido termina y las niñas salen cambiadas y duchadas, todo son felicitaciones de los adultos, a pesar del resultado en contra de dos a cinco, de los cuales Lucía ha marcado los dos goles locales.

—Mi niña es la mejor —asalta Carmen a Lucía cuando se nos acerca con el pelo húmedo y la mochila a la espalda—. ¡De aquí al Barça, seguro!

—Anda, Carmen —ríe la niña mientras aguanta los achuchones de la mujer—. Eso solo lo consiguen unas pocas.

—Nunca se sabe —le digo después de felicitarla—. Eres una crack, Lucía, y algún día alguien se dará cuenta.

La niña, entre elogios, vuelve a dirigir su vista a la persona de siempre: a su padre, que sigue observando desde la retaguardia.

—Gracias por venir, papá.

—No sabía que eras tan buena jugando. —Creo que casi se parte la mandíbula por dedicarle un halago a su hija—. Tengo que irme ya, lo siento.

—Pero has visto todo el partido —sonríe la niña—, y eso es lo que importa. Espero que

puedas venir a alguno más.

—Lo intentaré —responde él.

Se despide de las tres y se dirige a la salida.

—¿Nos vamos a celebrarlo? —les digo a mis acompañantes, que siguen sin saber qué decir ante la visión de Sergio y sus intentos por ser amable con su hija.

—¡Vamos! —exclama Lucía.

CAPÍTULO 12

La verdad, me sentí bastante decepcionada cuando Sergio se marchó esta mañana, sin decir o insinuarme nada sobre lo que me dijo la noche que se escapó Lucía. Por eso, cuando recibí el mensaje de que Lara estaba en Barcelona en viaje relámpago, me alegré de quedar de nuevo con mis amigas. Y aquí estamos, de nuevo, inundando mi pequeño apartamento.

—Solo podremos ir a tomar algo —comenta Lara, mientras se ahueca sus ondas cobrizas—. Tengo que marcharme con rapidez mañana temprano.

—No pasa nada —nos dice Martina mientras se perfila los ojos—. No os vayáis a pensar que solo busco noches donde encontrar tíos para llevarme a la cama. También me apetecen unas buenas risas con vosotras.

Lara y yo nos miramos y nos ponemos a reír.

—¿Qué?! —exclama Martina—. ¡Os lo digo en serio!

—Que sí, que sí —seguimos riendo.

—Más que nada —le digo a Martina—, lo decimos por esa blusa roja que te deja los hombros al aire, los shorts, las medias de rejilla y los botines.

—Ya sabéis que mi forma de vestir es así —se encoge de hombros—. Aunque mira Lara, con ese conjunto blanco de minifalda que le hace las piernas aún más interminables, está que se sale. Y tú, Lisy, hoy estás guapísima.

—Yo voy bastante más sencilla que vosotras —les digo.

Aun así, observo mi atuendo, con un pantalón negro ajustado, un top blanco que deja a la vista del pecho a la cintura, y unas botas de tacón que me llegan a las rodillas. Me he vuelto a alborotar mi melena rubia y me he pintado los ojos con efecto ahumado.

—Seguro que hoy ligas, aunque vayamos a un bar.

—No estaría mal —les digo—. Le iría de fábula a mi autoestima.

—¿Qué pasa con tu Sergio? —me pregunta Lara.

—A mi Sergio que le den morcilla —declaro—. Pasa de mí como de la mierda.

—Pues él se lo pierde —sentencia Martina.

Lara y yo volvemos a tener que esperar a nuestra llamativa amiga, por lo que, cuando escuchamos el timbre de la puerta es Lara quien va a abrir.

—¿Esperas a alguien? —comenta mientras se dirige a la puerta.

—Pues no. —Frunzo el ceño.

Desde mi posición junto a la barra de la cocina americana, no puedo ver bien la entrada, pero escuchamos perfectamente el comentario de Lara.

—¡Lisy, perdona! —exclama desde el pequeño recibidor—. Pero en la puerta hay un tipo que pregunta por ti, un tal Sergio.

Antes de que pueda siquiera reaccionar, Sergio aparece en el salón.

—Vaya —saluda con su sonrisa encantadora—, el sueño de cualquier hombre, tres chicas, cada una con un color de pelo diferente.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, todavía embebiéndome su imagen, tan atractiva como siempre, con un traje oscuro y una camisa celeste, aunque sin corbata.

—¿Este es tu Sergio? —pregunta Martina, con los ojos muy abiertos.

—Repito, ¿qué haces aquí?

—Te dije que hablaría contigo, Lisy.

—Pues ya me ves —le digo—. Pensaba salir con mis amigas.

—¿No nos vas a presentar? —insiste Martina.

—Sí, esto... ellas son mis amigas, Martina y Lara. Él es Sergio Sandoval, el padre de una alumna.

—¿Sergio Sandoval? —pregunta Lara—. ¿El de los supermercados Mercadesa, número uno en España?

—Ese mismo —contesto yo mientras alzo la vista al techo.

—Contrataste a mi agencia de publicidad, si no recuerdo mal —prosigue Lara—. Trabajo en D&P.

—Sí, claro —contesta Sergio—. También sois los mejores en lo vuestro.

—Y puede que también conozcas a mi marido, Adrián Ventura.

—¿Eres su mujer? —pregunta alzando una de sus cejas—. La próxima vez que coincidamos le diré algo sobre tener una esposa demasiado joven y guapa.

—No es por nada —intervengo—, pero teníamos prisa. Lo digo por vuestra amena conversación.

—Supongo que las prisas ya no son para ti —ríe Martina—. Nos iremos Lara y yo, no te preocupes.

—De eso nada, habíamos quedado para salir...

Sergio me mira, suplicante, aunque no dice nada.

—Vamos, Lisy —se suma Lara—. Creo que tienes pendiente una conversación. Vámonos, Martina.

—Sí, nos vamos —dice esta última—. Pero antes, solo una cosa, Sergio Sandoval. Llevo aquí mismo, en el bolso, una navaja recién afilada, especial para cortar pelotas a tipos cabrones que hacen daño a mis amigas. Espero no tener que usarla pronto.

—¡Martina! —exclamo.

—Entendido —dice Sergio con una mueca.

—Pues eso, hasta mañana, Lisy —se despiden.

Una vez nos quedamos solos en mitad de mi pequeño salón, me cruzo de brazos y lo encaro, a pesar de la flojera que me recorre las piernas por la intensidad de su mirada dorada.

—Ya puedes empezar a hablar, antes de que me arrepienta de haberte cambiado por una noche de chicas.

—Hablaré, Lisy —me dice con su voz profunda—, pero será después de besarte y de hacerte el amor, lo que llevo deseando desde el mismo día en que te conocí.

No me da tiempo a reaccionar. Antes de poder contestarle, me toma entre sus brazos y se abate contra mi boca, que no puede hacer otra cosa que rendirse ante su asalto. Su boca ávida devora la mía con ansia y yo le respondo con el mismo anhelo y las mismas ganas. Sus manos no paran quietas y comienza sujetando mi rostro para seguir deslizándolas por mis costados hasta que se aferran a mis glúteos para atraerme más a él y que pueda percibir su abultada erección.

—Quiero verte —me dice al tiempo que tira de mi top y aparecen mis pechos desnudos. Siento un instante de aprensión al pensar que son pequeños, pero la mirada lujuriosa de Sergio acaba de un plumazo con el pensamiento—. Preciosa...

A continuación, se agacha ante mí para sacarme las botas y bajarme los pantalones, que desliza

por mis piernas incluyendo mi tanga de color blanco. Y así, con él arrodillado frente a mí, me muestro desnuda frente a él. Mis pechos suben y bajan por la acelerada respiración.

—Eres lo más bonito que he visto nunca —susurra.

Deposita sus labios sobre mis muslos y va subiendo por mis caderas, mi vientre y acaba rodeando mi cintura para llevarse uno de mis pechos a la boca. Su lengua, succionando uno y otro pezón, consigue que me retuerza de placer.

—Qué ganas tenía de verte así —murmura mientras me sigue atormentando los pechos, la garganta, la boca—. Porque sé que me deseabas, Lisy, igual que yo a ti. Te deseo; te he deseado siempre.

Pero ya no quiero tocar más ropa. A tirones, le desprendo de su chaqueta y su camisa al tiempo que él se saca los zapatos y los pantalones. Parecemos dos seres desesperados que se han necesitado el uno al otro durante demasiado tiempo.

—Quiero adorarte, cariño.

Me toma en brazos y, tras echarle un vistazo al pequeño distribuidor, pronto encuentra el dormitorio para colocarme sobre la cama y mirarme con la lujuria pintada en su cara.

Mientras tanto, mi cuerpo arde cada vez más, bajo su mirada, bajo sus manos. Comienza por besar los dedos de mis pies y continúa subiendo hasta que se topa con mi sexo, húmedo y anhelante. La visión del rostro de Sergio entre mis piernas hace que me arquee sobre la colcha en un arco perfecto. Él separa mis rodillas y clava su perversa lengua en el centro mismo de mi placer.

—¡Oh, Dios! —grito. Hace tanto tiempo que no siento este placer tan arrollador, que creo que voy a desintegrarme ahora mismo envuelta en esta ardiente sensación.

De nuevo, su lengua abandona mi sexo para subir por mi vientre, volver a besar mis pechos y acabar introducida en mi boca. Ahora soy yo quien lo toca por todas partes, para percibir la dureza de sus hombros, su espalda y su trasero.

—Me vuelves loco, nena —gime entre besos y caricias, entre mis gemidos y mis gritos—. Completamente loco...

—Por favor, Sergio, por favor —gimo al sentir la dureza de su miembro deslizarse por entre mis pliegues húmedos.

—Por favor qué, Lisy —susurra en mi oído—. Por favor qué.

—Fóllame, por favor...

—Dios, cómo me has puesto —gruñe mientras se coloca el preservativo que cogió de su pantalón nada más desnudarse—. Ahora mismo te complazco, nena.

Sin dejar de mirarme, se apoya con un brazo sobre el colchón, y con la otra mano guía su miembro hasta mi cuerpo. Comienza introduciéndolo poco a poco para acabar clavándolo hasta el fondo.

—¡Sergio!

Juro que no quería ser tan tonta como para gritar su nombre en mitad del acto, pero mi lengua no ha podido estarse quieta, porque, sentirme llena de él ha sido una sensación tan sublime que no existen palabras para definirla.

—Sí, soy yo —jadea con cada embestida—, Sergio, el que te está follando, nena, lo que quise hacerte desde que te besé en aquel ascensor y me supiste a gloria...

Enredo mis manos entre su pelo, me afianzo a sus caderas con mis piernas y dejo que el orgasmo recorra mi columna y cada uno de mis huesos, haciéndome gritar de gusto hasta que Sergio, invadido también por el clímax, busca mi boca para que ambos nos bebamos cada gemido

del otro.

Tras el estallido de gozo, nos dejamos caer sobre la cama, uno al lado del otro. Siento frío de repente al separarme de su cuerpo, algo que él soluciona rápido cuando me abraza, coloca mi cabeza sobre su pecho y posa su brazo alrededor de mi cintura.

El único sonido que se escucha es el de nuestros alientos. Por fin, soy capaz de pensar y me recorre el temor de que todo haya sido una penosa estratagema para llevarme a la cama y largarse corriendo después, aunque no me lo parece al ver que seguimos abrazados en la cama. Dudo si preguntarle, recordarle que tiene cosas que contarme, pero, por suerte, es él el que decide hablar.

—No puedo encariñarme con Lucía porque temo ser como mi padre.

Aturdida por la confesión, me incorporo sobre la cama y me apoyo en un codo para poder mirarle.

—¿Como tu padre? —le pregunto—. ¿A qué te refieres?

En este momento, todavía de espaldas sobre la cama, Sergio coloca su brazo derecho sobre su rostro, como si prefiriese hablar sin tener que fijar la mirada en ninguna parte. Pero a mí sí que se me va la vista hacia su pecho, y tengo que contenerme para no lanzarme sobre él y lamer toda esa piel caliente cubierta de vello. Desnudo, Sergio parece aún más grande, algo que queda patente al contemplar cómo abarca casi la totalidad de mi cama.

—Mi padre siempre fue muy exigente conmigo —me explica—. Desde muy pequeño me trató de inútil si no lo hacía todo perfecto. —Se toma un respiro—. Si replicaba o me quejaba, me pegaba.

—Pero tú jamás le has puesto una mano encima a Lucía —replico—. No eres como tu padre.

—Por favor, Lisy, no me interrumpas o no seré capaz de seguir. —Percibo cómo presiona mi mano con la suya y yo le devuelvo la presión.

—Vale, perdona.

—Todo eran reproches, castigos y muchas bofetadas, pero jamás una palabra de aliento. Le tenía pánico a mi padre y ni siquiera podía refugiarme en mi madre, pues ella se dedicaba a no intervenir, a beber y a pasar fuera de casa la mayoría del tiempo. Únicamente esperó a que yo cumpliera dieciocho años para largarse y no volver. Con aquella edad, yo ya había recibido tantas hostias que la respuesta de mi cerebro fue obedecer. Me matriculé en la universidad e intenté ser el mejor.

Su pecho parece ahora moverse más aprisa, arriba y abajo. Poco a poco, desliza el brazo de su cara y lo aparta, por lo que puedo ver la oscura sombra que cruza sus ojos.

—Fue allí, en la universidad, cuando empecé a ser consciente de la atracción que ejercía sobre las chicas y me aproveché de la situación, pues solo el sexo era capaz de aplacar un rato mis demonios. Pero fue también entonces cuando decidí que jamás tendría hijos, mucho menos pareja o relación estable. Me pesara o no, yo llevaba los genes de mi padre, y podría acabar siendo como él. No valía la pena arriesgarse. Acabé mis estudios y me dediqué a hacer más y más dinero, sin preocuparme más que de disfrutarlo. Pero entonces apareció Lucía.

Se incorpora sobre la cama, se levanta y se acerca a la ventana, desde donde se contempla la calle desierta. La suave luz de la luna ayuda a perfilar su silueta desnuda, alta, grande, imponente.

—Imagínate —prosigue—, yo con una niña pequeña, sin tener ni idea del tema. La única suerte

que tuve entonces fue tropezarme con Carmen, que le dio a Lucía todo lo que yo no iba a darle. Porque no podía encariñarme con ella, tenía que poner distancias, que ella creciera sin el anhelo de una caricia que jamás vendría. Le daría una buena vida, sí, pero nada más.

Dejo que los minutos se llenen de silencio y, cuando entiendo que no va a seguir hablando, decido hacerlo yo.

—Pero no te esperabas encariñarte con ella, ¿verdad?

Al ver que no contesta, que solo se tensa, cambio de postura y me siento sobre la cama para seguir admirando su ancha espalda y su prieto trasero.

—No eres como tu padre, Sergio.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque, entre tu hija y tú a su edad hay una gran diferencia: tú le tenías miedo a tu padre y ese miedo mató el afecto que le pudieses tener, pero tu hija te quiere y te admira. No hay más que ver su expresión cuando tú estás delante.

—Hoy me ha dicho que me odia —suspira.

—Eso son cosas que dicen los hijos cuando se enfadan, es normal, pero no te odia, sino no habría puesto esa cara de felicidad cuando te vio en el partido.

Me levanto, también desnuda, y me coloco detrás de él, pero sin llegar a tocarle. A esa mínima distancia me aturde el calor que emana de su piel y el olor que siempre lo acompaña y que he llegado a percibir en mis sueños. He llegado a pensar más de una noche que lo tenía en mi habitación, tan real me parecía.

—Yo no sé amar, Lisy —me confiesa—. Solo sé hacer dinero y disfrutarlo.

Me muerdo el labio inferior con fuerza para no tener que decirle lo que realmente pienso: que se ha ido encariñando de su hija y que tiene miedo a no ser un buen padre y a decepcionarla.

—Claro que sabes. —Ahora sí, le tomo del brazo y hago que se dé la vuelta para tenerlo de frente—. Puede que el recuerdo de tu padre te haga pensar eso, pero no es así, Sergio. Inténtalo. Intenta pasar más tiempo con ella, conocerla. Es una niña madura e inteligente, por lo que entiende que tienes poco tiempo disponible, pero, a veces, solo es necesario hacerle saber a la gente que estás ahí, que, si te necesitan, no tienen más que alargar un brazo y te encontrarán.

Sus músculos parecen tensarse un punto más. Se decide a mirarme, pero sus ojos parecen más atormentados que antes. Separa ligeramente sus labios y después los vuelve a unir. Creo que pretende decirme algo pero no se decide.

—Hay algo más, ¿verdad? —le digo—. Dímelo, Sergio.

Me acerco un paso más y coloco la mano en su áspera mejilla. Él me rodea la cintura y me pega a él, por lo que mis piernas cosquillean al tacto del vello de las suyas, mis pechos anidan en el su tórax y siento su miembro caliente en mi vientre. Y me sigue mirando.

—¿Qué ocurre, Sergio?

Tensión, silencio, respiración agitada...

—Ni siquiera sé si es mi hija.

No puedo alucinar más.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —le digo, mirándole de frente—. ¡Pues claro que es tu hija! ¿No has visto sus ojos? Son idénticos a los tuyos.

—Tener el mismo color de ojos no significa nada.

—Estás ciego, Sergio —suspiro—. No son solo los ojos, son también sus gestos, la expresión de sus cejas, la forma de moverse. Es una versión femenina de ti mismo.

—Te lo parece porque ves lo que quieres ver.

—No soy la única que lo ve, pero, de todos modos, ¿no te hiciste una prueba de paternidad?

—Sí —suspira—, fue lo primero que hice, pero no recuerdo qué problema hubo que tardaron en enviarme los resultados. Lo más apremiante era encontrar a una persona que se hiciese cargo de la niña, después decidí mudarme a la casa... Además, por aquel entonces, nos estábamos expandiendo más que nunca, por lo que me vi asaltado por viajes, reuniones, problemas... Cuando tuve el sobre en mis manos con el resultado, decidí no abrirlo. Lucía llevaba ya varios meses conmigo y no me pareció oportuno.

—¿No lo abriste? —exclamo, desconcertada.

—No —murmura—. Ese sobre sigue cerrado, en el interior de un cajón de la mesa de mi despacho, en casa, bajo llave. Más de una vez lo he sacado de ahí, pero luego lo he vuelto a guardar.

Observo su rostro, más vulnerable que nunca, mientras pienso que no quiere saber la respuesta porque tiene miedo. Miedo de que Lucía no sea su hija. Porque no ha podido evitar quererla.

—Ya está —le digo al tiempo que peino su cabello con mis dedos—, ya me has confesado bastante parte de tu vida. Si te parece, podríamos tomar algo o...

No me deja acabar la frase. Vuelve a afianzar mi cintura para pegarme a él y ataca mi boca de nuevo con un ansia renovada. Cuando nuestras lenguas se enlazan por completo, aferra mis glúteos para elevarme del suelo y aprovecho para rodear su cintura con mis piernas para estar más cerca y unida a él. Camina hasta la cama y se sienta en el filo, conmigo a horcajadas, para seguir besándome. Sin duda, son besos de desesperación pero de esperanza, de rabia y al mismo tiempo de consuelo. Y yo se los devuelvo igual.

—¿Dónde tienes los preservativos? —le pregunto en medio de nuestros jadeos y gruñidos.

Se separa un instante para alargar la mano hasta sus pantalones, de donde extrae una caja. Agarrada a su cuello, le arranco el paquete de las manos para coger uno de los sobres y rasgarlo yo misma con la boca. Extraigo el preservativo, se lo coloco con toda la prisa que me permite el deseo, y me sitúo de forma que me penetre en un solo movimiento. Ambos gemimos y nos retorremos mientras yo cabalgo con furia y él lame mis pechos, mi garganta y mi boca. Percibo la transpiración de nuestras pieles, que se pegan con la fricción, mientras no dejo de mirar el rostro de Sergio y él no deja de observar el mío. Y esa mirada mutua... casi consigue que me explote el pecho, porque, con esta expresión salvaje me parece más atractivo que nunca, pero, al mismo tiempo, más humano y accesible.

—Lisy —gruñe—. Dios, Lisy...

Acelera las embestidas, me sujeta por los costados, inclino hacia atrás la cabeza, él también... Hasta que, cuando llegamos a lo más alto del clímax, ambos gritamos entre convulsiones, por lo que hacemos más fuerte el abrazo que nos une y, así, completamente juntos, caemos sobre la cama.

Tenemos que esperar un buen rato a que el corazón nos vuelva a latir de forma normal, y, pasado ese tiempo, noto como mis músculos se relajan y los párpados me pesan. Es un relax alcanzado gracias a sentir a Sergio junto a mí, puesto que siempre imaginé que, una vez me hubiese sacado un par de polvos, se levantaría y se iría. Pero, al menos, de momento, no lo está haciendo. Tira del edredón para cubrirnos, deja que apoye mi cabeza en su pecho y me envuelve entre sus fuertes brazos. Con el rítmico latir de su corazón bajo mi mejilla, consigo quedarme

dormida en un santiamén.

A pesar del sueño profundo, percibo enseguida el movimiento del colchón. Consigo solo abrir mínimamente un ojo para poder distinguir entre mis pestañas la silueta de Sergio y ver cómo se levanta de la cama y recoge su ropa para vestirse.

Mi primera reacción es preguntarle si ya se va, si lo volveré a ver, pero, por suerte, decido que no sea así. Me hago la dormida cerrando los ojos y dejando que mi respiración siga pareciendo pausada, para no decir nada, para no llevarme la decepción que, aunque ya esperaba, siempre duele. A continuación, presiento cómo se inclina ante mí y me da un ligero beso en el pelo antes de escuchar sus amortiguados pasos y la puerta de entrada unos instantes después. Cuando sé seguro que estoy sola, los párpados se me abren del todo y me incorporo sobre la almohada, porque ya no puedo dormir. Ya no tengo el calor de Sergio, su olor o la protección de su abrazo. Se ha ido y, aunque no es una sorpresa, no quiere decir que el dolor no sea tan fuerte que me haga llorar.

CAPÍTULO 13

Es domingo y toca un poco de limpieza en casa y la decisión de aceptar la invitación de mis padres para participar en una comida familiar. No es que me parezca un plan espectacular de fin de semana, pero me apetece salir, ver a mis padres y disfrutar de mi antiguo hogar. Me doy una larga ducha, me visto con una falda negra ligeramente corta, unos botines y una blusa estampada que me sienta genial, cojo mi bolso y voy en busca de mi coche. Al llegar a mi antiguo barrio, como siempre, siento el suave impacto de la añoranza. Sobre todo, cuando subo a casa y me reciben mis padres, mi hermano pequeño y dos parejas más, mis tíos, hermanas de mi madre las dos mujeres.

La cocina se me da bastante mal, pero procuro ayudar a hacer ensaladas, poner una mesa bonita, colocar los cubiertos...

—¿Cómo te va la vida, pequeñaja? —me pregunta mi hermano al tiempo que me revuelve el pelo. A pesar de tener ya veintitrés años, no deja de chincharme y de meterse conmigo, como siempre ha hecho.

—Perdona —le digo—, pero el pequeñajo eres tú. Te recuerdo que tengo tres años más que tú.

—Pero mides medio metro menos que yo —me suelta.

—Cuando quieras echamos un pulso —río—, a ver si la estatura tiene algo que ver.

—Te voy a destrozar —ríe también después de darme un codazo que casi me tira de la silla.

Es un pesado, pero lo echo muchísimo de menos, lo mismo que a mis padres, sus conversaciones, su tranquilizadora presencia y su cariño. Mi madre sigue preocupándose por mí y no cesa de tenerme preparados los *tupper* para que pase de vez en cuando a por su sopa, sus inmejorables macarrones o su insuperable arroz. Como ahora mismo, que hemos terminado de comerlo y ya está apartando varios recipientes para mí.

—No te pases, mamá —le digo—, que luego estoy comiendo arroz toda la semana.

—Tienes que comer más, Lisy —se apena mi madre—. Mira qué delgada que estás...

—No soy delgada, soy pequeña —le digo, la misma respuesta de siempre.

Al acabar de comer, mi madre y sus hermanas siguen sentadas en la mesa, cotilleando sobre programas de televisión o sobre personas que conocen, mientras que los tres cuñados se han dispuesto en el sofá con varias tazas de café que yo misma he preparado. Mi hermano se retira a su habitación y yo sigo aquí, en mitad del salón, riéndome de los comentarios de las mujeres, o interesándome por la conversación masculina sobre política y fútbol.

—Por aquí hay un teléfono que no para de vibrar —advierte mi padre mientras señala mi móvil, situado sobre el mueble.

—¡Es el mío!

Lo cojo y frunzo el ceño al contemplar un número desconocido. Me aparto a un lado del salón y descuelgo.

—¿Sí?

—Hola, Lisy. —Al otro lado de la línea, la ronca y a la vez sedosa voz de Sergio pronuncia mi nombre.

Ha habido un momento de silencio y todos me están mirando, por lo que me pongo nerviosa y, en un acto reflejo, cuelgo el aparato.

—¿Quién era? —pregunta mi padre.

—Pues... no lo sé —respondo—. Además, se ha cortado.

—Dichosos móviles —comenta antes de seguir con su interesante conversación.

Al momento, el móvil vuelve a vibrar entre mis manos y lo miro como si fuese una serpiente de cascabel. ¿Por qué me llamará? Ya ha tenido lo que quería...

Decido irme a la cocina y contestar.

—¿Me acabas de colgar? —me pregunta con tono divertido.

—¿Qué quieres, Sergio?

—Pues, había pensado que es domingo, que estoy hasta los huevos de repasar números y de hablar con distribuidores con problemas, así que, he pensado en invitarte a tomar algo esta tarde.

Me he quedado como si acabaran de decirme que he ganado un concurso de belleza. Lo malo es que no creo en esos concursos, lo mismo que tampoco creo en Sergio y en sus, aparentemente, buenas intenciones.

—En un momento paso a buscarte por tu casa, ¿de acuerdo?

—No estoy en mi casa. —En mi casi estado de shock, es lo único que acierto a decirle—. Estoy en casa de mis padres.

—Pues dime la dirección, cariño, para que pueda ir.

Mierda, acaba de llamarme cariño. Tengo que obligarme a pensar que llamará así a todas sus churris y que no tiene nada de especial.

En fin, le doy la dirección y creo que es cuando cuelgo que soy consciente de que voy a volver a salir con Sergio Sandoval. Como si me hubiesen enchufado de repente, corro hasta el baño con mi bolso. Por fortuna, la ropa está bastante bien, por lo que solo me queda retocar algunos detalles. Busco en mi bolso, donde llevo de todo, y encuentro mi cepillo de dientes de emergencia. Me lavo los dientes, me repaso el maquillaje, paso un peine por mi pelo y me echo unas gotas de perfume. Cuando salgo del baño, a nadie le pasa desapercibido el pequeño ajuste de mi apariencia.

—¿Te vas, cariño? —me pregunta mi madre.

—Sí, mamá. —Les doy un beso a todos—. Me han llamado mis amigas para ir a tomar algo.

—¿No te llevas el arroz que te he guardado?

—No, mamá, ya vendré a buscarlo mañana. ¡Adiós a todos!

No doy crédito. He mentido a mis padres y no recuerdo haberlo hecho desde la adolescencia. Debe de ser que no se me ha ocurrido nada que decirles, porque lo de «me voy con un tío para acostarme con él porque no quiere otra cosa de mí aunque yo estoy loca por sus huesos» no cuenta.

Cuando bajo a la calle, Sergio ya me está esperando apoyado en su elegante y clásico BMW de color gris oscuro. Cuando me ve aparecer, me abre la puerta del acompañante y, antes de que me introduzca en su interior, me saluda con un beso en los labios. Con rapidez, miro a mi alrededor por si hubiera alguna vecina cotilla que se chive a mi madre y me meto en el coche.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta cuando se sienta al volante—. ¿Te da vergüenza que te vean conmigo?

—No es eso, idiota —me quejo—. Pero esto es un barrio, por si no te habías dado cuenta al salir de tu zona residencial, y aquí nos conocemos todos.

—Oh, y tienes miedo de que algún vecino le diga a tu madre que te ha visto montarte en el elegante coche de un atractivo desconocido.

—Más o menos —ríó a pesar de todo.

La verdad es que Sergio consigue dejarme sin palabras cada vez que le veo. Esta vez viste un pantalón oscuro, un jersey color camel y una cazadora. Solo le falta mirar a la cámara para parecer sacado de un anuncio de colonia.

—Si me sigues mirando así —me confiesa con una sonrisa—, paro el coche en el próximo callejón y te tumbo en el asiento de atrás.

Bueno, al menos parece que le sigo gustando. Dos días de relación, el doble de lo que pensaba.

—Es que suelo verte con traje y, vestido de esta forma más informal, te encuentro más guapo.

Sus preciosos ojos brillan y los desvía un segundo hacia mí. Me parece ver un atisbo de sorpresa, pero debe de haber sido un espejismo, porque dudo mucho que las mujeres no se pasen la vida alabando su atractivo.

—Tú sí que estás preciosa —me dice, apoyando su mano sobre mi muslo cubierto por las medias.

—Ya ves —ríó—. Recién sacada de una comida familiar. Debo de estar arrebatadora —le digo entre risas.

—Para mí lo estás —me dice serio y con voz profunda.

Es solo un piropo, pero he sentido un latigazo de calor por todo mi cuerpo.

Unos minutos después, estaciona en un aparcamiento y entramos en un bonito local donde se puede tomar una copa, algo de picoteo o la cena. Nosotros optamos por pedir un café, porque, al menos yo, estoy rellena de arroz y gambas.

—¿Y qué tal la comida familiar? —me pregunta una vez acomodados.

—Pues imagina —le digo, divertida—. Mis padres, mi hermano pequeño, mis tíos y tías... Lo típico, ya sabes, chistes malos, cotilleos, hincharte de comer...

De pronto, cierro la boca como si me la hubieran cosido.

—Perdona —le digo—. Puede que no haya sido un comentario muy acertado.

—No pasa nada —me dice al tiempo que me coge la mano y se la lleva a los labios—. Si tienes una familia normal, es lógico que comentes sobre ella de forma natural.

Parece que volvemos a sentirnos cómodos hablando de nosotros y me arriesgo a hacerle una pregunta que no sé cómo se tomará.

—¿Dónde están tus padres ahora?

—Mi madre debe de andar por alguna parte de Marbella con su novio inglés. —Compone una mueca de resignación—. A mi padre le dio un ictus y vive con su hermana.

—Lo siento. ¿Vas a verlo alguna vez?

—Al principio iba más a menudo, ya sabes, porque me sentía mal y esas cosas, pero, a pesar de que el ictus le afectó el habla, todavía es capaz de maldecirme y recordarme que nunca llegaré a ser lo que él esperaba.

—Joder.

Cierro los ojos y trato de imaginar lo que sería tener unos padres que no me quisieran y soy incapaz. Veo a mis padres, tan repletos de amor entre ellos y a sus hijos, y no concibo otra cosa que una familia como la mía. Lo que me lleva a otra pregunta que hacerle a Sergio y que creo que le gustará menos.

—Entonces —le digo con cautela—, si sabes lo duro que es tener unos padres que no tratan con cariño a su hijo, ¿cómo permites que tu hija viva con la misma carencia? Tú sabes lo que es, podrías enmendarlo.

—Es... complicado de explicar.

—Tengo una carrera y un master, podré con ello —le digo con mordacidad.

—Pues, la respuesta a esa pregunta que me has hecho me la lanzó a los morros un psiquiatra que visitaba hace un tiempo. Me jodió tanto que no volví a su consulta.

—¿Qué te dijo? —le pregunto.

—Adivínalo. —Se reclina en la silla y cruza los brazos—. Dices que conoces a las personas. ¿Sabrías la respuesta?

—Creo que me acercaría —le digo.

—Dímela.

—¿Y si acierto me harás como al terapeuta? ¿Dejarás de verme?

Ante mi asombro, suelta una carcajada.

—No sé qué te hace tanta gracia —me quejo.

—Tú, Lisy.

—No sabía que tenía cara de payaso —gruño.

—No es eso. Y la frase exacta no sería que me haces gracia, sino que me haces reír, Lisy, porque eres natural, auténtica, sincera, y nunca he conocido a una mujer como tú.

—Soy muy del montón —le digo, poniendo los ojos en blanco.

—No, Lisy. —Su susurro me produce un nuevo escalofrío—. Todas las otras que conocí eran del montón. Tú no.

Vale, admito que este hombre sabe ganarse a una mujer. No le pregunto a cuántas les ha dicho la misma frasecita para no hundirme un poco más en la miseria.

—Estoy esperando tu respuesta —me dice.

Dudo si medir mis palabras o soltarle todo lo que pienso y opto por esto último. Total, no creo que vayamos a salir más y, ya que voy a salir de su vida de un momento a otro, que sea después de quedarme a gusto.

—Pues pienso que estás sufriendo por lo que le haces a tu hija y te sientes terriblemente culpable, pero prefieres seguir así porque es más cómodo para ti. Porque tienes miedo, Sergio, mucho miedo, aunque no tengo muy claro a qué. Puede que a fracasar como padre, puesto que si no te comportas como tal nadie puede recriminarte nada. En cambio, si te comportas como un padre cariñoso, nadie te asegura que no puedas perderla, porque el amor duele, Sergio. No se ama de gratis. Amar a la gente significa riesgo a no ser correspondido, pero, cuando se ama de verdad, el riesgo no importa, porque amar es dar sin esperar recibir nada a cambio. Mis padres me han amado y yo podría haber sido una hija horrible, pero me querían porque soy su hija y punto, sin condiciones.

Sergio no ha perdido detalle de mi discurso, aunque no ha intervenido. Se limita a mirarme y escuchar, que ya es más de lo que pensaba.

—Pero en este caso no tienes nada que temer —continúo—, porque tu hija te quiere con locura. Y eso que no has hecho mérito alguno, pero ella se siente unida a ti con un lazo muy fuerte. Aunque, a este paso, el lazo se romperá y después de arrepentirás.

Creo que, como suponía, me he pasado tres pueblos. Sergio está demasiado estático y parece a punto de explotar, por lo que, antes de que lo haga, retiro la silla y me pongo en pie.

—Y ahora es cuando entiendo que debo irme por bocazas...

Pero no me deja terminar. Atrapa mi mano y me obliga a sentarme de nuevo.

—No te vayas, Lisy.

—No tenía derecho —me lamento—, lo siento.

—No ha sido más que un experimento —me confiesa—. Y ha dado resultado.

—¿A qué te refieres? —Frunzo el ceño.

—A que sabía lo que pensabas pero quería escuchártelo decir. Y, después, quería comprobar si, después de soltarme todo eso, sería capaz de cabrearme y decirte que te largaras y me dejaras en paz, como he hecho con cualquiera que me ha insinuado la décima parte que tú.

—No sé si me alegra que me hayas usado como experimento —sonríó con una mueca.

—A mí sí que me alegra —me dice—, porque, como te he dicho, después de decirme lo que realmente piensas, por jodido que haya sido, no quiero que te alejes de mí. Quédate hoy también conmigo, Lisy —me dice con expresión de anhelo—. Quiero volver a besar todo tu cuerpo y quiero volver a ver tu rostro cuando experimentas el placer.

—Yo... —intento disimular mi turbación—, mañana es lunes, tengo que madrugar y...

—No te preocupes, nos despertaremos con tiempo. Solo será una noche más, Lisy.

Ahí está, la prueba final. Esta será la última noche que le apetezca estar conmigo. Me gustaría decirle que puede meterse su noche por el culo, pero me sigue mirando como si no hubiera ahora mismo en la Tierra nada que deseara más que yo. Así que, será mejor que sea sincera conmigo misma y acepte que, si voy a tener una noche más con Sergio, no pienso renunciar a ella. Pero solo voy a ponerle una condición, por mi propia salud mental.

—Está bien —le digo al tiempo que me pongo en pie y me dirijo a la salida. Él, con presteza, deja un billete sobre la mesa y me coge de la mano hasta que llegamos al coche—. Pero no quiero ir a mi casa —le digo.

—¿Adónde quieres ir, entonces? —me pregunta cuando se incorpora al tráfico.

—A tu apartamento.

—¿Por qué? —me pregunta, sorprendido—. Pensé que no querrías estar donde yo...

—¿Donde te has tirado a un número indefinido de mujeres, quieres decir? —termino la pregunta.

—No voy a esconder ahora lo que soy, Lisy.

No, claro que no lo va a esconder. Yo me encargo de recordarlo. Por eso quiero ir a su apartamento, porque es un lugar impersonal, donde se folla, te vas y santas pascuas. Lo que no voy a decirle es que, la principal razón por la que no quiero volver a mi casa es que no quiero crear recuerdos allí. No quiero tener que ver su imagen en cada rincón, imaginarlo desnudo en mi cama o en mi baño. Lo soporté una vez; más, no.

—No tengo una razón especial —me encojo de hombros—. Simplemente, prefiero estar en un apartamento más grande que el mío.

—Como quieras —murmura.

Nada más abrirse las puertas del ascensor, me tenso al recordar la escena con Sergio a medio vestir y la morena voluptuosa recién salida de la ducha. Inspiro profundamente para conseguir la fuerza que necesito esta noche.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta cuando accedemos al salón, decorado en blanco con detalles en negro.

—Sí —le respondo, acercándome a él—, a ti.

—Toma todo lo que quieras —me dice antes de lanzarse sobre mí.

Pero yo le detengo. Pongo una mano sobre su pecho y le obligo a parar.

—Aún no —le digo—. Quiero que te desnudes.

Duda un instante, pero el que dura un pestañeo, porque, en cuestión de unos segundos se deshace de toda su ropa y se planta desnudo frente a mí.

—Ahora tú —me pide.

—Todavía no. Y quiero que te estés quieto.

Me decido a dar vueltas alrededor de él. Me embebo de su perfecto cuerpo, de cada músculo y cada hueco que lo forma. Cuando estoy detrás de él, paso mi lengua por su espalda, que salta con el húmedo contacto.

—Te he dicho que te estés quieto.

A continuación, me arrodillo en el suelo hasta tener su trasero frente a mi cara. Me acerco y muerdo uno de sus duros glúteos, y después el otro. Se está quieto, pero percibo su tensión.

—Vamos, Lisy, deja que te toque...

—Chsst, te esperas.

Todavía arrodillada tras él, doy un toque a su tobillo para que abra las piernas. Contemplo las bolsas que cuelgan entre ellas y deslizo mis dedos sobre la rugosa piel que las cubre.

—Joder, Lisy, para...

Le ignoro, me pongo en pie y lo rodeo para ponerme frente a él. Su cara es un poema, sembrada de pequeñas gotitas de transpiración y su pecho subiendo y bajando a toda velocidad. Me acerco totalmente a él, hasta tener su tórax a la altura de mi rostro y deslizo la lengua sobre cada uno de sus duros pezones.

—Mmm —susurro—, qué rico que estás.

Ahora no dice nada, pero me lanza una mirada tan descarnada que casi me da miedo. Solo con esa mirada y el festín que le he dado a mi vista, le deseo como nunca. Me vuelvo a agachar, esta vez por delante, y lo que me encuentro ahora es su miembro, duro y rígido, que apunta directamente a mí. Saco mi lengua y se la paso por la punta y después por toda su longitud. Unas brillantes gotas brotan del extremo. Sonríó al ver cómo sus puños están tan cerrados que los nudillos se vuelven blancos.

—Ya —me limito a decirle cuando no puedo soportarlo más.

Como si hubiese abierto la compuerta de una presa que se desborda, Sergio se lanza sobre mí y tira de mi ropa sin preocuparle si la blusa se desgarran o las medias se destroran, algo que, ahora mismo, me importa un rábano. Sin esperar un segundo más, cuando me tiene desnuda, me tumba en el suelo, aunque no llego a sentir el frío en mi espalda. Emitiendo un rugido desgarrado, se arrodilla, abre mis piernas, y deposita su boca sobre mi ansioso sexo.

—¡Joder! —grito—. ¡Te estás vengando!

—¡Por supuesto! —grita antes de proseguir con su asalto.

No puedo evitar gritar y arquearme sobre el suelo cuando su lengua me penetra y sus labios lamen cada uno de mis pliegues íntimos. Cuando me sujeta por las caderas y presiona con más fuerza sobre mi clítoris, un orgasmo devastador me arrasa y hace que me retuerza sobre las frías baldosas del suelo. No dejo de gritar de placer hasta que Sergio se bebe mi esencia por completo.

Sin dejar que me reponga, se pone en pie de un salto, me toma en brazos y me lleva hasta su cama, donde me lanza hasta hacerme rebotar sobre el colchón. Abre el cajón de la mesilla y saca una caja de preservativos de entre la variedad que hay desperdigada en su interior, una multitud de todos los colores y texturas. Trato de no mirar y no pensar. Sabía dónde venía y no voy a quejarme ahora.

Tras colocarse el preservativo, me toma de la cintura, me da la vuelta, y me hace colocarme de rodillas sobre la cama.

—Agárrate al cabecero, nena —jadea—. Porque vas a necesitar sujetarte.

Tal y como me ha dicho, casi arranco los barrotes cuando siento su miembro encajado en mi cuerpo, sus dedos clavados en mi carne y los envites de su pelvis en mi trasero. El placer es tan

arrollador, que mis pulmones parecen a punto de estallar. Jamás he sentido algo parecido, un placer que parece querer quemar cada célula de mi cuerpo.

Golpes, golpes, golpes; jadeos, gemidos, gritos; otro orgasmo, su propio clímax y dos cuerpos que caen sobre las sábanas arrugadas y revueltas.

Unos minutos más tarde, todavía sigo boca abajo en la cama, tratando de recuperarme de la sesión de sexo más alucinante que he tenido en mi vida. Sergio sigue a mi lado, dibujando filigranas con sus dedos en mi espalda.

Creo que ya estoy preparada, física y anímicamente. No, mentira, no lo estoy, no lo voy a estar en mi vida. No me movería jamás de esta cama y me quedaría siempre aquí, junto a Sergio. Pero tengo que hacerlo. No estoy dispuesta a vivir el momento tenso en el que un tipo que cambia de mujer como de calcetines te echa sin más de su casa y de su cama.

—Bueno —le digo mientras me incorporo en la cama y trato de ignorar los pinchazos que siento en ciertas partes de mi cuerpo—, es hora de que me marche.

—¿Adónde vas? —me pregunta mientras se incorpora también.

—Adónde va a ser, a mi casa.

—Te he dicho que te ayudaría a levantarte con tiempo, Lisy. Mañana te acercaré a tu casa y...

—No, Sergio, gracias. Te lo agradezco pero prefiero dormir en mi cama. Me gusta dormir sola. Menuda mentira acabo de soltar. Solo prefiero dormir sola si no es con él.

—Lisy, espera, por favor —me pide—. Irte así, nada más acabar...

—¿No es lo que suele hacer la gente que solo quiere sexo? —le pregunto mientras trato de vestirme con prendas medio rotas.

—¿Eso es lo único que querías conmigo, Lisy? ¿Sexo?

—Eso me dijiste la primera vez que me lo ofreciste, Sergio. Si no recuerdo mal, me comentaste algo así como si yo nunca había tenido sexo esporádico, lo único que querías de mí.

—Muchas cosas han cambiado desde entonces —me dice con un tono bastante taciturno.

—Para mí no —le digo cuando ya me he colocado los botines—. Y ahora, si no te importa, voy a llamar a un taxi.

—Yo te llevaré —me dice al tiempo que hace amago de coger su ropa del suelo.

—No —detengo su movimiento—, no hace falta. Prefiero volver en taxi y despedirme aquí. Adiós, Sergio.

Le doy un beso en la mejilla y salgo del apartamento. Mientras bajo en el ascensor, siento la humedad de dos gruesas lágrimas deslizarse hasta mis labios, donde dejan su regusto salado, aunque a mí me parezca más bien amargo.

CAPÍTULO 14

Aprovecho una sesión de lectura de los alumnos para terminar de corregir los exámenes de lengua que me faltaban. Cuando acabo, los voy llamando uno a uno para que se acerquen a mi mesa, enseñarles la nota y comentar un poco los fallos. Siguiendo el orden alfabético de la lista, converso con la mayoría de los alumnos antes de llegar a Lucía.

—Lucía Sandoval —la llamo.

Ella, con desidia, se levanta de su sitio y se acerca. Vuelve a mirarme con aquella expresión arrogante que llevaba cuando la conocí.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto, señalando el examen—. Esto no es propio de ti, nunca habías sacado tan mala nota.

—Alguna vez tenía que ser la primera. —Se encoge de hombros.

—No, Lucía, no es el primer examen que haces fatal. He hablado con Sonia, la profesora de inglés, y me ha dicho que tu último examen no parece ni tuyo. Y yo pienso lo mismo de este. Demasiadas faltas de ortografía, la mitad de las respuestas en blanco... Parece hecho mal a conciencia.

—No es eso —responde envarada—. No me dio tiempo a estudiar y ya está.

—Vas a echar a perder el trimestre —le digo—. Por favor, Lucía, tú y yo sabemos de sobra que eres buena estudiante, pero no puedo hacer nada si, a la hora de demostrarlo, nos entregas un examen propio de un niño de cinco años.

—¿Y sabe qué le digo yo, señorita Lisy? Que me importa una mierda.

Todo mi cuerpo se envara y siento el fuego hasta en el cuero cabelludo. Volvemos a las andadas. Lucía quiere volver a llamar la atención y lo hace de la única manera que sabe: portándose mal.

—Te has pasado, Lucía —le digo, al tiempo que me pongo en pie—. Vamos a ir ahora mismo al despacho de la directora.

—Pues vale —contesta, desafiante.

Dejo a mi clase al cargo del profesor de guardia y me encamino con Lucía hasta el despacho de Ana. Hago que se siente en una de las sillas y le hago un gesto a la directora para que me acompañe al pasillo.

—Ahí quietecita —le digo—. Y ponte a reflexionar por la manera en la que me has hablado.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Ana una vez solas.

—Lo mismo que cuando empezó, que vuelve a rebelarse y a llamar la atención. Supongo que su buena adaptación al colegio, jugar a fútbol o hacer amigos la paliaron un tiempo, pero el problema de raíz sigue ahí, por lo que, de vez en cuando, necesita recordarle al mundo su problema.

—¿Te refieres a su padre?

—Sí —suspiro—. Su padre la sigue ignorando, y eso que parecía haber recapacitado. Pero es igual que su hija: sigue con su vida y solo en ciertas ocasiones deja salir parte de lo que le atormenta. Es como si los dos lucharan entre ellos.

—Entonces —comenta Ana—, ¿se supone que hemos de esperar a que se le pase la rabieta?

—Sí, pero esta vez es más grave, Ana. Está suspendiendo adrede y echará a perder el trimestre y, si no rectifica, el curso entero.

—Eso no puede ser. —Se lleva los nudillos a los labios mientras piensa—. Vas a tener que volver a hablar con su padre.

—No —suelto demasiado rápido—, otra vez no.

—Precisamente, Lisy, ya has hablado con él en otras ocasiones. Has estado en su casa, en su trabajo, incluso le ayudaste a encontrar a Lucía cuando se escapó. Siempre tendrá más confianza contigo que conmigo. Vamos, Lisy, sabes que te preocupa esa niña y que no puedes dejarla tirada.

Una lucha interna tiene lugar dentro de mí: mi situación personal contra mi vocación profesional. Como es lógico, gana la segunda. No puedo permitir que el haberme liado con un padre me haga abandonar a su hija.

—Está bien —respondo—. Trataré de hablar con él.

—Gracias, Lisy.

He esperado al sábado por la mañana para acercarme a la casa de Sergio. No he tenido fuerzas esta vez para abordarlo en su trabajo o preguntarle a Carmen, así que, dejo mi Citroën en la puerta y camino por el sendero de gravilla que atraviesa el césped hasta llegar a la puerta de entrada. Toco el timbre y, a los pocos segundos, me abre Carmen.

—Señorita Lisy —me recibe con una sonrisa—. Pase, pase, por favor. ¿Qué se le ofrece?

—¿Está en casa el señor Sandoval? —le pregunto más seria de lo que ella esperaba.

—Pues... sí, está en su despacho. ¿Hay algún problema con Lucía? —me pregunta.

—Siempre hay problemas con Lucía —suspiro en un intento de no parecer una borde que asalta su casa—. Por favor, Carmen, tengo que hablar con él.

—Claro, claro, venga conmigo. —La sigo a través de un corredor—. Lucía todavía está durmiendo, pero el señor se levanta muy temprano para trabajar, aunque sea desde casa.

Al llegar a una de las puertas, Carmen da unos golpes y espera el permiso de Sergio.

—Perdone, señor Sandoval —le dice—. Tiene una visita.

—¿Una visita aquí? —le escucho gruñir—. ¿Quién coño se ha atrevido a venir hasta a mi casa un puto sábado por la mañana?

—Yo. —Esquivo a Carmen y entro en el despacho—. Yo necesito hablar contigo un puto sábado porque no se me ocurre otro momento.

—Está bien, Carmen —le dice a la mujer—, puedes marcharte.

Cuando nos quedamos a solas, soy consciente de que debo de haberle interrumpido una videollamada y su trabajo, pues hay montones de papeles desperdigados por su mesa y dos pantallas de ordenador encendidas.

—¿Y bien, Lisy? Dime lo que tengas que decir. Como has visto, estoy muy ocupado.

—Oh, claro —le suelto con desdén—, el santísimo señor Sandoval está muy ocupado, qué novedad. Pero resulta que a veces se le olvida que tiene una hija, y que esta hija, si no lo remediamos antes, repetirá curso porque ha decidido que le importa una mierda todo.

Tras mi acalorado discurso, Sergio se reclina en su silla y me mira de forma bastante hostil.

—Perdona un momento, Lisy, que me ubique. Hace casi una semana me dejaste plantado en mitad de mi apartamento, por no sé qué mierda de que solo había sexo entre nosotros. Seis días más tarde te presentas en mi casa para echarme en cara de nuevo que paso de mi hija. Perdona, pero estoy algo perdido. Si no te importa, empieza por explicarme por qué no contestas mis

llamadas ni mis mensajes.

—Eso ahora es lo de menos. Se trata de Lucía que...

—Antes una explicación —me interrumpe—. Necesito saber si le estoy hablando a Lisy o a la tutora del colegio de Lucía.

—¡No sé qué quieres que te diga! —Levanto mis manos en señal de desconcierto—. Me dijiste que esa sería la última noche que estaríamos juntos y, sencillamente, preferí marcharme yo a esperar a que me echaras.

—¿Echarte? ¿De qué demonios estás hablando? Y no me refería a la última noche que pasaría contigo, sino a la última noche que tendríamos que vernos a escondidas.

—No entiendo...

—Cuando trataste de disimular en la puerta de tu casa... me jodió, Lisy. No me gustó la idea de que nos comportásemos como amantes clandestinos. Es más, quiero que la gente sepa que estamos juntos.

—¿¡Juntos?! —pregunto alucinada—. ¿Te refieres a una relación?

—Sí, Lisy, me refiero a eso, a una relación. Pero si no te interesa no tenías más que decírmelo, en lugar de esquivarme.

No sé si echarme a reír a carcajadas o tirarle a este hombre el ordenador a la cabeza.

—Por Dios, Sergio, justo antes de acostarnos te vi con tres mujeres diferentes. ¡Tres! Solo me hablabas de sexo, de atracción, ni remotamente mencionaste la palabra relación. Me contaste que desde la universidad solo deseas sexo para aplacar tus demonios. Imaginé que yo pasaba a engrosar tu extensa lista de polvos esporádicos.

—¿Y no te chocó que, precisamente, te explicase todo eso?

Se levanta de la silla, rodea su mesa y se planta frente a mí. Trago saliva al contemplarlo de nuevo tan informal, con una camiseta azul, unos vaqueros desgastados y su mentón cubierto del asomo diario de barba. Y su olor, tan rico, tan delicioso...

—Imaginé que utilizarías esa técnica para llevarte a la cama a las chicas menos fáciles, como yo. Aunque, al final, te resulté tan fácil como todas las demás. No tuviste más que chasquear tus dedos, unas bonitas palabras, un par de besos a traición... y ya me volviste loca por ti. Debí acabar decepcionándote.

—Pero ¿tú no me escuchas, Lisy? —Me toma de los hombros y me zarandea suavemente—. Estoy tratando de decirte que, aquella última noche, en mi apartamento, quise pedirte que saliéramos como pareja. No tengo ni idea de a dónde nos llevará esto, si seguiremos juntos de aquí a una semana, un mes o un año, porque, lo que siento cuando estoy contigo no lo he sentido nunca y me siento un auténtico novato. De lo que estoy seguro es de que, desde que has entrado en mi vida, todo tiene más sentido: el trabajo, los problemas, la falta de tiempo o de sueño. Todo me parece más fácil de llevar si pienso en que volveré a verte.

Apenas logro emitir sonido alguno. No entiendo nada y no logro averiguar si lo que acaba de decirme Sergio es que quiere seguir viéndome o me lo he imaginado, tan grande es mi deseo de escucharlo. Trato de calmarme para estar segura de que, esta vez, también voy a ser sincera.

—Mira, Sergio, por si te interesa saberlo, te quiero. Hasta ahora mi mente se centraba únicamente en mis clases, mis alumnos y poco más. Pero llegaste tú y me encontré pensando en ti muchos minutos al día, en cómo llegar a ti, en cómo entenderte, en cómo ayudarte, en intentar que fueras feliz.

—Lo sé —sonríe—. Y creo que has conseguido la mayoría de tus propósitos.

—No, todos no, Sergio. Tu hija vuelve a las andadas, para eso he venido hoy aquí. Ha dejado

de hacer los deberes y de estudiar, deja a medias los exámenes y acabará repitiendo quinto de primaria si no cambia de actitud.

—Se le pasará, Lisy, ya sabes cómo es ella.

Ahora sí que lo mato.

—¡Maldita sea, Sergio! ¡Haz algo de una vez! ¡Deja de seguir con tu vida y de ignorarla! ¡Es tu hija, lo quieras o no!

—Eso no lo sabes —me dice, tenso, separándose de mí.

¿Otra vez con eso? Se va a enterar.

—Dame la llave, Sergio.

—¿Qué llave?

—¡La maldita llave del cajón de tu mesa! —grito—. ¡Ya sabes a qué llave me refiero, joder!

—No —se limita a decirme—. Prefiero dejar las cosas como están.

¡Me cago en todo ya!

Busco a mi alrededor, buscando cualquier objeto que pueda servirme. Encuentro un abrecartas de adorno, lo saco de su soporte y me dirijo a la cerradura del cajón. Me acuclillo delante de la mesa y comienzo a hurgar para intentar abrirlo.

—¿Qué coño haces, Lisy? No vas a poder abrirlo con eso.

—Tienes razón —le digo—. De esta forma no lo conseguiré.

Me pongo en pie, doy un paso atrás y, tomando impulso con mi pierna derecha, le doy una patada al cajón con todas mis fuerzas. Me alegro de llevar botas de grueso tacón.

—¡¿Qué haces?! —vuelve a gritar.

—Dicen que más vale maña que fuerza —le digo—. Pero solo a veces.

Vuelvo a tomar impulso y asesto una nueva patada al cajón, que incluso ha sonado a madera resquebrajada. Satisfecha, le doy otra patada, y otra y otra...

—¡Basta, Lisy, basta! ¡Toma la puta llave! —Se mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña llave que deposita con rabia sobre la mesa.

Tomo la llave, abro el cajón, y extraigo el único sobre que hay dentro. El nombre de unos laboratorios reza en el membrete.

—Voy a abrir esto de una jodida vez —le digo con rabia—. Para que tengas en los morros la prueba que llevas años ignorando.

Sergio apoya sus manos sobre la mesa. Está realmente pálido y su expresión es tormentosa, como si esperara una sentencia. Rasgo el sobre y, antes de extraer el documento, escuchamos la voz de Carmen, que acaba de entrar en el despacho.

—No hace falta que lo abra, señorita. Lucía es hija de Sergio Sandoval.

—¿Carmen? —Me extraña verla interrumpiendo la conversación.

—Sí, Sergio —se dirige a su jefe con la familiaridad que nunca ha utilizado—, eres su padre, te lo puedo asegurar.

—¿Cómo? —pregunta él.

—Porque soy la abuela de la niña. Su madre era mi hija.

—¿Su abuela? —soy yo la única que se atreve a preguntar. Sergio está todavía más pálido que antes y sus ojos ambarinos destacan más que nunca en mitad de su rostro.

—Yo te contraté —acierta a decir él—. No puede ser...

—Mi hija, Tania —comienza a relatar la mujer—, se fue de vacaciones aquel año a Ibiza con sus amigas, porque, al igual que tú, terminaba sus estudios de Empresariales. Cuando me dijo que había conocido a alguien y que se iba con él a Barcelona, me sentí impotente. Pero no más que cuando volvió a casa y me dijo que estaba embarazada, que no quería que lo supieras y que iba a tenerlo.

Carmen quiere ser fuerte, pero no puede evitar que sus ojos brillen por las lágrimas que amenazan con desbordar.

—Nada más tener a la niña, mi otra hija, Nuria, y yo, la ayudamos a seguir adelante, pero, poco después, le diagnosticaron el cáncer que se la llevaría de mi lado.

Yo tampoco soy capaz ahora de retener las lágrimas que ya me caen por las mejillas.

—Fue un golpe muy duro, entendedme, y solo tenía ganas de morirme y de irme con mi hija, por lo que Nuria fue la que se hizo cargo de Lucía. Cuando le surgió la oportunidad de su vida, me dijo que lo mejor era seguir los deseos de Tania y entregarle la niña a su padre. En un principio no puse objeción, pero, cuando quise reaccionar, mi hija me dijo que ya estaba hecho, que la niña estaba con su padre. Arrepentida de no haber reaccionado a tiempo, cogí el primer avión y me planté en Barcelona, en la dirección de tu apartamento, pero ya no estabais allí. Tuve la suerte de que unos operarios encargados de llevarse algunos objetos tuyos me dijeran tu nueva dirección. Cuando llegué a la casa, ahí estabas tú, organizando algunas cajas, y mi niña, jugando con un peluche sentada en el suelo.

—Lo recuerdo —interviene Sergio—. Fue cuando te pregunté si eras la señora que enviaba la agencia y me dijiste que sí.

—No lo pensé —sigue narrando Carmen—, simplemente, por inercia, contesté que sí, que yo era la persona que se encargaría de la niña. Yo misma me encargué de despedir a la verdadera, cuando llegué al día siguiente y yo ya estaba instalada con vosotros.

—No es mi intención desacreditarte, Carmen —comenta Sergio—, pero así solo demuestras que eres la abuela de Lucía, no que yo sea su padre.

—Si no te sirve que mi hija lo dijera en su lecho de muerte —le dice la mujer—, puede que te parezca más relevante que sepa la marca de nacimiento que tienes en la ingle. Y que conste que nunca he visto tu ingle, me lo dijo mi hija. No tienes más que echarle un vistazo a la misma zona de tu hija y comprobarás que también tiene una marca rosácea en forma de media luna. Pero insisto, ahí tienes la prueba de paternidad si no me crees.

—Joder —murmura Sergio que, visiblemente conmocionado, pasa una y otra vez sus dedos entre el pelo.

—Dios mío —murmuro, aún en shock—. Te hiciste pasar por una desconocida para estar cerca de tu nieta.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste, Carmen? —clama Sergio—. ¡No te habría tratado como a una desconocida!

—No sé. —Se encoge de hombros—. Supongo que temía que, si descubrías la verdad, me echaras de tu casa.

—No soy tan mala persona, Carmen —le dice él—. Lamento mucho lo de tu hija, pero sabes que éramos muy jóvenes, que le dije desde el principio lo que había...

—No hace falta que te justifiques —le corta Carmen—. Y perdona que haya pasado a tutearte. Supongo que, sabida la verdad, estoy a tu disposición. —Levanta la barbilla como el que espera que un juez dictamine sentencia.

—Por el amor de Dios, Carmen —le dice Sergio—. ¿Qué esperas que haga contigo ahora? ¿Crees que voy a echarte o algo parecido? Nadie mejor que su abuela cuidará de mi hija.

De pronto soy consciente del papel que aún tengo entre las manos. Se lo entrego a Sergio y, sin dudar, lo rompe en pedazos.

—No sé si te has dado cuenta —le digo—, pero es la primera vez que te refieres a ella como tu hija, y no como Lucía o la niña. ¿Es porque ahora estás seguro de que lo es?

—No —contesta Sergio tras tirar los pedazos a la papelera—. Os prometo que mi reticencia y la distancia que yo mismo me imponía no se debían a dudar de mi paternidad, sino a otra cosa que tú sabes bien, Lisy.

—A tu miedo —respondo—. A tu miedo a quererla.

Nadie ha sido consciente de la presencia que escuchaba en el pasillo, tras la puerta entreabierta. Hasta que se decide a entrar y a hacer una pregunta, temerosa de la respuesta.

—¿De verdad pensabas que no era tu hija?

Todos nos giramos en la dirección de Lucía, que aparece vestida con su pijama con los colores del Barça.

Carmen y yo nos miramos y decidimos hacernos a un lado al ver la expresión de Sergio. Su rostro se contrae en una mueca de tristeza y de arrepentimiento. Le cuesta unos segundos decidirse, pero termina caminando hacia su hija, se planta delante de ella y, ante nuestros atónitos ojos, se postra de rodillas ante su hija.

—Perdóname, Lucía —le dice en voz baja y atormentada—. Perdóname. He sido un maldito cobarde que ha preferido salvaguardar su corazón antes que demostrarle a su hija lo mucho que la quería. Es cierto que, en un principio, hubiese querido que desaparecieras de mi vida, pero tú, ajena a mi estupidez, me miraste con tus grandes ojos, tan iguales a los míos, y me llamaste papá. Y me quisiste, sin merecerlo.

—Papá... —Las lágrimas también invaden la suave piel de las mejillas de la niña. Al igual que su padre, que también llora, todavía postrado ante ella como un súbdito ante su rey.

—Te quiero, Lucía, y cada día este amor se hace más y más fuerte. Te prometo que dejaré de comportarme como un imbécil cobarde y seré el padre que siempre has merecido.

Lucía rompe en llanto y se lanza sobre su padre para abrazarlo, ambos de rodillas en el suelo. Sergio, con la voz rota, estrecha fuertemente a su hija entre sus brazos. Carmen llora, yo también lloro... Toda la escena se convierte en un borrón debido a las lágrimas que invaden nuestros ojos.

Le hago un gesto a Carmen para que abandonemos el despacho y dejemos a solas a padre e hija. Una vez en el salón, saco un pañuelo de mi bolso y me limpio los ojos y la nariz. Carmen hace lo mismo.

—Me voy a casa, Carmen —le digo—. Creo que hoy es un día para que lo paséis en familia.

Antes de que llegue a la puerta, una orden me hace parar.

—¡Lisy, espera!

Me doy la vuelta y me encuentro a Sergio, que abraza a su hija por los hombros, ambos con los ojos enrojecidos.

—No se vaya, señorita —me dice Lucía—. Creo que mi padre tiene algo que decirle.

—Quédate con nosotros, Lisy —me dice Sergio—. Me gustaría que, si lo deseas, también pasases a formar parte de esta familia. Una familia que tú, con tu tozudez y tu gran corazón, has hecho posible que exista.

—Yo... —Creo que, si no paro de llorar, voy a tener un problema.

—Vamos, papá —le dice Lucía, dándole un pequeño empujón—, ve con ella. Puedes besarla y

todas esas cosas que seguro ya habéis hecho.

Ambos reímos antes de que Sergio se acerque a mí y tome mi rostro entre sus manos para besarme dulcemente. Carmen y Lucía desaparecen del salón.

—Dime que te quedarás con nosotros, Lisy —me susurra—. Dime que no es solo sexo lo que deseas de mí.

—Te quiero, Sergio —le digo entre risas y lágrimas—. Espero que esa afirmación resuma todas tus dudas.

—Creo que sí.

Sonríe y vuelve a besarme. Nos abrazamos con fuerza y me siento feliz entre sus brazos. Aunque, en el fondo de mi alma, sepa que existe un indicio de temor. Temor a que todo lo que está ocurriendo dure demasiado poco.

CAPÍTULO 15

A veces no puedo creer cómo han cambiado las cosas en unos pocos meses. Lucía recuperó los suspensos con facilidad, su padre la viene a buscar de vez en cuando y la relación con Carmen es aún más estrecha, si cabe.

Y nosotros... Bueno, todavía estoy en una nube. A pesar de seguir siendo un importante empresario con escaso tiempo, ahora procura tener los fines de semana completamente libres, para que podamos quedarnos en mi casa, en la suya o irnos a un hotel si tiene que hacer algún viaje de trabajo, porque ya le he dejado claro que a su apartamento no pienso volver. Si me enamoré perdidamente del Sergio engreído y arrogante, ahora, que además es dulce, cariñoso y buen padre, no puedo quererlo más.

Aunque, lo de ser buen padre... el pobre lo intenta, porque a veces se sigue sintiendo desbordado ante las muestras de cariño de su hija. Como ahora, que estamos las tres en la cocina preparando algo de cena y Sergio se acaba de presentar.

—Has llegado pronto —le digo tras besarle en los labios. Tengo que apartarme para que no me meta la lengua y me suelte uno de sus besos interminables que me aflojan las piernas.

—Sí —nos dice—, he salido más pronto hoy del trabajo. Tenía un recado que hacer.

Todas seguimos con la vista su mano, que se introduce bajo su chaqueta y extrae un par de entradas de fútbol.

—Para el próximo partido del Barça, de la Champions —le dice a Lucía.

La niña abre los ojos hasta que ya no le caben en la cara, da un grito y se lanza sobre su padre, que la tiene que coger en volandas.

—¡Sí! —grita la niña—. ¡Gracias, papá! —le dice entre besos por toda la cara—. ¡Gracias, gracias, gracias!

—Es el regalo por tus buenas notas —le dice, abrumado ante la muestra de cariño de su hija—. Has trabajado mucho y te lo mereces.

—¿Seguro que podrás venir? —le pregunta la niña.

—Te lo prometo, hija.

El día del partido, mientras padre e hija disfrutaban juntos, me encuentro en mi casa, charlando con Martina, que me cuenta que ha encontrado un nuevo trabajo.

—No te veo muy feliz —le digo—. Es un buen puesto, Martina, en esos laboratorios que trabajan para la Seguridad Social.

—Lo es —suspira—, pero tengo miedo, Lisy, de que me pase lo mismo de siempre.

—Ya verás como no —la tranquilizo—. Esta vez será la definitiva. Cambiarás tus tops escotados por la bata blanca, y te respetarán, porque las mujeres guapas, inteligentes y preparadas también existen. Demuéstraselo a tus nuevos jefes.

—Gracias por tu entusiasmo, Lisy. Cómo se nota que tienes novio y buen sexo, guapa. Tienes mejor color de piel y todo.

—Anda, no seas burra —ríe—. Estoy feliz, sí, pero porque estoy con Sergio y, de momento,

nos va bien.

—No disimules, mala amiga, y no me digas que no te empotra contra la pared y no te hace tener, al menos, dos orgasmos por sesión.

—¡Para ya! —ríe al tiempo que lanzo un cojín sobre su cabeza—. ¡Sabes que no cuento mi vida sexual!

—Hasta ahora inexistente —continúa pinchando—. Y a partir de ahora envidiable, con semejante semental.

—No tienes remedio —acabo diciendo.

—Por cierto, el partido acabó hace rato. ¿No tenía que llamarte para salir esta noche?

—La verdad es que sí. —Miro la hora en el móvil—. Voy a llamarlo, no sea que se hayan encontrado un atasco.

Pulso su número, espero varios tonos, pero no me contesta. Lo intento una segunda vez y tampoco. A la tercera, tras un par de tonos, descuelga. Pero no me contesta Sergio, sino una mujer. Observo la pantalla, por si me he equivocado, pero no, es el número de Sergio.

—¿Diga? —insiste la voz femenina.

Cuelgo como si el teléfono hubiese ardidido en llamas.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi amiga.

—Me ha contestado una mujer —le digo. Siento que la sangre abandona mi rostro y me tiembla hasta la voz.

—No te pongas así, Lisy —me consuela mi amiga—. Seguro que hay una explicación. Su secretaria, por ejemplo.

—Conozco a Leticia —le digo, medio en trance—. Y te aseguro que no era ella.

—Llama a Lucía —me propone—. Así saldrás de dudas.

Me parece una buena idea y marco el número de la niña.

—Hola, Lisy —contesta al otro lado.

—Hola, cariño. ¿Está tu padre contigo?

—Pues no —responde, con lo que mi corazón se agrieta un poquito más—. Ya hace rato que me dejó en casa. Me dijo que iría a buscarte.

—Estará en un atasco, gracias, Lucía.

—Hasta mañana, Lisy.

Me quedo un rato mirando el suelo, como si esperase encontrar en las baldosas la explicación a ser una idiota enamorada.

—Vamos, Lisy, deja que él te lo explique.

—Sabía que llegaría el día —la ignoro—. Que un día u otro se daría cuenta de que una mujer no es suficiente para él, acostumbrado a la variedad y a las mujeres llamativas e interesantes.

En este momento, suena el timbre. A pesar de que puede entrar cuando quiera, suele avisar en lugar de utilizar su llave, lo mismo que hago yo en su casa.

—Ahí lo tienes —me dice Martina—. Y procura ser racional y esperar a que él te dé una explicación. Si no te convence, entonces sí, me avisas y procuraré que mi navaja afilada deje de ser un objeto sin usar.

—Adiós, Martina.

Le doy un beso a mi amiga y abro la puerta, donde espera Sergio, apoyado en el marco. Un fuerte pinchazo en el pecho me indica el dolor de saber que este pedazo de hombre no es absolutamente mío; que en cualquier momento me dejará y volverá a su vida anterior. El que ahora sea un buen padre no significa que deba renunciar a su ritmo sexual desenfrenado.

—Hola, cariño —me saluda cuando se despide de Martina y cierra la puerta—. Llevo demasiado tiempo deseando hacer esto.

No me da tregua. Sergio se abate sobre mi boca y me arrastra hasta el dormitorio, donde hace que ambos caigamos sobre la cama. Sus besos son desesperados, lo mismo que sus caricias por todo mi cuerpo. No se detiene ni a desnudarme. Se limita a desgarrar los botones de mi blusa, separar las copas del sujetador y lanzarse sobre mis pechos, que chupa con fruición mientras una de sus manos sube mi minifalda hasta la cintura, arranca mis bragas y me abre las piernas. Se coloca sobre mí al mismo tiempo que se abre el pantalón, extrae su miembro y me penetra en medio de un desgarrador gemido.

—Lo siento —jadea—, perdona mi impaciencia, pero llevo una maldita semana esperando esto y no podía más. Espero no haberte hecho daño.

—Claro que no —gimo al tiempo que elevo mis caderas en busca de su contacto—. Hacer el amor contigo nunca me hará daño, Sergio.

Tras mis palabras, comienza a envestir con furia, tomando mis piernas por los tobillos, buscando la más profunda penetración. Apenas ha habido preliminares, ni siquiera nos hemos desnudado, pero, en cuestión de un minuto ambos alcanzamos un intenso orgasmo.

—¿Qué haces? —le pregunto al ver que no deja de mirarme y acariciar mi pelo.

—Me encanta mirarte —me dice—. Es la segunda cosa que más me gusta hacer contigo —ríe—, después de hacer el amor, claro está.

—A mí me gusta hacer cualquier cosa contigo —le confieso—. No me importa si es mirar el techo o no hacer nada. Me gusta tenerte cerca, sentirte, olerte. No imaginas lo bien que hueles —le digo con una sonrisa.

—Me tocó el premio gordo contigo —sonríe. A continuación, contemplo cómo comienza a deshacerse de su ropa.

—¿Vas a ducharte? —le pregunto.

—No. —Suelta una carcajada que me atraviesa el alma—. No voy a ducharme, cielo. Voy a hacerte el amor de nuevo, pero esta vez bien, desnudos, despacio. Voy a hacer que me supliques y luego tú me harás suplicar a mí. ¿Qué te parece mi plan?

—Me encanta —susurro mientras le ayudo a desnudarme.

He decidido que ahora no. No es el momento de hablarle de mis dudas y mis miedos. Voy a aprovecharlo para, sencillamente, estar con él, amarlo, adorarlo. Ya tendré tiempo de aceptar que, esto que me está pasando con él, no es más que un tiempo limitado; que yo solo soy una sencilla maestra de niños sin mucho aliciente para un hombre como este; y que, después de Sergio... Después de Sergio no veo nada.

—¿Y no le preguntaste al final?

—No, Lara —responde Martina a la pantalla del ordenador, desde donde nos habla nuestra amiga de Madrid—. Nuestra Lisy ha decidido que ella es muy poca cosa para Sergio Sandoval y que, cuando este decida dejarla, se acabó.

—Deberías haber salido de dudas, Lisy —insiste Lara.

—Menuda, la que fue a hablar —ataca de nuevo Martina—. No entiendo que os ha dado a las dos por colgaros de millonarios mujeriegos de los que nunca te puedes fiar.

—Eh, yo me fío de Adrián —se queja Lara—. Pondría la mano en el fuego por él una y mil veces.

—Pero dudo que Lisy diga lo mismo.

Me siento observada y juzgada. Y no lo digo por mis amigas, sino porque me pasa conmigo misma, pues, como dice Martina, no entiendo que hago complicándome la vida con un hombre como Sergio. El problema es que, cada vez que me invaden las dudas, me hace el amor como nunca, o me lleva a su casa a celebrar el cumpleaños de Carmen, o me prepara una cita en un romántico restaurante.

—No, no puedo decirlo —confieso—. No tengo ninguna queja de cómo estamos llevando la relación, pero... no sé cómo explicarlo. Me siento como si, constantemente, estuviese sobre el alambre de un funambulista. Es una especie de inseguridad, de vacío, de desprotección.

—Te entiendo perfectamente —suspira Lara—. Te falta la seguridad que te otorga que te diga que te ama. ¿Te lo ha dicho ya?

—No —suspiro.

—Ahí lo tienes. Hasta que no te lo diga, te sentirás como en una casa sin paredes.

—Yo no soy tan mística como vosotras —gruñe Martina—. Yo lo que veo es que un día le llamaste y contestó una mujer. Y, tal como nos has contado, son varias las veces en las que has intentado hablar con él por teléfono, te ha colgado, y luego no te ha dado explicación alguna.

—Es el dueño de una importante cadena de supermercados, Martina —le defiendo—. No puedo esperar que siempre tenga tiempo para mí. Yo también necesito mi espacio.

—Lo que tú quieras —ironiza—. Sigue en tu mundo de nubes y arco iris.

Estoy empezando a volverme loca. No quiero ver fantasmas donde no los hay, pero tampoco quiero ser la tonta confiada que insinúa Martina.

Hoy he decidido acercarme a casa de mis padres. Tengo las correcciones adelantadas, Martina ya ha empezado su nuevo trabajo y Sergio saldrá hoy tarde de su oficina.

Me siento animada y optimista mientras voy conduciendo a través de la ciudad. La noche empieza a vestir las calles con sus luces nocturnas, en la radio suena *Viva la vida*, de Coldplay (1) y canto a todo volumen, desafinando como una loca. De pronto, observo un coche delante de mí. Es un BMW oscuro que reconozco perfectamente, pues me he subido muchas veces en él y me sé la matrícula de memoria. En un principio, se me ocurre hacer un par de ráfagas con las luces de carretera, pero después decido no hacer nada y seguir el coche de Sergio para darle una sorpresa. Se suponía que trabajaría hasta muy tarde, así que no tengo ni idea de adónde se dirigirá. Con prudencia, para que no se dé cuenta, lo sigo por entre las calles atestadas de tráfico.

En cierto momento, contemplo con claridad una silueta sentada en el asiento del acompañante, y es una mujer. Sí, no hay duda, es una mujer quien va sentada a su lado. Vale, no empieces a montarte la película, no soy una loca celosa que piense que mi novio no puede montar a una chica en su coche. En ningún momento he pensado en seguirle porque no me fie de él. Sencillamente, he decidido darle una sorpresa. Esperemos que no me la lleve yo.

Sigo unos minutos más tras la estela del vehículo, con tranquilidad, hasta que, cuando seguimos una determinada dirección, la grieta que se formó hace unos días en mi corazón se abre del todo, dejando un dolor sordo y profundo en mi pecho.

Porque esta es la calle que lleva al apartamento de Sergio, aquel que no he querido volver a pisar desde que estuvimos en él y yo me fui sin dejar que él se explicara. Tal vez solo sea casualidad y sea una calle de paso...

Pero no. Me hundo un poco más en el agujero de la desesperanza cuando contemplo que estaciona el coche, sale de él y lo rodea para abrirle la puerta a una mujer. Desde aquí puedo ver que es joven, elegante y sofisticada, con un traje de chaqueta en color blanco que hace destacar su melena oscura y brillante. La acompaña, colocando su mano en la espalda de ella, y se introducen en el edificio.

Ya no pueden quedarme dudas. Ahora sí he encontrado el origen de mis miedos, que estaban totalmente justificados. Sergio ha vuelto a las andadas porque necesita variedad. Pero una cosa empiezo a tener clara: puede que yo no sea una mujer llamativa y elegante como las que le gustan a él, pero valgo mucho y no merezco que un tío me ningunee de esta manera. Si le parezco poca cosa o necesita ir cambiando de tetas porque las mías le aburren, pues que se quede con las otras.

A pesar de mi determinación, no soy capaz de detener el torrente de lágrimas que me cae por la cara. Me las limpio a manotazos, maldiciendo una y otra vez, llamándome de idiota para arriba. Aun así, sigo en el interior de mi coche, estacionado en esta maldita calle. Antes de desmoronarme del todo, se me ocurre coger el móvil y llamarle. Será la última prueba que obtenga y ya no me quedará duda alguna.

Muy pronto, descuelga.

—¿Lisy? —me pregunta al otro lado de la línea—. ¿Querías algo?

—No nada. —Aguanto la respiración para conseguir un tono normal de voz—. Solo quería saber si seguías trabajando y si te quedaba mucho.

—Sí, cariño, sigo en el despacho, y aún tardaré un buen rato. No te preocupes, en cuanto termine pasaré por tu casa.

—Vale. Hasta luego, Sergio.

Después de colgar, dejo que mi cabeza caiga hacia delante y apoyo la frente en el volante. Y ya, sin ninguna esperanza más, rompo a llorar desconsoladamente. Mis hombros se agitan por el llanto y, aprovechando la intimidad del vehículo, grito y despotrico en voz alta mientras lloro de forma desgarrada. Así estoy unos minutos hasta que me miro en el espejo retrovisor interior y observo mi cara enrojecida e hinchada. Me sueno la nariz y, con los dedos aún temblorosos, marco el número de Martina.

—Martina, por favor —le digo cuando contesta—. ¿Puedes venir a mi casa? Necesito estar contigo.

He dado un par de frenazos y he estado a punto de saltarme un semáforo en rojo, pero he conseguido llegar a casa a pesar de la visión borrosa por las lágrimas, la tristeza y la rabia. Martina me está esperando ya en el rellano, junto a la puerta de entrada. Nada más verme, se lanza a darme un abrazo, lo que consigue que vuelva a llorar. Me arrebató las llaves de la mano para abrir ella porque no consigo atinar en la cerradura.

—Por Dios, Lisy, qué sucede —me pregunta una vez dentro, cuando ambas nos sentamos en el sofá y ella me abraza—. Dime que no te la ha jugado el cabrón de Sergio.

—Está con otra, Martina —le explico, tratando de que los mocos no me sigan brotando—. Los

he visto. Han subido a su apartamento, el que yo odio.

—Querrás decir su picadero —me dice con furia—. La madre que lo parió. Ahora sí que le corto las pelotas y se las echo de comer a los cerdos.

—No vale la pena enfadarse, Martina —gimoteo—. Total, puede que en el fondo ya esperaba que pasase y, visto lo visto, prefiero que haya sido más pronto que tarde.

—Hijo de puta —continúa maldiciendo—. Me parece fantástico que le guste follar cada semana con una tía distinta, pero ya podría habértelo dicho, y no dejar que creyeras que se había convertido en un tipo decente de la noche a la mañana.

—La culpa es mía —sigo lloriqueando—, por llegar a creerlo. Llegó a mí, con su sonrisa encantadora, con su palabrería, contándome su vida y los problemas con su hija. ¿Cómo fui tan rematadamente imbécil?

—Chsst, deja ya de echarte la culpa. —Coge una manta fina que tengo a un lado del sofá y me la echa por encima antes de acurrucarse conmigo—. Y deja ya de llorar. Que se vaya a la mierda, una y mil veces. O mejor, que contraiga la gonorrea y se le caiga la polla a trozos.

Nos pasamos algo más de una hora las dos juntas y acurrucadas. El calor de Martina y los insultos que le profiere a Sergio me van calmando poco a poco. Incluso llega a hacerme reír con su humor negro y retorcido.

—Gracias por venir tan pronto —le digo—. Y gracias por aguantar mis lloros, mis mocos y mi estupidez.

—Nada que agradecer, cariño. Ay, con lo que yo te quiero. —Me da un fuerte achuchón—. Además, tú me aguantas a mí muchas más veces, cuando me dan esos bajones en los que me convierto en la tía más borde del mundo. A ti es fácil consolarte, mi niña. Eres tan buena que te mereces algo mucho mejor que ese cerdo embustero.

Justo en este instante llaman a la puerta. Me tenso como una vara mientras Martina bufá una y otra vez.

—Ahí lo tenemos, al cabrón de polla traviesa. Se va a enterar ese.

—¡No! —advierto a mi amiga—. Por favor, no le digas nada. Deja que sea yo quien hable.

—Más vale que lo pongas en su sitio —gruñe—. Está bien, me callaré, de momento. Pero no me iré hasta que no se vaya él.

—De acuerdo.

Martina es quien abre la puerta y le deja pasar. Cuando accede al salón, frunce el ceño mientras nos mira a mi amiga y a mí.

—¿Qué sucede? —le pregunta a Martina—. ¿Por qué estás aquí tan tarde? —Luego me mira a mí—. Dios, Lisy, ¿por qué tienes ojos de haber llorado?

Me levanto del sofá y alzo una mano para detenerlo, pues lleva la intención de acercarse y abrazarme.

—Y todavía pregunta, el muy...

—Calla, Martina —corto a mi amiga.

—¿Qué está pasando aquí? —insiste Sergio.

—Lo que pasa —comienzo a decirle, intentando que no me tiemble la voz— es que no soy tan poca cosa como tú me quieres hacer creer, y no me merezco que me traten como si fuese de segunda categoría.

—¿Se puede saber qué demonios estás diciendo?

—¡Que te ha visto! —Martina no ha podido callarse—. ¡En tu picadero, con una de tus zorras elegantes!

—¿Es eso? —me pregunta Sergio. Como si haberlo pillado con otra fuese algo sin importancia —. ¿Eso es lo que te pasa, Lisy?

—Si te parece poco follarte a otra —le digo—, añádele que me has mentido.

A esa alusión, Sergio no dice nada. Permanece estático, con el semblante más serio que le he visto nunca. Martina nos observa, ahora un poco más alejada, pero con los brazos cruzados en actitud defensiva.

—Te he llamado por teléfono después de verte subir —continúo—, y me has dicho que estabas en el despacho. Obvio que no era así.

Su silencio me enerva y a punto estoy de soltarle una bofetada, pero me parece demasiado drástico.

—¡Di algo! —le grito—. ¡¿O vas a seguir ahí parado toda la noche?!

—No es lo que piensas, Lisy.

—Por favor... —río sin ganas—. ¡Te he visto, joder!

—Pero, si me hubieses dado el beneficio de la duda, te lo habría explicado.

—No quiero que me expliques nada —le escupo—. No quiero que me convenzas con tu carisma y tus dotes de embaucador. Lo único que quiero es que te vayas de mi casa, ahora mismo, y no vuelvas jamás.

—Por supuesto —me dice con una expresión mucho más dura—. Si es lo que deseas, me iré, Lisy. Siento mucho habértelo hecho pasar tan mal. Y lamento que pienses así de mí.

Da un giro perfecto, se dirige a la puerta, y desaparece tras ella después de cerrar.

—¿Estás bien? —me pregunta Martina, que se acerca y me abraza.

—No, no estoy bien —sollozo de nuevo—. Estoy hecha una mierda porque le quiero, Martina. Le quiero con toda mi alma y él a mí no.

—Me tienes a mí, cariño, para pasar el trance. —Me da un sonoro beso en la mejilla—. Tienes a Lara, a tu familia, a tus niños en el colegio. Seguro que podrás superarlo.

No sé si podré, pero, para mi salud mental, ojalá sea así.

CAPÍTULO 16

Sergio

Necesito cerrar un momento los ojos. Llevo casi todo el día encerrado en el despacho de casa, delante del ordenador, y empieza a dolerme la cabeza. Miro la hora en la pantalla: las diez de la noche. Me froto las sienes y emito un hondo suspiro.

He vuelto a mi ritmo normal de trabajo, ese que me marco tan endiablado que no me deja pensar más que en cifras o estrategias de mercado, aquel que decidí aplacar un tiempo para poder estar junto a las personas que quiero. Pero parece ser que se me da mejor trabajar que querer a la gente.

En medio de mis lúgubres pensamientos, Carmen pide permiso para entrar y se lo concedo.

—Hola, Sergio —me saluda. Desde que descubrí su parentesco con Lucía, le pedí que dejara de hablarme con tanta formalidad—. Voy a acostar a Lucía, que, aunque mañana es festivo, ya es tarde.

La aludida es, precisamente, la que entra en tromba en el despacho, vestida ya con su pijama azul y grana.

—Vengo a darte las buenas noches, papá.

De un salto, se coloca sobre mi regazo y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Pues buenas noches, hija. Yo todavía me quedaré un rato ocupado.

—Mañana no trabajas —dice con el ceño fruncido—. ¿No vas a salir?

—No, hoy no —me limito a decirle.

—Hace días que no veo a Lisy por la casa —me dice, con prudencia—. ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis enfadado?

Miro a Carmen por encima de la rubia cabeza de mi hija.

—Algo así —le contesto—, pero sigue siendo tu maestra y tutora. Recuerda que una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Te veo triste, papá. —Me mira de forma directa con sus ojos iguales a los míos—. Con ella reías más y salías más. No creas que no me he dado cuenta de que llevas unos días en los que solo sales conmigo, que ahora nunca viene Lisy con nosotros.

—Vamos, vamos, Lucía —la reprende Carmen mientras la saca de mi regazo—. Deja de ser tan preguntona. Son cosas de mayores.

—No soy tan pequeña, abuela —se queja la niña—. Entiendo perfectamente cuando un hombre y una mujer son novios y dejan de serlo porque se enfadan.

—Pues si ya lo entiendes —le digo antes de darle un beso en la frente—, será mejor que lo dejemos por hoy. Hasta mañana, cariño.

Vuelvo a quedarme solo y vuelvo a mi tarea, aunque ahora me cuesta más concentrarme. De repente, al hablar de ella, solo puedo ver su rostro bañado en lágrimas, su rabia al acusarme, su determinación a la hora de decirme que no quiere verme más. Sentí que algo se rompía dentro de mí al comprender que nunca tendría su confianza, que, aunque por un lado sea normal que dude de mí por mi pasado, creo que debería, al menos, haberme preguntado, y no acusarme directamente. Por eso, ni siquiera la he llamado en toda la semana. He preferido que se le calmen los ánimos antes de volver a verla o a llamarla.

—Perdona otra vez, Sergio.

Mis monólogos mentales no me han dejado escuchar unos nuevos toques de Carmen en mi puerta.

—¿Qué ocurre, Carmen? ¿Ya se ha dormido Lucía?

—Estamos leyendo un rato —sonríe—, pero nos ha interrumpido el timbre de la puerta. Una persona quiere verte.

—Vaya, no he escuchado nada. ¿Quién es? —pregunto mientras trato de calmar los latidos de mi corazón al pensar en la repentina aparición de Lisy.

—Es Martina, la amiga de Lisy.

—¿Martina? —pregunto, completamente sorprendido—. Dile que pase.

Carmen se retira y aparece la chica morena, que cierra la puerta tras de sí.

—Hola, Sergio —me saluda.

—¿Pasa algo? —le pregunto, todavía aturdido.

—Solo he venido a hablar contigo. ¿Me invitas a una copa?

—Claro.

—Vodka, si tienes.

Me levanto del sillón, voy en busca de una de las botellas del aparador y busco un par de vasos, donde vierto una pequeña cantidad en cada uno de lo que ella me ha pedido. Le ofrezco su copa y ambos damos un generoso trago.

—¿Y bien? —le digo—. ¿Qué quieres hablar?

—Antes de nada —me dice tras acercarse a mí—, voy a hacerte una pregunta. ¿Te parezco guapa?

No sé adónde coño quiere ir a parar, pero, de momento, le sigo el juego.

—Sí, claro. Eres una mujer muy guapa.

—Y ¿qué crees que piensa un hombre nada más verme? Tú que eres hombre debes saberlo.

—Pues... supongo que en echarte un polvo —le digo sin tapujos.

—¿Es lo que estás pensando tú ahora?

Suelta el vaso sobre el aparador, se me acerca y rodea mi cuello con sus brazos. Inmediatamente la tomo de las muñecas y la separo de mí.

—¿Qué buscas, Martina? ¿Te ha enviado Lisy para saber si me tiraría a su amiga?

—No busco nada —suspira—. Perdona, te he sometido a una de mis absurdas pruebas de fidelidad. Algunas veces me han utilizado para embaucar a algún tipo y comprobar si cae ante mis insinuaciones. Lo siento, ha estado bastante fuera de lugar. Y Lisy no tiene ni idea de que he venido a verte.

—¿Entonces...?

—Quiero escucharte decir qué fue lo que pasó. Lisy no te dejó hablar y todavía estoy con la incertidumbre. Si fue un malentendido, me gustaría saberlo, por mi amiga, que está hecha una mierda. Y si, sencillamente, te tiras todo lo que se mueve, también me gustaría que me lo dijese claramente. Acabo de ver que, cuando quieres, eres directo y vas al grano.

—¿Para qué quieres que te lo explique? —le pregunto—. Lisy ya dijo lo que había pasado, ¿no?

—¿Y llevaba razón? —insiste.

Medito unos instantes antes de responder.

—Te voy a decir lo que pasó, pero con una condición. Ni una palabra a Lisy.

—De acuerdo. Pero espero que no me cuentes un cuento chino.

—Solo hay una verdad: lo que sucedió esa noche. Y solo la voy a contar una vez. —Le doy un trago a mi copa y la sostengo entre los dedos mientras observo el claro líquido—. Sabes que todavía conservo un apartamento en el centro...

—Tu famoso picadero —me interrumpe. Pero la ignoro.

—Sé que Lisy no pensaba poner un pie en él, así que decidí venderlo y darle la sorpresa de deshacerme de él. Pero no quería malvenderlo, quería ese dinero para comprar una casa en la playa, que no tuviese un pasado, que fuese solo nuestra. Así que, puse la venta en mano de la mejor agente inmobiliario de la ciudad, Sheila, a la que conozco de otros negocios anteriores.

—A la que ya te tiraste en su momento —me vuelve a interrumpir.

—Sí, me enrollé con ella hace tiempo. Y sí, pensó que la llamaba para retomar aquello, pero se lo dejé bien claro: tenía pareja. Las cosas habían cambiado.

—¿Por qué cogió ella una vez el teléfono?

—La primera vez quedamos para cenar. Supongo que fui al baño, me dejé el móvil sobre la mesa y ella contestó. Debí pensar todavía aquella noche que acabaríamos juntos y se creyó con el derecho. O porque le dio la gana de malmeter, no lo sé.

—¿Y lo de quedar con ella en tu piso a las tantas de la noche?

—Los dos estábamos hasta arriba de trabajo, no teníamos hueco posible en el que coincidir durante el día, así que quedamos a esa hora. Subimos, apuntó unas medidas, hizo unas fotos y después la llevé a su casa.

—Si al menos no la hubieras mentido cuando te llamó...

—No podía imaginar que nos habría visto. Te lo repito, quise darle una sorpresa, nada más retorcido que eso. Ya ni me importa si tú me crees o no.

—Supongo que te creo —suspira—. Es una historia demasiado tonta para ser inventada por un capullo picaflor como tú.

—Si te sirve de algo —abro uno de los cajones de mi mesa y saco una carpeta—, aquí tienes el contrato de compraventa. Como te he dicho, Sheila es la mejor y me lo ha vendido en dos días por una suma más alta de lo que nunca imaginé.

Martina le echa un vistazo al documento y lanza un silbido.

—Joder, menuda pasta van a soltar por tu picadero.

—Y ahora, si me disculpas —le digo después de guardar la carpeta—, es muy tarde y estoy cansado.

—Sí, claro, me voy. Gracias por atenderme, Sergio. Espero no haber sido demasiado... impulsiva.

—Solo eres una buena amiga —le digo ya en el porche de la casa.

—Sí —sonríe—. Lisy se lo merece. Me alegro de no haber tenido que usar mi navaja desmembradora.

—Yo también. —Compongo una mueca—. Y espero que no le digas una palabra a Lisy. Es algo que tenemos que solucionar ella y yo. O no. Pero será cosa nuestra.

—No le diré nada —dice antes de despedirse y atravesar el pasillo de gravilla del jardín. Pero no la creo.

CAPÍTULO 17

La verdad, tal y como dijo mi amiga, doy gracias por tener el trabajo que tengo. Mis niños me hacen olvidar, me ayudan a reír, a seguir consolidando mi experiencia y mi vocación.

Cada día que pasa intento centrarme más en lo que me rodea, en la realidad, y no en lo que pudo ser. No voy a mentir y decir que no estoy dolida, que no he vuelto a llorar o que no sueño con él. Pero intento seguir adelante. Ni siquiera me ha llamado, así que...

El timbre de salida me sobresalta. La mayoría de niños y niñas se despiden de mí, aunque veo normal que muchos no lo hagan. Es viernes y están deseando salir de aquí.

Observo a Lucía, que se queda rezagada, esperando que salga la multitud. Cuando tengo en mis manos el manojo de llaves para cerrar la puerta, se acerca a mí.

—Lisy, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro, Lucía, dime.

—¿Por qué te has enfadado con mi padre?

Casi se me caen las llaves de las manos.

—Lucía, entiendo que eres muy lista y que nos hemos convertido en algo más que en maestra y alumna, pero no puedo contestarte a eso.

—Ya —dice, enfurruñada—, cosas de mayores, como me dice mi abuela y mi padre. ¿Ya no sois novios, entonces?

—No, cariño. Pero debes saber que los adultos a veces somos muy complicados. En ocasiones ocurre que, a pesar de tenernos cariño, no podemos estar juntos.

—Entonces, quieres a mi padre —afirma más que pregunta.

—Bueno... sí, claro. Nos hemos cogido cariño, como me pasó contigo o con tu abuela.

—Está triste —me confiesa—, y enfadado con todo el mundo. Trabaja mucho y salimos menos, pero bueno, supongo que se le pasará. Son cosas de mayores —comenta con un tufillo a ironía que no me pasa desapercibido.

La veo alejarse y una especie de congoja se apodera de mí. Al mismo tiempo que de Sergio, me enamoré de esa niña y se me va a hacer muy duro sacarla de mi vida. Porque pronto cambiará de curso y ya no tendremos excusas para vernos, hablar o ir a ver sus partidos de fútbol.

Qué alegría me dio Lara ayer al decirme que volvía a hacernos una visita. Les pedí por favor a ella y a Martina una noche loca que necesito encarecidamente, para beber, bailar y lo que surja.

Lara es la última en llegar a mi piso y se queda con la boca abierta cuando contempla el atuendo que he elegido para salir esta noche.

—Dios mío, Lisy. ¿Se puede saber qué llevas puesto?

—Se lo he pedido a Martina.

—Se empeñó en que le dejara algo llamativo, y yo, pues la he complacido.

—Ya veo, ya —murmura Lara sin dejar de mirarme.

Pues sí, eso hice, pedirle a Martina alguna prenda con la que no pasar desapercibida, precisamente. Me ha dejado un vestido que se le quedó pequeño hace tiempo, de color amarillo,

que se ajusta tanto a mi cuerpo que se me notan los pezones y cada fibra del tanga.

—No sé, Lisy —titubea Lara—, pero así no pareces tú. Me gustas más cuando vistes a tu modo, y no dejas de ser llamativa cuando lo haces.

—Pero no tanto como yo quiero esta noche.

—Qué le vamos a hacer —sonríe Martina—. La chica esta noche quiere guerra.

Mientras cojo el bolso y las llaves del coche, veo como mis dos amigas se acercan y cuchichean entre ellas. Y lo mismo he visto cuando se han bajado en el aparcamiento, mientras yo estacionaba mi Citroën, antes de acceder a la discoteca.

—¿Qué pasa? —les digo mientras atravesamos la entrada—. ¿Qué cotilleáis?

—Nada —responden las dos.

Bueno, pues que sigan cuchicheando. Yo, por mi parte, necesito olvidar esta noche. O tal vez todo lo contrario, recordar quién soy: una chica joven y guapa que no tiene por qué esperar a que un tío se decida a enrollarse con ella. Voy a demostrarme que soy capaz de ligarme a cualquiera. Y la primera fase es pedirme una copa, que me bebo de un trago. La siguiente tardo menos, y la tercera casi me la arrancan de las manos mis amigas.

—Tranquila, Lisy —me frena Martina—. Tienes horas por delante para beber. No estás acostumbrada y te sentará mal.

—Eso es lo que quiero —le digo malhumorada antes de arrebatarle mi vaso—. Y ahora, me voy a bailar.

Me lanzo a la pista y me contoneo como una loca, sin dejar de beber. Vuelvo a la barra a pedirle más bebida al camarero, retorno a la pista, y así sucesivamente. Ya contemplo varios pares de ojos masculinos que no me quitan el ojo de encima. A todo esto, mis amigas siguen murmurando entre ellas y mirándome con reprobación.

—Basta Lisy —me dice Martina, que ha aparecido en la pista de baile—. Deja de dar la nota.

—¿Tú me vas a dar lecciones de discreción?! —le grito entre la muchedumbre—. ¡Déjame en paz, Martina! ¡A ver si tú puedes hacer esto cuando te da la gana y yo tengo que quedarme tranquilita en un rincón!

—¡No es eso, Lisy! —me grita también—. ¡Puedes divertirte, pero sabes perfectamente que solo lo haces para joder a Sergio!

—No me lo menciones.

Cabreada, me deshago de ella, la esquivo, y voy en busca de otra barra para pedirme la enésima copa. Me dejo caer en el filo y me percató del tipo que tengo al lado y que no deja de mirarme. No está mal. Es alto y lleva una poblada barba. Me sonrío y me guiña un ojo. Miro a mi alrededor y no veo a mis amigas. El alcohol me ayuda. Es ahora o nunca.

—Hola, guapo —le saludo con voz melosa.

—Hola, preciosa. ¿Quieres que te invite a algo?

—Sí. —Me acerco a su oreja y susurro mi petición—. Me gustaría saber qué se siente cuando te pasan esa barba por todo el cuerpo.

Al tipo casi se le salen los ojos de las cuencas. Me coge de la mano y comienza a dar grandes zancadas, atravesando la multitud, hasta llegar a unas escaleras que suben a los reservados. Una vez en un discreto y oscuro rincón, nos sentamos en un sillón y comienza a besarme.

Me siento en una nube de excitación. Tan lujuriosa como él, le devuelvo los besos y gimo cuando me baja los tirantes del vestido y toma mis pechos en sus manos. Dejo que pase sus labios y su barba por mi cuello y baje hasta mis pezones, que chupa y pellizca, consiguiendo que me retuerza sobre el mullido asiento. Al mismo tiempo, una de sus manos se introduce bajo mi vestido

y presiona mis glúteos, que el tanga no puede proteger. Ninguno habla. Solo se escuchan jadeos y los chasquidos húmedos de los besos desenfrenados.

De pronto, una fuerza me despoja de esos labios y esas manos.

—¿Qué coño haces, Lisy?!

Martina me arranca del tipo, sube mi vestido y me arrastra por los oscuros pasillos hasta llegar a un baño, donde nos encontramos a Lara.

—¿Dejadme en paz, joder?! —me quejo—. ¡Estaba a punto de echar un polvo!

—Lo que estabas es a punto de cagarla —gruñe Martina antes de inclinarme sobre el lavamanos, abrir el grifo y meter mi cabeza bajo el agua fría.

—¡Joder! —grito ante el cambio de temperatura—. ¡Mierda! ¡¿A qué viene esto?!

El espejo me devuelve una imagen grotesca, con el pelo chorreando, el maquillaje corrido y el vestido a medio poner. Mejor dicho, a medio quitar.

—¡A que Sergio no te engañó! —grita Martina.

Un pitido se instala en mi cabeza. No oigo bien, no entiendo nada, pero la vista se me enfoca por primera vez en la noche.

—¿Qué has dicho? —le pregunto.

—Que todo fue un malentendido, joder. Que Sergio no se ha enrollado con nadie desde que empezó a salir contigo en serio.

—¿Y se puede saber cómo lo sabes?

—Porque fui a verle —suspira—. Fui a su casa y me lo contó todo, aunque me hizo prometer que no te diría nada.

—¿Me estás diciendo que fuiste a casa de Sergio a exigirle que te dijera la verdad?

—Exacto.

—Y le creíste, claro.

—Sí, le creí.

—Joder —maldigo—. Lo que tendría que haber hecho yo, ¿verdad? Averiguar la verdad.

—Tú ya te habías fabricado tu verdad —me dice Lara—. Era muy difícil hacerte cambiar de opinión.

Me apoyo en la pared de azulejos y me dejo caer hasta el suelo. De pronto, me da la impresión de que el alcohol se ha evaporado por completo, pero me ha dejado la mente más fresca y despejada. O quizá haya sido el remojón, no lo sé. El caso es que hay algo que se me repite una y otra vez en mi cabeza, una idea que debería haber tenido en cuenta desde el principio de mi extraña relación con Sergio.

—Yo me lo merezco, ¿verdad? —les pregunto a mis amigas, que se han dejado caer al suelo a mi lado—. A un hombre como Sergio.

—Pues claro, cariño —me dice Martina—. Y a diez más como él.

—Entonces —me pongo en pie—, voy a por lo que merezco, lo que quiero, lo que amo.

—¿Ahora? —pregunta alucinada Lara—. ¿Vas a presentarte en su casa?

—No —río—. Quiero hacerlo de otra forma. Y tú, Martina, vas a ayudarme.

—¿Yo? ¿Cómo?

Deseo hacer del principio un final. Por eso he esperado al lunes, después de las clases. He

pasado rápido por mi casa, donde ya me esperaba Martina, me he duchado y cambiado y nos hemos dirigido después con mi coche hasta el edificio de oficinas de Sergio. Hemos tardado un poco más de la cuenta buscando aparcamiento, por lo que he acabado estacionándolo en un parking de pago. En esta parte de la ciudad es lo que hay.

Nos acercamos hasta la puerta giratoria de la imponente entrada. Y es ahora cuando entra en juego el cometido de mi amiga. Martina se acerca al vigilante de dos metros y, tal como habíamos quedado, le pregunta algo mientras le lanza su irresistible pestañeo y su clásico mohín de gruesos labios que ningún hombre es capaz de obviar. No tengo más que camuflarme, como ya hiciera la primera vez, detrás de un señor grueso, y colarme en el ascensor. Cuando estoy en el interior, le levanto a mi amiga el dedo pulgar y ella me guiña un ojo mientras el vigilante sigue embobado con ella.

Se abren las puertas del ascensor en la planta correspondiente. Cojo aire y me dirijo hacia el despacho de Sergio, cuya puerta sigue custodiando la «amable» Leticia.

—Señorita —se dirige a mí la mujer al tiempo que me mira por encima de sus gafas—. Creo recordar que no tiene usted cita con el señor Sandoval.

—No, no la tengo —le digo mostrando mi entusiasmo—. Pero no se preocupe, voy a esperar. Tengo experiencia en el tema.

Me siento en una de las sillas más incómodas que he probado en mi vida y me dedico a ver pasar el tiempo. Como la otra vez, el trasero y la espalda pronto se quejan, pero trato de paliar la incomodidad levantándome de vez en cuando. Abro mi bolso, me saco un paquete de galletas y empiezo a comer mientras sujeto con la otra mano mi libro electrónico para leer un rato. Hoy he venido preparada.

Aun así, me empieza a fastidiar no tener noticias de Sergio, sobre todo cuando miro mi reloj y calculo que llevo aquí más de dos horas. Como ya sucediera la primera ocasión que estuve aquí, la secretaria comienza a recoger su mesa, coge su bolso y se despide de su jefe antes de marcharse. Genial. Hoy también tenía que ser uno de esos días en los que Sergio sale el último de todo el edificio.

Ante las quejas de mi espalda, apoyo la cabeza en la pared, pero esa mínima concesión que le hago a mi cuello me provoca un sueño que me fuerza a cerrar los ojos de vez en cuando. Mierda, no puedo quedarme dormida.

Me levanto y voy en busca de un café de la máquina, que no me espabila mucho, porque se me siguen cerrando los ojos, así que decido entrar en el baño y mojarme un poco la cara y la nuca. Y claro, como no podía ser de otra forma, justo en este instante escucho la cerradura de una puerta y unos pasos acompañados del murmullo de alguien que habla por teléfono.

¡Joder! Salgo pitando sin haberme secado ni la cara y observo a Sergio adentrándose en el ascensor. Tengo que volver a correr y a poner un pie entre las puertas para acompañarlo a su interior.

—Por poco te me escapabas otra vez —le digo con una sonrisa ante su cara de pasmo.

—¿Lisy? ¿Qué haces aquí?

—Tenía que hablar contigo.

—¿Y no has podido llamarme o quedar en otro lugar? No me digas que llevas toda la tarde ahí sentada, esperando.

—Puede que haya quedado todo un poco teatrero —sonrío—, pero quería estar segura de pillarte en un lugar tranquilo.

—¿Tranquilo? —Levanta sus cejas—. ¿El ascensor de este edificio?

—Exacto. —Emulando nuestro primer encuentro, pulso la tecla de paro del ascensor—. ¿Lo ves? Ya estamos tranquilos. Y trae para acá ese móvil. Deja de atender a quien sea, que lo mío es mucho más importante.

Le arrebato el teléfono de las manos y lo meto en el bolsillo de mi chaqueta.

—Tú dirás. —Se cruza de brazos y me dirige una de sus penetrantes e hipnotizantes miradas.

—Verás... —titubeo—, a ver cómo empiezo. Lo primero que había pensado era pedirte perdón, por pensar mal de ti, por no preguntarte directamente, por ver fantasmas por todas partes. Pero, aunque siga sintiendo lo que te dije, esa afirmación conlleva poner de manifiesto mi inseguridad contigo y seguir creyendo que soy poco para ti o que podrías tener mujeres mejores que yo. Pero, ¿sabes una cosa? Mi discurso ha cambiado, porque resulta que creo que sí, que soy una mujer lo suficientemente buena para ti. Que creo que me merezco de sobra el amor de un hombre como tú. Que no me considero ni mucho menos por debajo de todas esas mujeres con las que te acostabas. Si acaso, mejor que ellas, así que, no entiendo tantas dudas e inseguridades por mi parte. Te quiero, Sergio, pero también me quiero a mí.

Sergio me sigue mirando, todavía con sus brazos cruzados sobre el pecho, aunque ha cambiado la expresión seria de su rostro. Ahora sonrío, con una de aquellas muecas perfectas que compone con sus labios, los que ahora mismo besaría con toda mi alma. Aunque prefiero seguir con la conversación.

—¿Has hablado con Martina? —me pregunta.

—Sí, pero no me ha contado el motivo por el que estuvieras aquella noche con una mujer en tu apartamento. Únicamente me dijo que había una explicación razonable que ahora mismo no me importa. Confío en ti y eso es lo primordial.

—Así que crees que te mereces a un hombre como yo —me dice con un leve toque de ironía.

—Exacto. —Levanto mi barbilla.

—Lisy —suspira—, puede que sea yo el que no merezca una mujer como tú.

—Nos merecemos mutuamente, Sergio. —Me acerco a él y coloco mis manos sobre sus ásperas mejillas—. Porque yo te aporto, tú me aportas, y creo que juntos somos aún mejores, cariño.

—Tú me aportas mucho más, Lisy. —Deja caer su frente sobre la mía—. Has venido a alegrar mis días, a devolverme la paz, mis sueños y hasta mi hija. Ahora, por fin, tengo una familia y, lo más importante, me siento parte de ella. Eres increíble, cariño, y te has convertido en alguien imprescindible en mi vida. —Me da un suave beso en los labios que me sabe a gloria—. No tengo la necesidad de otras mujeres, porque jamás me he sentido tan completo como cuando estoy contigo, y solo contigo. Te quiero, Lisy.

Vale, no pretendía llorar, pero si el hombre al que amas con toda tu alma te dice todas esas cosas...

—Yo también te quiero, Sergio —le digo entre risas y lágrimas—. Y perdóname por no confiar en ti.

—Tenías tus buenos motivos para no hacerlo —me dice—. Es lo más normal del mundo que no creyeras a un tipo que llevaba una vida tan... vacía. Pero si algo puedo alegar en mi defensa es que pasé en poco tiempo de no querer a nadie a amar a dos personas. Fueron dos amores inesperados que entraron sin darme cuenta en mi corazón y se instalaron en él para no irse nunca más.

—Eso espero —susurro antes de abrazarlo y buscar con ansia su boca. Nuestros labios se abren y salimos al encuentro de nuestras lenguas, para volver a saborearnos, amarnos y unirnos

durante el largo instante que dura nuestro beso.

De pronto, Sergio se aparta de mí y frunce el ceño.

—Lisy, ¿qué hiciste con mi móvil?

—Lo guardé en el bolsillo. —Se lo devuelvo—. ¿Por qué?

—Porque creo que no colgaste. —Pulsa el altavoz y le habla al olvidado interlocutor—. Alfredo, ¿estás ahí? —le pregunta.

—Pues claro que sigo aquí —contesta la voz divertida de un hombre—. Ni se me ha ocurrido colgar, con lo entretenido que has tenido a todo el consejo aquí reunido, alrededor de un teléfono. Ni una novela de la sobremesa, colega. Hemos estado a punto de sacarnos el pañuelo para llorar.

De fondo, se escuchan varias personas reír a carcajadas.

—La madre que os parió —suelta Sergio—. Sois unos cabrones. ¡Haced el favor de colgar ahora mismo!

—Lo que tú digas, mi vida —contesta uno de ellos antes de que Sergio cuelgue.

Al principio, cuando he sido consciente de lo que había pasado, por poco no me muero de la vergüenza. Pero, un segundo después, al contemplar el rostro divertido de Sergio, no he podido evitar reír a carcajadas.

—Vas a ser protagonista de chistes y memes durante un mes por lo menos —le digo muerta de la risa.

—Sí —contesta con una mueca—, pero me importa una mierda. Seguro que más de uno ha sentido envidia.

Sergio vuelve a pulsar el botón de marcha del ascensor, el cual, sin darnos cuenta, llevaba más de media hora parado. Cuando se abre en el vestíbulo, nos encontramos todo un comité de bienvenida, compuesto por dos guardias de seguridad, un técnico de mantenimiento del ascensor y dos policías municipales.

—¿Qué hace tanta gente aquí? —gruñe Sergio al tiempo que me coge de la mano y atraviesa la multitud.

—Señor Sandoval, perdone —nos asalta uno de los vigilantes—, pero hemos visto que el ascensor llevaba demasiado tiempo parado y creíamos que se había averiado.

—No diga usted tonterías —le replica Sergio—. Seguro que alguno de vosotros les estaría echando un buen vistazo a las cámaras y habrá tenido su rato de entretenimiento.

El hombre mira de reojo al compañero, que se ríe y le hace gestos de besitos.

—Quiero que todo sea borrado —exige Sergio—, ahora mismo. O tendrán ustedes sustitutos antes de que salga por esa puerta.

—Por supuesto, señor Sandoval.

Pero no atravesamos la impresionante puerta giratoria y acristalada. Sergio tira de mi mano y me arrastra hasta la puerta que nos conduce al parking subterráneo, donde tiene aparcado su coche.

—¡Espera! —le digo—. ¡Tengo mi coche en un aparcamiento a dos manzanas de aquí! ¡El precio del ticket me va a arruinar!

—Ya vendremos a buscarlo en otro momento. —Sigue tirando de mí hasta que abre las puertas con el mando y me invita a entrar en el interior.

—¿Se puede saber adónde vamos? —le pregunto.

—Voy a explicarte qué viste realmente aquella noche —me dice mientras salimos a la calle y se incorpora al tráfico.

—Tengo una duda, antes de nada —le digo cuando comenzamos a sortear vehículos—. ¿Por

qué no me has llamado en toda la semana? ¿Esperabas que fuese yo la que diese el paso porque no había confiado en ti?

—Únicamente te di unos días para que te tranquilizaras, pero no creas ni por un momento que pensaba quedarme de brazos cruzados esperando que vinieras a verme. Pero quise tener algo terminado para cuando hubiésemos hablado.

—¿Algo terminado? —le pregunto—. ¿De qué se trata?

—¿Tienes prisa? —me pregunta con diversión.

—¿A qué viene esa pregunta? Te recuerdo que mañana hay clase y tú trabajas, ¿no?

—Había pensado en tomarme el día libre.

—¿Qué me estás contando? —Pongo cara con expresión horrorizada—. ¿Tú? ¿Un día libre? ¿Dónde está Sergio Sandoval y qué has hecho con él?

—Está viviendo, Lisy —me dice con un tono cargado de emoción—, viviendo una nueva vida con Lucía y contigo. No sé si te haces una idea de lo que os quiero a las dos.

—Y nosotras a ti —susurro ante su declaración al tiempo que enlazo mis dedos con los suyos.

—Por eso me gustaría mostrarte ese algo que te he comentado.

—¿Cuánto tardaremos?

—Una hora y media, más o menos, en llegar. Pero luego tengo que... Y hasta ahí puedo leer. Y por todo ello creo que, por una vez, tú también podrías pedir el día libre. Según Lucía, no es época de exámenes.

—Supongo que mis clases podría darlas Ana... Pero, madre mía, jamás he hecho algo así.

—¿Te crees que yo sí? —comenta divertido—. Cuando llame a Leticia y le diga que mañana no pienso presentarme, le dará un ataque a la pobre mujer. Y el resto de los directivos creerán que me han secuestrado o algo así.

—La que vamos a liar. —Al final, tanta locura me está apeteciendo.

—Creo que merecerá la pena, Lisy.

—Seguro que sí.

Sonrío y observo su atractivo perfil mientras conduce. Ya hemos salido de la ciudad y hemos tomado la carretera que nos lleva paralelos a la costa. Admiro el paisaje y el cielo vespertino, que tiñe de naranja los bosques a un lado y el mar al otro. Me siento muy afortunada por vivir junto al Mediterráneo y no creo que llevara nada bien hacer como mi amiga Lara, que se marchó a Madrid por amor.

Vale, no he dicho nada. Yo también estoy haciendo tonterías por amor.

Mientras tanto, Sergio conecta su música y pronto el habitáculo se llena de las notas de *Million Reasons*, de Lady Gaga(2). Aprovecha para explicarme el malentendido con la tal Sheila.

—Que sepas que no soy una loca celosa —le comento tras el relato que un día no le dejé explicar—, pero tienes que entender que cuando ves a las mujeres lanzarse a por tu novio sin ningún reparo... pues oye, te entra pelusilla —le digo con bastante ironía.

—Creo que nos irá bien, Lisy —me dice como respuesta—. Si te parece bien añadir a tu vida un novio sin infancia que no sabía querer, una hijastra y una abuela. —Compone una mueca tan divertida que me hace reír y me entenece al mismo tiempo.

—Yo tampoco vengo de vacío —le digo entre risas también—. Cargo con el amor de mis padres, de mi hermano pequeño y de dos amigas que suelen obligarme a cometer alguna locura de vez en cuando. Ah, y de mis alumnos. Ellos forman parte de mi vida también.

—Pues entonces, hice bien con adquirir lo que vengo a mostrarte —me dice sonriente.

—¿A mostrarme?

Ignora mi pregunta, detiene el vehículo y contemplo cómo anochece sobre nuestras cabezas. Delante de nosotros, el mar y una casa con unas privilegiadas vistas.

—¿Dónde estamos? —le pregunto al bajar del coche—. ¿De quién es esta casa tan bonita?

No es una gran casa, pero que se encuentre sobre una loma delante del mar la hace casi única.

—Esta casa tan bonita, como tú dices, es nuestra, Lisy.

—No entiendo —titubeo aturdida.

Antes de cerrar su coche, saca una carpeta que descansaba en el asiento de atrás.

—Mira, este es el contrato de compra de la casa, en espera de la escritura definitiva. Busca el párrafo donde se indican los dueños.

—«Sergio Sandoval y Luisa Esteve» —leo en voz alta—. Sigo sin comprender.

—No se trataba solo de vender el piso, Lisy —me explica—. Quería que fuese una sorpresa para que también lo fuese esta casa. Sé que acabaremos viviendo juntos en mi casa, con Carmen y Lucía, y que nuestros trabajos no nos permitirán vernos muchas veces. Por eso pensé en este lugar, como algo solo para nosotros, para poder escaparnos cuando necesitemos estar solos, para estar juntos. Nuestro refugio.

—Sergio... yo... no sé qué decir...

—No digas nada. —Me toma de la mano—. Acompáñame y entremos a verla.

Le sigo y atravesamos la blanca puerta de la entrada. Accedemos a un pequeño vestíbulo que da directamente al salón, que ya está iluminado con diversos focos para que se pueda apreciar su decoración. Las baldosas del suelo son blancas, lo mismo que las estanterías, las mesas, las sillas o los sofás. Únicamente destacan ciertos detalles en color azul, como cojines o cuadros de inspiración marinera. La cocina es abierta, igualmente blanca, y observo el pasillo que da al resto de dormitorios y que percibo también en el luminoso color. Pero mis pies me llevan directamente a la gran cristalera del salón, desde donde se accede a una terraza con una marquesina y mobiliario de mimbre. Sergio me invita a salir y casi me quedo sin aliento cuando contemplo, frente a mí, el cielo oscuro salpicado de estrellas y que se une a la inmensa oscuridad del mar. Cierro los ojos para envolverme en el rumor inconfundible de las olas y en el olor a salitre que penetra en mis pulmones.

—¿Te gusta? —me pregunta Sergio, situado a mi espalda, mientras rodea mi cintura con sus brazos.

—Me encanta —le digo—. Esto es un auténtico paraíso, Sergio. Es un pedazo de cielo para mí.

—Me alegro de que te guste, cariño.

Presiona un poco más sus brazos para atraerme más a su cuerpo y deposita un beso en mi cuello que casi me derrite en mitad de la noche.

—¿Te apetece que bajemos a la playa? —me pregunta.

—¿Se puede bajar desde aquí?

—Por supuesto.

—¡Pues vamos ahora mismo!

Sergio ríe mientras vuelve a tomar mi mano y me guía a través de un sendero que baja desde la parte posterior de la casa hasta una pequeña cala.

—¡Más vale que sepas dónde pisas! —le grito mientras bajo trotando por el estrecho camino—. ¡Esto está muy oscuro!

—Tranquila, conectaré la linterna del móvil.

Unos minutos después, con poco aliento ya en mi cuerpo por la apresurada bajada, trato de

respirar mientras contemplo ensimismada las rocas y la arena que bañan las olas.

—Qué ganas tenía —le digo mientras me quito los zapatos, la falda y la blusa.

—Me huelo tus intenciones —murmura Sergio con una mueca—. Y me parece la mejor de las ideas.

Soy yo la primera en desnudarme y, solo con las bragas y el sujetador, me acerco a la orilla a probar la temperatura del agua.

—Está un poco fría —le digo—, pero me meteré poco a poco y...

De repente, Sergio, completamente desnudo, aparece por mi retaguardia y corre hacia la playa. En dos zancadas, se lanza de cabeza en el agua y emerge unos segundos después.

—¡No tienes que pensártelo! —grita en mitad de las suaves olas—. ¡Lánzate ya!

¿Qué se ha creído este? ¡Ahora mismo lo imito!

Me deshago de la ropa interior y, desnuda como él, corro, doy un par de saltos, y acabo tirándome al agua de golpe.

—¡Capullo! —grito al emerger—. ¡Está fría!

—Ya verás cómo pronto la notas más tibia.

Su voz se ha enronquecido cuando se ha colocado frente a mí y me ha abrazado para pegarme a su cuerpo. Como bien dice él, el frío se me olvida cuando me siento rodeada de sus brazos, su torso y sus piernas.

Contemplo su rostro bajo la tenue claridad de la luna. Regueros de agua marina se desplazan por su pelo y su rostro. Sus ojos, rodeados por las mojadas pestañas, brillan como nunca y me atraviesan hasta sentir la punzada en mi pecho.

—Detendría el tiempo en este instante —me dice mientras acaricia mi cabello mojado—. Para poder mirarte a placer, tan hermosa que me pareces ahora mismo.

—Sergio... —gimo al tiempo que rodeo sus hombros con mis brazos y su cintura con mis piernas—, bésame, cariño.

—Sí, voy a besarte ahora mismo —gruñe—, en el agua. Pero sabes que no podré parar y te haré el amor sobre la arena.

En medio de un gemido, unimos nuestras bocas como si, de verdad, el tiempo se hubiese detenido. Nuestras manos exploran nuestros cuerpos y las sensaciones se multiplican al encontrarnos sumergidos en el agua y sentir las caricias de las olas que van y vienen. No puedo contenerme y comienzo a deslizar mi sexo por encima de la dureza de su miembro, arriba y abajo, mientras él me sujeta por los glúteos.

—No hace falta llegar a la arena —jadeo con mis movimientos desenfrenados—. Aquí y ahora, Sergio.

—No tienes que convencerme —gime.

Tal y como estamos, de pie, con el agua hasta la cintura, Sergio me sujeta con una mano y con la otra guía su miembro hasta mi entrada. Me dejo caer sobre él con un interminable gemido y me sujeto a sus hombros para coger fuerzas para cabalgarlo.

—Dios, Lisy —jadea al tiempo que me ayuda con sus manos en mi cintura—, me vuelves loco, nena. Me volviste loco desde el principio. Y sigo loco por ti.

Quiero contestarle pero solo me quedan fuerzas para apalancar mis piernas y embestir con fuerza contra su duro sexo. Mis pezones resbalan por su pecho y el placer se descontrola. La situación, la noche, el agua, el lugar... todo junto consigue que mi sangre hierva y que lo único que desee en este instante sea alcanzar el placer total con el hombre al que amo. Cuando siento los espasmos en mi bajo vientre, Sergio busca mi boca e introduce su lengua, y, envuelta ya en un

increíble orgasmo, muerdo sus labios con inusitada fuerza. Sergio grita, yo grito, nos clavamos las uñas en la carne y dejo que vayan fluyendo las últimas convulsiones del clímax mientras clavo mis dientes en la curva de su cuello. Instantes después, regresa la quietud de la noche y el rumor de las olas, acompañado esta vez por nuestras respiraciones.

—Madre mía —le digo, todavía enganchada a él—. No sé qué me ha pasado. Me he vuelto loca —río.

—Has estado maravillosa —me dice al tiempo que me toma en brazos y me lleva hasta la orilla—. Te has comportado de forma salvaje y libre, y no imaginas el placer que me has hecho sentir.

—Ni siquiera yo sabía que era así en el sexo. —Compongo una mueca mientras busco mi ropa—. Creo que lo he descubierto contigo.

—Me alegro —me dice de forma engreída mientras se coloca el pantalón.

—Pero vamos —le digo, ya vestida—, que también ha tenido mucho que ver que haya sido en una playa, de noche... Quizá si pruebo con otro me pase lo mismo.

Sabía que iba a levantar la vista y mirarme como si le acabara de tirar una piedra a la cabeza. Por eso, me adelanto y empiezo a correr sendero arriba en busca de la casa. La adrenalina se me dispara cuando lo siento correr detrás de mí y, claro, como sus piernas son bastante más largas que las mías, me da alcance antes de llegar a la casa. Tira de mí, me lanza contra el suelo y se coloca encima.

—Tal vez lo merezca —jadea, golpeando su tórax sobre el mío—, pero no podría soportarlo. Te amo, Lisy, y te juro que, a pesar de que, seguramente, te entren ganas de matarme más de una vez, voy a concentrar todo mi esfuerzo en hacerte feliz. En haceros feliz, a ti y a mi hija.

—Yo... —murmuro, emocionada—, solo era una broma, cariño. Te quiero.

—Lo sé, lo siento.

Deja caer su frente sobre mi pecho y aprovecho para enredar mis dedos en su pelo, todavía húmedo.

—Empiezo a tener frío —le digo tras unos instantes en silencio—. ¿Qué te parece si nos damos una ducha caliente, cenamos en la terraza y luego nos vamos a la cama?

—Me parece un plan perfecto —sonríe—. Sobre todo el de la cama.

—Pues levantémonos del suelo, cariño —le digo—. Ya que mañana haremos campana, aprovechemos el tiempo.

—Sí, Lisy —me dice antes de ponerse en pie y ayudarme a hacer lo mismo—, aprovechemos el tiempo. Ya he desperdiciado bastante.

EPÍLOGO

Llegaré tarde otra vez. Miro el reloj y compruebo que ya son las dos de la tarde, algo que no tendría demasiada relevancia si no fuese porque es sábado y porque le prometí a Lucía y a Lisy que hoy comeríamos juntos. Tanto la una como la otra me han dejado un montón de mensajes, los cuales no he podido atender porque me encontraba en mitad de una maldita reunión demasiado importante. La próxima vez que... No, no habrá próxima vez. El que vuelva, siquiera, a insinuarme un sábado como día de reunión, ya puede ir buscándose otro trabajo.

No me paro a contestar los mensajes. Prefiero darme prisa y bajar hasta la calle, pedir un taxi y ponerme rumbo a casa. Qué bien suena decir «a casa» cuando la sientes como tu hogar. Porque una casa no es un edificio o un espacio, sino las personas que lo habitan. Lo que antes era para mí el lugar donde dormir o cambiarme de ropa, es ahora el refugio al que quiero volver, al que siempre me apetece volver. Porque en él me esperan las personas que amo.

Cuando me apeo del taxi, me encamino a casa y abro la puerta de entrada, frunzo el ceño. Las mujeres que viven conmigo me han malacostumbrado a recibirme, siempre, cualquiera de ellas. Se me hace raro este silencio y empiezo a pensar que se hayan podido enfadar conmigo por la tardanza. Lo único que me desconcierta es el olor que sale de la cocina, un delicioso aroma a comida recién hecha.

Qué extraño...

—¿Hola? —saludo al entrar—. ¿Hay alguien?

—¡¡¡Sorpresa!!!

Casi se me sale el corazón por la boca cuando contemplo toda una multitud surgir del amparo de los muebles y las cortinas. Puedo ver a Martina, a Lara, a Carmen, a los padres y el hermano de Lisy. Cómo no, me deleito en la visión de la mujer que llena mi vida, que me sonríe con una expresión de pura felicidad. Y, por supuesto, veo correr hacia mí a Lucía, a mi preciosa hija, por la que daría la vida entera.

—¡Papi, papi! ¡Feliz cumpleaños! —grita al tiempo que se lanza a mis brazos. Estoy a punto de decirle que ya es demasiado mayor para que la coja a pulso, pero no voy a hacerlo. Perdimos demasiado tiempo ya sin abrazos.

Por cierto... ¿Cumpleaños? ¿Se está refiriendo al mío? ¿Por eso hay tanta gente hoy en mi casa?

—Feliz cumpleaños, cariño —me felicita Lisy con un dulce beso en los labios una vez me desprendo del agarre de Lucía.

—Yo... —titubeo—, lo siento, no lo recordaba.

—Será porque nunca lo hemos celebrado, papi —interviene Lucía.

—Hablamos de ello hace poco —me explica Lisy—. Le pregunté a ella y a Carmen si sabían cuándo era tu cumpleaños y tuvimos que indagar en tu documentación para averiguarlo —ríe.

Lara y Martina aprovechan mi desconcierto para acercarse y darme un beso y una felicitación, lo mismo que Carmen y la familia de Lisy. Sigo algo aturdido y así sigo cuando me conducen a la engalanada mesa del jardín, donde nos espera un gran banquete. Hay risas, apretones de manos, besos y más abrazos... Pero yo sigo tan desconcertado como si me hubiese encontrado de pronto en el Polo Norte. Sobre todo cuando aparece una enorme tarta de cumpleaños, me cantan el

Cumpleaños Feliz, y alzan todos sus copas de cava para brindar.

—¡Vamos, papi, sopla! —me grita mi hija.

Observo los aplausos de los invitados entre la bruma del humo que han dejado las velas. Y es ahora cuando necesito escaparme aunque sea un instante. Entro en casa y me voy en busca del dormitorio para sentarme un rato sobre la cama.

—¿Sergio? ¿Qué te ocurre?

Lisy aparece y se sienta a mi lado. Me abraza y yo dejo que lo haga. Cierro los ojos y me pierdo en su calor, su cercanía y su suavidad.

—Nunca nadie me había preparado una fiesta de cumpleaños —le explico—. Nunca me había sentido parte de una familia.

—No es tan grave la cosa —bromea Lisy—. Solo tienes que aguantar unos cuantos de achuchones, collejas... —Luego se pone seria—. Ya tocaba, cariño. Te mereces un cumpleaños y la compañía de la gente que te quiere.

—Gracias, cariño. —Apenas se me ocurre otra cosa que decir.

—¡Y todavía queda lo mejor! —me dice, entusiasmada—. ¡Los regalos! ¡Con lo que nos ha costado a las tres disimular contigo cada vez que intentábamos sonsacarte algo! ¡Más vale que te gusten o la próxima vez te doy un vale regalo y te apañas!

—Seguro que me gustarán.

Tal vez no sea el momento, pero se me acaba de ocurrir una idea. Lisy no para de decirme lo divertido que es celebrar algo y que te colmen de regalos. Pues va a tomar un poco de su propia medicina.

—Lisy, cariño, ve bajando, por favor. Enseguida voy.

—No irás a fugarte por la ventana, ¿verdad?

—Claro que no. —Sonrío y la beso en la frente.

Cuando, algo reticente, desaparece del dormitorio, busco en uno de los cajones de mi armario y encuentro lo que guardé hace ya unos días, esperando el momento oportuno. Bajo de nuevo al jardín, donde, como por arte de magia, han brotado un montón de paquetes envueltos en coloridos envoltorios y lazos.

Me dejo mimar por todo el mundo, aunque escondo una taimada sonrisa al fondo de mi boca. Cuando todo acaba y hasta me he dejado pellizcar la mejilla por mi suegra, me pongo en pie y llamo la atención de todos.

—Antes de nada —proclamo—, quiero daros las gracias a todos por este día tan especial, por los regalos y por vuestra presencia. Pero yo también tengo un regalo para alguien. No es su cumpleaños pero acaba de confesarme que lo de recibir presentes está muy bien. Por eso voy a aprovechar y voy a concederle uno.

Me pongo frente a Lisy, que está sentada junto a Martina, y coloco una rodilla en el suelo antes de mostrarle una pequeña caja.

—Oh, Dios —murmura—. Sergio, ¿qué estás haciendo? ¿Delante de todo el mundo?

La ignoro con mi experta expresión socarrona.

—Lisy, cariño. Aquí, delante de tu familia, de tus amigas, de mi hija y de su abuela, quiero expresar lo mucho que te quiero y lo que significas para mí. Te conocí gracias a mi hija y la recuperé a ella gracias a ti. Llegaste para cambiarnos la vida y, como deseo que te quedes en ella...

Abro el estuche y extraigo el anillo que guarda en su interior.

—Quiero pedirte que te cases conmigo.

Lisy mira a su alrededor, algo tímida, sorprendida aún por mi declaración. Aun así, se arrodilla también y se coloca a mi altura.

—Yo te mato —me dice, con lo que hace estallar las risas de nuestros espectadores—. Pero, aunque casarme no entraba en mis planes, al menos en los más próximos, tampoco esperaba encontrarte en mi camino. Así que sí, Sergio, me casaré contigo. ¡Aunque me parezca una locura!

—¡Ay, Dios! —estalla Martina—. ¡¿Tú también, Lisy?! ¡Mis dos amigas casadas, todavía en la veintena, y ambas con dos tipos guapos y millonarios! ¡Yo me bajo del mundo ahora mismo!

Las carcajadas de la gente suben aún más de volumen. Y, aunque Lisy y yo también reímos, no dejamos de mirarnos mientras deja que coloque el anillo en su dedo anular. A continuación, tomo su rostro entre mis manos y le doy un beso, dulce, intenso, apasionado.

—¡Sí! —grita Lucía al tiempo que se lanza sobre nosotros y nos abraza—. ¡Vais a casaros, vais a casaros!

—Sí, cariño —ríe Lisy emocionada ante su muestra de emoción—, voy a casarme con tu padre. Ni yo misma me lo creo.

—Pues créelo, cariño —le digo.

—¡Oh, y tendremos que celebrar una boda! —exclama Lucía—. Pero, por favor —nos suplica—, no vayáis a obligarme a ir vestida de rosa, con lazos y flores en el pelo.

—Tranquila, Lucía —ríe—, podrás ir vestida como quieras.

—Qué emocionante, Lisy —le dice mi hija a su maestra—. Nos conocimos en el colegio, te hiciste novia de mi padre, te viniste a vivir con nosotros y ahora te vas a casar con él. Parece un cuento.

—Algo así —ríe Lisy.

—Pues me alegro de que sucediera ese cuento —le confiesa la niña—. Y me alegro de que estés con nosotros. Te quiero mucho, Lisy.

—Yo también te quiero mucho, mi niña —se emociona mi futura mujer.

El resto de los familiares y amigos ríen, conversan o nos felicitan. Pero yo solo soy consciente del abrazo de las dos mujeres de mi vida. Viví años pensando que yo no sabía amar, pero estaba equivocado. Y lo sé porque, sin atreverme siquiera a soñarlo, llegaron a mi vida dos amores inesperados.

AGRADECIMIENTOS

Quiero volver a agradecer a mi familia su cariño y su apoyo para que siga publicando historias. De nuevo, a mi marido y mis hijos, que me siguen ayudando y me apoyan en esta nueva faceta mía. Mi espalda sigue dándome problemas, puesto que la edad no perdona, pero sigo con la ilusión de escribir, aunque sea poquito a poquito.

Y, cómo no, gracias, también, a aquellos lectores que han decidido darme otra oportunidad, a mí y a la historia de Lisy. Espero haberos vuelto a entretener y a haceros soñar durante su lectura.
¡GRACIAS!

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

- (1) *Viva la vida* ©Copyright 2008. Capitol Records, Parlophone. Interpretada por Coldplay (N. de la e.)

- (2) *Million reasons* ©Copyright 2016. Interscope Records. Interpretada por Lady Gaga (N. de la e.)

SOBRE LA AUTORA

Desde mi infancia, son muchos los momentos que me recuerdo con un libro en las manos, leyendo cualquier tipo de género, devorando letras sin parar. Pero fue hace muy poco tiempo que descubrí la literatura romántica, y pude constatar de primera mano lo mucho que esas historias me entretenían, me ayudaban a evadirme y me transportaban a un mundo paralelo de fantasía y de amor. Por eso decidí probar a escribir una de esas novelas que tanto me gustaban y me enamoraban. A QUIÉN SE LE OCURRE ENAMORARSE fue la primera novela que publiqué y le ha seguido esta que acabáis de conocer, DOS AMORES INESPERADOS.

Como ya os he comentado, poco a poco, seguiré escribiendo próximas historias. Hemos sabido de Lara, de Lisy y, próximamente, sabremos de Martina.

¡¡Saludos y hasta pronto!!